

Resurrección
Segunda Parte

Por

León Tolstói

***Free*editorial** 

SEGUNDA PARTE

I

El asunto de Maslova debía debatirse en el Senado probablemente lo más tarde dentro de quince días. Nejludov, pues, decidió ir en aquel momento a Petersburgo a fin de realizar allí las gestiones necesarias y, en caso de que fuera recusada la instancia, presentar el recurso de gracia, como le había aconsejado el abogado. En caso de que todo fracasara, y, según el abogado, era algo con lo cual había que contar, tan débiles eran los argumentos que se esgrimían, a Maslova la incluirían sin duda en un convoy de forzados que partiría a comienzos de junio. Como Nejludov continuaba resuelto a seguirla a Siberia, había decidido trasladarse inmediatamente a los pueblos que le pertenecían para dejar arreglados allí todos sus asuntos.

Se dirigió primeramente a Kuzminskoie, que era la propiedad más cercana, la más amplia y que le proporcionaba sus principales ingresos. Había vivido allí en su infancia y en su juventud; después volvió dos veces, y una tercera aún, a instancias de su madre, para instalar allí a un administrador alemán, en compañía del cual había inventariado la finca. Sabía, pues, desde hacía mucho tiempo la situación de ésta y las relaciones que existían entre los mujiks y la «oficina», es decir, el propietario; ahora bien, estas relaciones se reducían a una sumisión completa de los campesinos a la oficina.

Todo aquello, Nejludov lo conocía ya, desde su estancia en la universidad, cuando profesaba y exaltaba la doctrina de Henry George, pues en virtud de esta doctrina había abandonado a los campesinos la tierra que le provenía de su padre.

Más tarde, es cierto, al abandonar el ejército, se había puesto a gastar veinte mil rublos por año, y, al dejar de ser obligatorios para él todos aquellos conocimientos, los había olvidado por completo; y no solamente no se preocupaba de saber de dónde venía el dinero que le daba su madre, sino que incluso se esforzaba en no pensar en ello.

Sin embargo, a la muerte de esta última, al ser necesario arreglar la herencia y necesitando disponer él mismo de sus bienes, había renacido en él el problema de sus derechos y de sus deberes de propietario rústico. Un mes antes no habría encontrado en él la fuerza necesaria para cambiar el orden existente de las cosas: no era él mismo quien administraba la propiedad, limitándose a vivir lejos de sus tierras y recoger los ingresos.

Ahora que había resuelto hacer un gran viaje a Siberia, donde le haría falta

mantener relaciones complicadas y difíciles con el personal de las cárceles, lo que le crearía una necesidad de dinero, no podía, pues, dejar sus asuntos en su antiguo estado, y era importante modificarlos, incluso en detrimento de sus intereses.

Con este objeto había resuelto no cultivar él mismo la tierra, sino alquilarla a bajo precio a los campesinos, dándoles así la facilidad de liberarse de la dependencia de los propietarios. A menudo, al comparar la situación del terrateniente actual con la del propietario de siervos, había comparado este alquiler de la tierra a los campesinos, en lugar de su cultivo por siervos de la gleba, a lo que hacían los poseedores de siervos al sustituir el diezmo por los trabajos obligatorios. No radicaba ahí la solución del problema, pero era un paso hacia esa solución: la transición de una forma de mayor violencia a otra más dulce. Y era lo que tenía intención de hacer.

Nejludov llegó a Kuzminskoie hacia mediodía. Habiendo simplificado en todo su vida, ni siquiera había teleografiado que llegaba. En la estación alquiló un pequeño tarentass de dos caballos. El cochero, joven mujik vestido con una casaca de nanquín, cortada por un cinturón más bajo que su largo talle, se había sentado de costado en su asiento para hablar más cómodamente con el barin; eso le resultaba tanto más fácil cuanto el caballo delantero era cojo y estaba fatigado, y el otro caballo era delgado y débil; podían, pues, así caminar a pasitos, lo que colmaba su deseo.

El cochero hablaba del intendente de Kuzminskoie, no figurándose ni remotamente que se dirigía al propietario, pues Nejludov lo había tuteado en seguida.

-¡Un alemán muy listo, verdaderamente chic!- dijo el cochero, quien había vivido en la ciudad y había leído novelas.

Medio vuelto hacia el viajero, acariciando con la mano el largo mango de su látigo y queriendo indudablemente hacer demostración de su saber, continuó:

-Se ha pagado un coche con una troika soberbia; y cuando va a pasear con su esposa, eclipsa a todo el mundo. En el invierno, en Navidad, tenía en su casa un hermoso árbol; llevé allí a invitados. Pues bien, tenía como chispas eléctricas y no se habría podido encontrar uno semejante en todo el gobierno. ¡Ah, ha amasado dinero de una manera espantosa! ¿Y por qué? Hace lo que se le antoja. Dicen que acaba de comprar una finca excelente.

Nejludov creía que le resultaba indiferente saber la manera como el alemán administraba su propiedad y se aprovechaba de la misma; pero el relato del cochero de alta estatura no dejaba de producirle por eso una impresión desagradable. Gozaba con la esplendidez del día, con la carrera de las nubes

grises que, por instantes, velaban el sol; gozaba con el espectáculo de los cameos de los mujiks detrás de sus carretas, de los espesos sembrados de verduras por encima de los cuales revoloteaban las alondras, de los bosques revestidos ya, de arriba abajo, de hojas tiernas, de los prados donde habían soltado a los caballos y a los bueyes; pero no gozaba de todo eso con la intensidad que habría deseado. Por momentos, algo desagradable lo ensombrecía, y cuando se preguntaba qué, se acordaba de las palabras del cochero sobre el modo como el alemán administraba su propiedad.

Llegado a Kuzminskoie, donde empezó a ocuparse en arreglar sus asuntos, aquella impresión desapareció.

Examinó los libros de la oficina y recibió las explicaciones de un escribiente que se esforzaba con toda ingenuidad en demostrarle la plusvalía de una propiedad, siendo así que los campesinos no tenían más que muy pocas tierras, enclavadas en las tierras señoriales; y eso, por el contrario, fortificó a Nejludov en su resolución de ceder enteramente sus tierras a los mujiks, en lugar de explotar el dominio por su cuenta. Por el examen de los libros y las palabras del escribiente adquirió, en efecto, la prueba de que las dos terceras partes de sus campos seguían siendo cultivadas, como antes, por sus siervos de la gleba con la ayuda de aparatos perfeccionados, en tanto que se daba a los campesinos cinco rublos por deciatina para cultivar la otra tercera parte. Dicho de otra manera, a cambio de cinco rublos, el campesino tenía que labrar tres veces, arar igualmente tres veces y sembrar una deciatina; luego segar, agaviillar, trillar y ensacar, trabajo por el cual un obrero habría pedido por lo menos diez rublos por deciatina. Además, se hacía pagar a los mujiks, a un precio muy elevado, todo lo que les proporcionaba la administración. Pagaban también con su trabajo el derecho de pasto en los prados y en los bosques; pagaban por las hojas de patatas y de cualquier manera siempre seguían siendo deudores de la administración; por tanto, terrenos casi improductivos se les alquilaban a cuatro veces más de lo que su valor podía proporcionar al cinco por ciento.

Nejludov sabía ya todo eso; pero se enteraba hoy como si fuera una cosa nueva y se asombraba de que él y sus semejantes no vieses hasta qué punto era anormal ese estado de cosas. Por su parte, el intendente se ingeniaba en demostrarle los inconvenientes y los peligros de su proyecto. Según él, habría que dar por nada el material inventariado, por el que no ofrecían ni la cuarta parte de su valor; sin duda alguna los campesinos estropearían la tierra y, en definitiva, ¿cuánto no perdería él mismo? Pero todos aquellos argumentos no hacían más que confirmar a Nejludov en la belleza del acto que iba a realizar cediendo sus tierras a los campesinos y sacrificando así la mayor parte de su renta. Por eso quiso acabar aquello antes de su marcha. Encargó, pues, al intendente que se ocupase, cuando hubiera partido, de segar el trigo y

venderlo, así como el material y las construcciones superfluas. Por el momento, le rogó que reuniese al día siguiente a los campesinos de Kuzminskoie y de los pueblos de los alrededores para que él mismo pudiera anunciarles su decisión y convenir con ellos el precio del arrendamiento.

Encantado de la firmeza que había opuesto a los argumentos del alemán y de su abnegación en favor de los mujiks, Nejludov abandonó la oficina para dar una vuelta por la casa. Pasó a lo largo de los parterres, descuidados este año, que se extendían ante la casa del administrador; atravesó la pista de tenis, invadida por la achicoria silvestre; en la alameda de los tilos, donde en otros tiempos iba a fumar su cigarro, se acordó de una novelita de galanteo bosquejada tres años antes con la encantadora señora Kirimov. Cuando hubo combinado el plan del discurso que pronunciaría al día siguiente ante los mujiks, volvió a entrar para tomar el té con el intendente, adoptó rcon él las disposiciones completas para la liquidación de la propiedad y, perfectamente tranquilo, dichoso por el servicio que iba a prestar a los campesinos, se dirigió a la habitación reservada para los huéspedes de paso, que le estaba destinada en la casa grande.

Era una habitación pequeña y limpia. En las paredes había colgadas vistas de Venecia y un espejo colocado entre las dos ventanas; sobre una mesa, cerca de la cama de colchón de muelles, estaban situados un jarro de agua, un vaso, cerillas y un apagavelas. Delante del espejo, sobre la gran mesa, estaba abierta la maleta de Nejludov, que contenía el neceser y algunos libros: uno ruso, Ensayos e investigaciones sobre la ley de la criminalidad; uno alemán sobre el mismo tema, y una obra inglesa. Se había propuesto leerlos en los momentos libres, durante el examen de sus propiedades. Aquel día no tenía ya tiempo para eso y se disponía a acostarse a fin de estar dispuesto al día siguiente bien temprano para sostener su conversación con los campesinos.

En un rincón había un viejo sillón de caoba con incrustaciones. La vista de aquel sillón, que había amueblado en otros tiempos la alcoba de su madre, despertó en su alma un sentimiento muy inusitado. Se sorprendió entristeciéndose por aquella casa que caería en ruinas, y aquel jardín que se quedaría yermo, y aquellos bosques, que serían talados; todas aquellas dependencias, cuadras, establos, graneros; aquellas máquinas, aquellos caballos y aquellas vacas, aunque no hubiese sido él quien lo hubiese establecido y conservado todo a costa de tantos esfuerzos. Hacía un momento le parecía fácil renunciar a aquellas pertenencias, pero ahora lo lamentaba; lamentaba incluso la pérdida de las tierras, con su parte de ingresos que pronto podían serle tan útiles. Llegó así a forjar numerosos argumentos para llegar a la conclusión de que sería insensato ceder sus tierras a los campesinos y abandonarles la explotación de sus bienes.

«Esas tierras no debo poseerlas; y, sin poseerlas, no puedo cuidarme de

toda esta propiedad. Y voy a irme a Siberia: por tanto, no tengo necesidad ni de casa ni de tierras», decía una voz en él mismo. «Todo eso es verdad-respondía otra voz-, pero no vas a Siberia para toda la vida. Si te casas, tal vez tengas hijos. Tus propiedades lo fueron legadas en debida forma y debes dejarlas tal como están. Es muy fácil abandonar, destruir, pero es muy difícil edificar. Te hace falta sobre todo pensar en el porvenir de tu vida, en lo que harás de ti, y regular sobre estas bases la cuestión de tus bienes. ¿Y es completamente definitiva tu decisión? Y otra cosa aún: ¿obras así verdaderamente para satisfacer tu conciencia o no es más bien para poder jactarte de ello ante otros hombres?»

Nejludov se planteaba esta pregunta y se veía obligado a reconocer que la opinión de otros, el pensamiento de lo que dirían de él, influían en su decisión. Y cuanto más reflexionaba en aquello, más numerosas se le presentaban las preguntas y más insolubles se hacían.

Pare evadirse de aquello, se acostó en la limpia cama y trató de dormirse, con la esperanza de que al día siguiente, con la cabeza tranquila, esas preguntas tan complicadas se resolverían por sí soles. Pero el sueño tardó en venir. Las ventanas entreabiertas al aire vivo de la noche dejaban pasar los rayos de la luna, el croar de las ranas, el canto de los ruiseñores en el fondo del parque; uno de éstos incluso cantaba muy cerca, bajo las ventanas, en un bosquecillo de lilas. Y su canto, y el croar de las ranas, le recordaron la música de la hija del director; al acordarse del director, se acordó de Maslova. Y el mismo croar evocó en él la manera como los labios de la presa temblaban al decirle: « ¡Hay que dejar eso! » Y fue el intendente alemán el que se hundía en el estanque de las ranas y al que hacía falta recoger. En lugar de ello, se había convertido súbitamente en Maslova y gritaba: « ¡Yo soy una forzada; tú, un príncipe!»

«No se dijo Nejludov , no cederé.» Y se despertó preguntándose: «Lo que hago, ¿está bien o está mal? ¡No sé nada y poco me importa! Sólo hace falta dormir.» A continuación sintió que se hundía a su vez en el mismo sitio adonde habían bajado el intendente y Maslova, y todo se desvaneció.

II

Eran las nueve cuando Nejludov se despertó a la mañana siguiente. Al primer ruido que hizo, el joven escribiente destinado a su servicio le trajo sus botines, que nunca habían estado tan relucientes; puso también a su alcance un cántaro lleno de agua fresca y clara de manantial y le comunicó que los campesinos empezaban a reunirse. Nejludov saltó de la cama y se acordó de

los acontecimientos de la víspera. Ya no quedaba en él ninguna de sus vacilaciones en lo relativo a ceder sus tierras, y estaba sorprendido de haber tenido aquellos pensamientos. Se alegraba ahora de tener que ejecutar aquel acto, que lo hacía sentirse no solamente dichoso, sino complacido consigo mismo.

Desde su ventana distinguía el césped de la pista de tenis, invadida por las achicorias silvestres y donde, a indicación del intendente, se agrupaban los campesinos. Las ranas no habían croado sin motivo la noche anterior: el tiempo había cambiado. Nada de viento, pero una llovizna menuda y tibia que caía desde por la mañana y se suspendía en gotitas de las hojas, de las ramas y de las hierbas. Un olor a verdura y a tierra sedienta de lluvia penetraba por la ventana entreabierta. Nejludov miraba la llegada sucesiva de los mujiks al césped, el modo como se quitaban su gorro o su gorra uno tras otro, formaban en círculo y hablaban, apoyados sobre sus bastones.

El intendente, un hombre grueso y membrudo, con chaquetilla de cuello enterizo y de color verdes con enormes botones, penetró en la habitación. Anunció a Nejludov que la concurrencia estaba completa, pero que no había necesidad de que se diese prisa en dirigirse allí; podía antes tomar su café o su té, puesto que las dos cosas se las habían preparado ya.

-No, gracias; primero voy a verlos- replicó Nejludov.

Y, a punto ya de hablar con ellos, experimentaba un sentimiento inesperado de timidez y de vergüenza.

El deseo que aquellos campesinos habían considerado siempre como un sueño, iba a ejecutarlo en provecho de ellos. Estaba dispuesto a cederles a bajo precio todas las tierras del pueblo, a ofrecerles ese bienestar. Y sin embargo, experimentaba como una especie de desazón. Cuando estuvo cerca de ellos y todos se hubieron destocado delante de él y vio al descubierto sus cabezas rubias, rizadas, calvas o grises, la turbación que se apoderó de él le impidió hablar durante un largo rato. La fina lluvia continuaba cayendo, depositando gotitas sobre los cabellos y las barbas y sobre los pelos de los caftanes. Los mujiks clavaban los ojos en el barin, en espera de lo que éste iba a decir, en tanto que él mismo estaba demasiado turbado para hablar.

El intendente se decidió a romper aquel silencio penoso; plácido y seguro de sí mismo, aquel alemán hablaba muy bien el ruso y se vanagloriaba de conocer a fondo al mujik. Los dos, él, fuerte y grueso, y, al lado, Nejludov, ofrecían un contraste impresionante con los rostros arrugados y los flacos cuerpos de los campesinos perdidos en sus caftanes.

-He aquí que el príncipe quiere haceros bien. Quiere cederos las tierras, aunque no os lo merecéis--dijo el intendente.

-¿Por qué no nos lo merecemos, Vassili Carlitch? ¿No hemos trabajado para ti? Estábamos muy contentos con la difunta princesa, ¡que el Señor le conceda el reino de los cielos!, y en cuanto al joven príncipe, gracias le sean dadas y que no nos abandone- respondió un pequeño mujik pelirrojo y locuaz.

-Para esto os he convocado: si queréis, os cederé todas mis tierras- dijo Nejludov.

Mudos, los campesinos parecían no comprender aquellas palabras o no creer en ellas.

-¿Y en qué sentido, por decirlo así, nos cede las tierras?-preguntó por fin un mujik de edad mediana, vestido con una casaca.

-Os las arrendaré para que vosotros os beneficiéis de ellas por un precio módico.

-¡Bonito negocio!- murmuró un viejo.

-Con tal que el precio esté a nuestro alcance...- opinó otro.

'-¿Y por qué no aceptar la tierra?

-Eso lo sabemos: ¡es la tierra la que nos da de comer!- Y pare usted será más tranquilidad. No tendrá que hacer más que recibir el dinero, en tanto que ahore, ¡cuántas molestias!- dijeron varias voces.

-Vosotros tenéis la culpa- declaró el alemán-. Lo que teníais que hacer es trabajar y mantener el orden.

-Pero eso no es fácil para nosotros, Vessili Carlitch- replicó un flaco anciano de puntiaguda nariz-. Tú nos reprochas haber dejado ir el caballo al campo de trigo. Pues bien, yo que trabajo todo el día, un día largo como un año, manejando todo el tiempo la hoz u otra cosa, ¿qué más natural, cuando la noche llega, que se quede uno dormido? Y he aquí que si el caballo se escapa a tu campo, es a mí a quien le arrancas la piel.

-Es obligación vuestra tener más orden.

-Eso del orden es fácil de decir. Pero nosotros no podemos hacer lo imposible- respondió un mujik de alta estatura, con el cráneo y el rostro todo negro de pelos.

-Os he dicho muchas veces que pongáis vallas en vuestros campos.

-¡Danos tú la madera!- dijo un hombrecillo seco, escondido detrás de un grupo-. El verano pasado quise hacer una valla y corté un árbol; y me enviaste durante tres meses a alimentar mis piojos en la cárcel. ¡He ahí lo que son tus vallas!

-¿Qué dice?- preguntó Nejludov.

-Der erste Dieb im Dorfe (El ladrón de la aldea)- respondió el intendente en alemán-. Todos los años tala nuestros árboles.- Y, volviéndose hacia el campesino-: Eso te enseñará a respetar la propiedad del prójimo.

-¿Pero es que no te respetamos?- replicó un viejo-. Nos vemos obligados a ello porque nos tienes en tus manos y nos retuerces como al cáñamo.

-¡Vamos, hermanos! Nunca se os maltrata si no maltratáis vosotros a los demás.

-¡Sí, maltratarte! Este verano me rompiste la boca, y no, pasó nada. Al rico no le forman proceso, es evidente.

-No tienes más que comportarte conforme a la ley.

Aquello era, evidentemente, un torneo de palabras en que los campeones no tenían objetivo alguno y no sabían siquiera por qué discutían. Se notaba solamente, por un lado, la cólera contenida por el terror; y por el otro, la conciencia de la superioridad y de la fuerza. Apenado por tener que oír aquella conversación, Nejludov trató de enderezar la discusión hacia el tema principal: establecer los precios y las fechas de pago.

-Bueno, ¿qué decidís respecto a la cesión de mis tierras? ¿Estáis de acuerdo? ¿Y qué precio ofrecéis para arrendarlas?

-La mercancía es de usted: es usted quien tiene que fijar el precio.

Nejludov les propuso uno mucho más inferior al que se pagaba corrientemente, lo que no les impidió regatear y encontrarlo demasiado caro. Él había pensado que acogerían su propuesta con entusiasmo, pero no vio manifestarse en ellos satisfacción alguna. Ésta existía no obstante, y Nejludov tuvo la prueba casi cierta de que consideraban su propuesta como una excelente ganga. En efecto, cuando se trató de saber si tomarían en arriendo las tierras toda la comunidad o solamente un grupo de campesinos, se entabló una discusión muy viva entre los que querían excluir a los débiles y a los malos pagadores y aquellos a los que se quería excluir; por fin, tras la intervención del intendente, se fijaron el precio y los plazos de pago. Los mujiks se retiraron hablando con animación, y Nejludov volvió a la oficina para redactar con el intendente el proyecto de contrato.

Así, pues, todo se arregló como había deseado y esperado Nejludov. Los campesinos tenían la tierra con un treinta por ciento menos que en cualquier sitio de los alrededores, y, si sus rentas se veían así reducidas a la mitad, todavía seguían siendo respetables, sobre todo con lo que iba a producir la venta de la madera y del material. Todo, pues, parecía perfecto, y sin embargo Nejludov se sentía desazonado: había creído ver que, a despecho de las palabras de gratitud de algunos, los muliks parecían descontentos, como si

hubiesen esperado algo más. Resultaba, pues, que él mismo se había privado de un gran provecho sin otorgarles sin embargo los beneficios que ellos esperaban.

A la mañana siguiente, habiendo sido firmado el contrato, los ancianos de pueblo acompañaron en su regreso a Nejludov. Éste, que tenía el sentimiento desagradable de que dejaba detrás de él algo inacabado, subió al elegante coche del intendente, como lo había calificado el cochero la antevíspera, y partió hacia la estación, después de haberse despedido de los mujiks, que meneaban la cabeza con aire descontento. Y él también, sin saber por qué, se sentía descontento, triste y casi avergonzado.

III

Desde Kuzminskoie, Nejludov se dirigió a la propiedad legada por sus tías, aquella misma donde había conocido en otros tiempos a Katucha. También aquí, como en Kuzminskoie, quería ponerse de acuerdo con los campesinos para cederles sus tierras; y, al mismo tiempo, contaba con informarse lo más exactamente posible sobre Katucha y su hijo. ¿Había muerto éste verdaderamente? ¿Cómo?

Llegó temprano a Panovo. Primeramente, al entrar en el patio, se sintió impresionado por el abandono de todas las construcciones y sobre todo por la vieja vivienda. El tejado de hierro, otrora pintado en verde, estaba rojo de herrumbre y en muchos sitios levantado por el viento. En algunos puntos, donde era más fácil, habían robado las planchas que recubrían las paredes, y de éstas salían, grandes clavos herrumbrosos. Las dos escalinatas, la de delante y principalmente la de atrás, que era la que estaba más clavada en su recuerdo, se hallaban podridas, en ruinas, y no quedaba de ellas más que el esqueleto; en algunas ventanas había tablas que reemplazaban a los cristales; en el interior, todo estaba sucio y húmedo, desde el ala donde se alojaba el administrador, hasta las cocinas y las cuadras. Sólo el jardín había escapado a aquel ambiente de desolación: había crecido con toda libertad y estaba lleno de flores. Detrás del seto, Nejludov veía, como una cortina de grandes nubes blancas, las ramas floridas de los cerezos, de los manzanos y de los ciruelos. El macizo de lilas estaba florido del mismo modo que doce años antes, el día en que Nejludov, jugando en persecución de Katucha, que entonces tenía dieciséis años, había caído delante de aquel macizo y se había pinchado con las ortigas del foso. Un alerce, plantado cerca de la casa por Sofía Ivanovna y que Nejludov había visto de la altura de una estaca, se había convertido en un gran árbol y estaba revestido de un musgo aterciopelado, verde y amarillo. El río fluía entre sus

orillas, espumeando ruidosamente en la esclusa del molino. Y más allá del curso de agua, el ganado disperso del pueblo pasaba en rebaños por la praderas.

El administrador, un seminarista que no había terminado sus estudios, salió sonriendo al encuentro de Nejludov. Sonriendo, lo invitó a entrar en la oficina, y siempre con la misma sonrisa, que parecía prometerle algo extraordinario, desapareció detrás de un tabique. Nejludov oyó cuchichear algunas voces, y luego todo calló.

El cochero que había traído a Nejludov volvió a partir con un tintineo de cascabeles, después de haber recibido su propina. Un gran silencio reinaba alrededor de la casa. En una rápida carrera pasaron ante la ventana primeramente una muchacha descalza vestida con una camisa bordada; luego, detrás de ella, un mujik calzado con grandes bolas.

Nejludov se sentó cerca de la ventana y se puso a mirar y a escuchar. El soplo fresco de la primavera, que levantaba sus cabellos sobre la frente humedecida por el sudor, y al mismo tiempo los cuadrados de papel colocados sobre el alféizar de la ventana, le traía un olor sano de tierra recién removida. Procedente del río se escuchaba el ruido cadencioso de las galas que golpeaban la ropa y el sonido que se extendía sobre la superficie de agua de la esclusa, y todavía, en el hondón del molino, la caída regular del agua; y al mismo tiempo, con un bordoneo asustado, una mosca pasó cerca de su oído. Nejludov se acordó hasta qué punto en otros tiempos, cuando aún era joven e inocente, le gustaba oír aquel ruido de las galas sobre la ropa mojada, y aquella caída regular de la esclusa; cómo entonces la brisa primaveral venía a levantar sus cabellos sobre la frente mojada y levantaba también los cuadrados de papel sobre el alféizar tallado de la ventana y cómo ya entonces una mosca había pasado zumbando cerca de su oído; y no sólo su pensamiento le representaba a aquel mismo adolescente que él había sido, sino que de nuevo se sentía fresco, puro, capaz de realizar las cosas más bellas, como lo había sido a los dieciocho años. Pero al mismo tiempo sentía la ilusión propia de los sueños, y una profunda tristeza le invadía.

-¿A qué hora quiere usted que le sirvan la comida?- le preguntó el administrador sonriendo.

-Cuando usted quiera. No tengo hambre. Primeramente voy a dar una vuelta por el pueblo.

-¿No querría usted entrar antes en la casa? Dentro, todo está en orden. Ya que en el exterior...

-No, después. Y ahora, dígame, se lo ruego, ¿hay aquí una mujer que se llama Matrena Jarina?

Era la tía de Katucha.

-Sí, está aquí, en el pueblo. Buenos quebraderos de cabeza me da. Es ella quien tiene la taberna. Por más que la reprendo y la amenazo con un proceso si no paga, en el último momento, me da lástima. Pobre vieja. Y además tiene mala suerte- dijo el administrador con aquella sonrisa en la que se manifestaban el deseo de ser amable con su dueño y la seguridad de que éste estaba tan versado como él en los negocios.

-¿Y dónde vive? Quiero ir a verla.

-Al otro extremo del pueblo, la tercera casa antes de la última. Después de una casa de ladrillos que verá usted a la izquierda, está su taberna. Por lo demás, ¿quiere usted que lo lleve?- dijo el administrador con una alegre sonrisa.

-No, gracias, ya la buscaré yo. Mientras tanto, le ruego que reúna a los campesinos delante de la casa para que pueda hablarles a propósito de las tierras- dijo Nejludov con la intención de concluir con los mujiks aquella misma tarde si era posible, mediante acuerdos análogos a los que había concertado en Kuzminskoie.

IV

En el sendero trazado a través de la pradera, Nejludov se encontró con la misma joven campesina de camisa bordada y delantal abigarrado a la que había visto pasar un momento antes corriendo ante la casa. Volvía del pueblo, corriendo siempre a paso vivo con sus grandes pies descalzos. Su mano izquierda, colgante, marcaba la cadencia de su carrera; con la mano derecha apretaba enérgicamente sobre el vientre un gallo rojo que balanceaba su cresta purpúrea y que, tranquilo en apariencia, no cesaba de mover los párpados, de extender o de recoger debajo de él una de sus negras patas o de pegar sus espolones al delantal de la joven campesina. Ésta aflojó el paso al acercarse al barin, se detuvo al llegar a su altura y echó atrás la cabeza para saludarlo; y solamente cuando él se hubo alejado ella reanudó su carrera en compañía de su gallo. Cerca del pozo, Nejludov encontró a una vieja de encorvada espalda que caminaba llevando dos cubos llenos de agua. Dejando los cubos en el suelo con mucha precaución, la vieja le saludó con aquel mismo movimiento de cabeza.

Pasado el pozo, empezaba el pueblo. El día era claro y cálido; a las diez de la mañana hacía ya un calor bochornoso, y las nubes que se amontonaban velaban de vez en cuando el sol. A lo largo de la calle, un olor a estiércol,

agrio y picante, pero no desagradable, emanaba de los carros que subían la cuesta y de los montones formados en los patios, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Detrás de los carros, los mujiks, descalzos, con las camisas y los pantalones manchados de estiércol, miraban con curiosidad a aquel barin alto y vigoroso, de sombrero gris, cuya cinta de seda espejeaba al sol y que subía por la calle del pueblo dando golpecitos a cada paso con su bastón nudoso con puño de plata. Los campesinos que volvían de los campos se removían sobre el asiento de su carros vacíos, se quitaban sus gorros y examinaban con sorpresa a aquel hombre extraordinario que iba avanzando. Para verlo, las mujeres salían a las puertas y, señalándolo, lo seguían con los ojos. En la cuarta puerta, Nejludov hubo de detenerse, a la salida de un patio, para dejar salir a una carreta muy alta cargada de estiércol sobre el cual habían colocado una esterilla para que sirviera de asiento. Un niño de seis años, esperando la ocasión para trepar a lo alto de la carreta, caminaba detrás de ella con el rostro resplandeciente. Un joven mujik calzado con botas de fieltro estaba ocupado en hacer salir unos caballos a la calle. Un potrillo gris azulado, alto de patas, franqueó la puerta; pero, asustado al ver a Nejludov, se arrimó a la carreta, golpeándose las patas contra las ruedas, y se precipitó hacia su madre, enganchada al mismo carro, la cual, inquieta, relinchó dulcemente. Otro carro era conducido por un viejo delgado que aún se mantenía bien derecho; iba descalzo, vestido con un pantalón a rayas y una blusa larga y sucia que dibujaba por detrás el arco saliente de su columna vertebral.

Cuando por fin los vehículos se encontraron en la calle sembrada de restos de estiércol seco, el viejo volvió hacia la puerta y se inclinó ante Nejludov.

-Sin duda es usted el sobrino de nuestras señoritas, ¿no?

-Sí, sí.

-¡Bienvenido! ¿Ha venido usted a vernos?- prosiguió el campesino, a quien le gustaba hablar.

-Sí, sí... Y vosotros, ¿cómo vivís?- preguntó Nejludov, no sabiendo qué decir.

-¡Vamos! ¡Hablar de nuestra vida! ¡De lo más miserable!- respondió el viejo locuaz, pareciendo hallar placer en decirlo.

-¿Y por qué miserable?- preguntó Nejludov franqueando la puerta cochera.

-¡Sí, de lo peor!- dijo el viejo, siguiendo a Nejludov bajo un tejadillo donde el suelo estaba limpio de estiércol. Mire usted. Aquí, en mi casa, tengo doce almas- prosiguió, señalando a dos mujeres que, habiéndose arrezagado las mangas de sus camisas y sus faldas hasta por encima de las rodillas, dejaban ver las pantorrillas manchadas de estiércol, y se mantenían en pie, con la horca en la mano, sobre lo que quedaba del montón de fiemo-. Todos los meses

tengo que comprar seis libras de harina; ¿y dónde tomarlas?

-¿Es que no tienes harina suficiente?

-¿De la mía?- exclamó el viejo sonriendo con desdén-. Tengo tierra para tres almas. En Navidad, toda la provisión está ya consumida.

-Pero entonces, ¿qué hacéis?

-Uno se las arregla: no queda más remedio. Tengo un hijo en el servicio. Además, tomamos anticipos en casa de vuestra señoría, pero ya hemos cogido todo antes de la Cuaresma. Y los impuestos todavía no están pagados.

-¿Cuánto son los impuestos?

-Diecisiete rublos cada plazo, nada más que por la casa.

¡Ah, Dios mío, una vida que ni siquiera sabe uno cómo valerse!

-¿No podría entrar en vuestra isba?- preguntó Nejludov.

Al mismo tiempo avanzaba por el patio y pisaba la capa de estiércol de azafranado color amarillo y de violento olor que la horca no había removido aún.

-Está bien, entre- respondió el viejo.

Luego, con un movimiento rápido de sus pies descalzos entre cuyos dedos corría un líquido amarillento, se adelantó a Nejludov y le abrió la puerta de la isba.

Sin dejar de ajustarse sus pañolones y bajarse las faldas, las mujeres miraban con temerosa curiosidad a aquel elegante barin, tan limpio, con sus gemelos de oro, que entraba en sus casas.

Dos niñas salieron corriendo de la isba; Nejludov se agachó, se quitó el sombrero y penetró en el zaguán y luego en la habitación, estrecha y sucia, impregnada de un agrio tufillo a cocina. Cerca del fogón, una mujer anciana, arremangada, dejaba ver sus desnudos brazos, flacos y curtidos.

-Es nuestro barin, que viene a visitarnos- le dijo el viejo.

-Pues bien, dígnese entrar- dijo la vieja con afabilidad, echándose inmediatamente para abajo los puños de la camisa.

-He querido ver un poco cómo vivíais- dijo Nejludov.

-¡Ya puedes ver cómo vivimos!- respondió con atrevimiento la vieja, sacudiendo nerviosamente la cabeza. La isba está a punto de desplomarse, y es seguro que matará a alguien. Pero el viejo opina que está bien. Y así vivimos y reventamos- dijo la vieja con amargura-. Mira, voy a reunir a la gente de la casa para la comida; tengo que dar de comer a los trabajadores.

-¿Y qué vais a tomar de comida?

-¿Que qué vamos a tomar? ¡Oh, podemos darnos por satisfechos! Primer plato: pan y kvass, segundo plato: kvass y pan.

Ella se echó a rear, abriendo de par en par su boca desdentada.

-No, sin bromas; enseñadme lo que vais a comer hoy.

-Comer- dijo el viejo riendo-. Nuestra comida no tiene nada de complicada. ¡Enseñasela, vieja!

La mujer meneó de nuevo la cabeza.

-Se te ha ocurrido la idea de venir a ver nuestra comida de mujiks. ¡Ah, eres un barin curioso, ya lo veo; quieres saberlo todo! Pues bien, ya te lo he dicho: vamos a comer pan y kvass y luego stchi, porque nuestras mujeres han traído unos pescaditos; y después de eso, patatas.

-¿Y eso es todo?

-¿Qué más quieres? Le daremos color el stchi con un poco de leche- respondió la vieja sonriendo con aire astuto, dirigidos los ojos hacia la entrada.

La puerta se había quedado abierta. El zaguán estaba lleno de gente: niños, jovencitas, mujeres con recién nacidos agarrados al seno; y toda aquella multitud amontonada miraba al extravagante barin que quería enterarse de lo que comían los mujiks. Y la vieja sonreía, evidentemente con malicia, porque se sentía muy orgullosa de su manera de recibir a un barin.

-Sí, puede decirse que es una pobre vida la nuestra- insistió el viejo. ¡Bueno!, ¿qué queréis aquí? gritó a los curiosos que se estacionaban a la puerta.

-¡Ahora, adiós!- dijo Nejludov, experimentando un poco de malestar y de vergüenza, sin saber definir el motivo.

-Gracias humildemente por su visita- dijo el viejo.

En el zaguán, la multitud se apartó para dejar pasar a Nejludov. Pero una vez en la calle y resuelto a continuar su paseo, se fijó en dos chiquillos, descalzos, que lo seguían. El mayor llevaba una camisa sucia, blanca en otros tiempos; el otro, flacucho, tenía una camisa rosa descolorida. Nejludov se volvió hacia ellos.

-¿Y adónde vas ahora?- le preguntó el chiquillo de la camisa blanca.

-A casa de Matrena Jarina- respondió Nejludov-. ¿La conocéis?

El más pequeño, el de la camisa rosa, se echó a reír. El otro respondió con gran seriedad:

-¿Qué Matrena? ¿Es vieja?

-Sí, es vieja.

¡Ah! Entonces debe de ser Semenija, que vive al extremo del pueblo. Nosotros lo guiaremos. ¡Vamos, Fedia, guíémoslo!

-¿Y los caballos, entonces?

-¡Bah, eso no importa!

Habiendo accedido Fediá, los tres empezaron a subir por la larga calle del pueblo.

V

Nejludov se sentía más a sus anchas con aquellos dos chiquillos que con las personas mayores, y charlaba con ellos mientras seguía caminando. El más pequeño, el de la camisa rosa, no reía ya y hablaba con tanta inteligencia y discernimiento como el mayor.

-Bueno, ¿quién es el más pobre del pueblo?- preguntó Nejludov.

-¿El más pobre? Mijail es pobre, y luego Semion Makarov; está también Marfa, que es muy pobre.

-Y Anissia lo es más todavía. Anissia ni siquiera tiene vaca. Pide limosna-recalcó el pequeño Fedia.

-Es verdad que no tiene vaca- replicó el de más edad-, pero en casa de ella no son más que tres, mientras que en casa de Marfa son cinco.

-Sí, pero Anissia es viuda- insistió el pequeño.

-Dices que Anissia es viuda; pero Marfa es como si lo fuera también. Tampoco ella tiene a su marido.

-¿Y dónde está su marido?- preguntó Nejludov.

-Alimenta sus piojos en la cárcel- respondió el mayor, empleando la expresión acostumbrada.

-El verano pasado cortó dos chopos en el bosque del señor; entonces lo metieron en la cárcel- se apresuró a decir Fedia-. Hace ya seis meses que está allí, y su mujer pide limosna. Tiene tres hijos, y además su madre, que es muy vieja- añadió con aire de persona mayor.

-¿Y dónde vive?

-Ésa es su casa- dijo el niño, señalando al borde del sendero que seguían una isba ante la cual se balanceaba con esfuerzo sobre sus arqueadas piernecitas un niño muy pequeño de rubia cabeza.

-Vasska, bribonzuelo, ¿quieres entrar de una vez?- gritó desde la casa una mujer joven aún, vestida con una camisa y una falda tan sucias, que parecían cubiertas de cenizas.

Con aire espantado a la vista de Nejludov, se lanzó a la calle, cogió a su hijo y se lo llevó a la isba. Se habría dicho que temía para él algo por parte del barin.

Era la mujer cuyo marido estaba en la cárcel desde hacía seis meses por haber cortado dos chopos en los bosques de Nejludov.

-Bueno, ¿y Matrena, también ella es pobre?- preguntó a medida que se acercaban a su isba.

-¿Cómo va a ser pobre? ¡Vende bebidas!- replicó con tono resuelto el chiquillo de la camisa rosa.

Ante la isba de Matrena, Nejludov se despidió de sus dos guías, entró en el vestíbulo y pasó a la habitación contigua, que no tenía más de dos metros de anchura, por lo que un hombre demasiado alto no habría podido tenderse en el lecho que se encontraba detrás de la estufa.

«En esta misma cama- pensaba-, Katucha ha dado a luz y ha estado mucho tiempo enferma.»

Casi toda la habitación donde había entrado, tropezando con la cabeza en la baja puerta, estaba ocupada por un bastidor de tejer que la vieja acababa de poner en orden con ayuda de la mayor de sus nietas. Otras dos nietecillas suyas corrieron a la isba en seguimiento del barin y se detuvieron a la puerta, apoyándose en las jambas con las manos.

-¿Qué quiere usted?- preguntó con malhumor la vieja, irritada porque el negocio no marchaba bien, y siempre dispuesta, en su calidad de tabernera, a desconfiar de los desconocidos.

-Soy el propietario. Querría hablar contigo.

La vieja miró primero en silencio, examinándolo con atención. Y de pronto su rostro se iluminó.

- ¡Ah, eres tú, pichoncito mío! Y yo, vieja bestia, que no te reconocía. Y me decía: seguramente es un forastero cualquiera. ¡Y resulta que eres tú, mi halcón radiante!- exclamó ella esforzándose en que la voz le saliera amable.

-Quisiera hablarte a solas- dijo Nejludov, señalando en dirección a la puerta, que se había quedado abierta, y donde estaban los niños y una mujer

joven y flaca que llevaba un pequeño ser vestido de andrajos remendados, de rostro azulenco, sobre el cual el sufrimiento imprimía una especie de sonrisa.

-¿Qué tenéis que ver aquí? ¡Esperad a que coja la muleta!- gritó Matrena volviéndose hacia ellos-. ¡Cerrad la puerta, vamos!

Los niños se eclipsaron, y la mujer se alejó con el suyo, tirando de la puerta tras ella.

-¡Y yo que me preguntaba que quién sería! ¡Y era mi guapo barin en persona, mi joya de oro que una querría estar viendo siempre! ¡Y he aquí dónde ha entrado! ¡No lo ha tenido a menos! ¡Ah, mi diamante! Siéntate por aquí, excelentísimo, allí, en el banco- prosiguió ella después de haber limpiado cuidadosamente, con su delantal, el banco que se encontraba en el sitio de honor, bajo los iconos-. Y yo que pensaba: ¿Quién diablos está ahí? ¡Y he aquí que es él, su excelencia en persona, mi barin, mi bienhechor, nuestro padre nutricio! ¡Perdóname! ¡Vieja tonta, me he quedado ciega!

Nejludov se sentó. Delante de él, la vieja permanecía en pie, la mano derecha bajo la barbilla y el puntiagudo codo del brazo derecho sostenido por la mano izquierda. Y prosiguió con voz cantarina:

-¡Ay, qué viejo te has vuelto, excelencia! ¡Tú eras antes tan guapo, y ahora hay que ver cómo estás! Por lo que veo, son también tus preocupaciones.

-Por mi parte, he venido a preguntarte si te acuerdas de Katucha Maslova.

-¿Catalina? ¿Cómo no acordarme de ella? Es mi sobrina. ¿Cómo no acordarme? ¡Cuántas lágrimas me ha hecho derramar! Y es que yo sé todo lo que pasó. Bueno, padrecito, ¿quién no ha pecado contra Dios y quién no está en falta con el zar? Es también la juventud; y el té, y el café que se ha bebido. Y entonces, el Impuro viene y lo estropea todo. Y es que es muy fuerte. Luego, ¿qué hacer? Porque si tú la hubieses abandonado, pero, ¡cómo la recompensaste! ¡Le regalaste un billete de cien rublos! ¿Y qué hizo ella? Imposible hacerla atenerse a razones. Tan dichosa como sería si me hubiese escuchado. Por más que sea mi sobrina, te lo diré francamente: ¡es una muchacha sin principios! Podía haber estado muy bien en el puesto que le busqué. Pero no, no quiso someterse; insultó a su amo. ¿Es que nosotras tenemos derecho a insultar a nuestros amos? Entonces la despidieron. Y tampoco quiso continuar en un puesto muy bueno que le salió en casa del guarda forestal.

Quería preguntarte a propósito del niño. Ella dio a luz aquí, desde luego. ¿Dónde está el niño?

-¿El niño, padrecito? Ya me encargué yo bien de arreglar las cosas. Ella estaba muy enferma; no creían que pudiese escapar con vida. Entonces hice

bautizar convenientemente a la criatura y lo envié luego a un hospicio. ¿Para qué dejar que se consumiese aquel angelito, puesto que la madre se moría? Otras se comportan de una manera distinta: retienen al niño, no pueden alimentarlo y el pobrecito se muere. Pero yo me dije: tengo que hacer un esfuerzo; voy a enviarlo al hospicio. Como tenía dinero, pude mandarlo allí.

-¿Tenía un número?

-Claro que lo tenía. Pero murió inmediatamente. Ella me dijo que, apenas llegado al hospicio, murió.

-¿Quién es ella?

-Aquella mujer que vivía en Skorodnoie. Era su profesión. Se llamaba Melania; pero ahora ha muerto. Una mujer muy inteligente. Fíjate lo que hacía: cuando le llevaban un niño, en lugar de conducirlo inmediatamente al hospicio, lo retenía en su casa y luego lo alimentaba. Cuando le traían otro, lo retenía también. Así esperaba hasta tener tres o cuatro para llevarlos todos juntos al hospicio. En su casa todo estaba organizado con mucho talento: ella tenía una gran cuna, como una cama de matrimonio, donde podía acostarse uno de largo y de costado. Pues bien, ella los acostaba a los cuatro, las cabezas bien separadas, para que no se diesen golpes, y las piernas recogidas en pañales. Y de ese modo los llevaba a todos a la vez. Les ponía biberones en sus boquitas y los pobrecillos no protestaban.

-¿Y qué pasó?

Retuvo así también al hijo de Catalina. Pero a éste no lo conservó más de quince días en su casa y allí le cogió la enfermedad.

-¿Era un niño hermoso?

-¡Oh, un niño tal que no podía haberlo mejor! ¡Tu vivo retrato!- añadió la vieja guiñando sus arrugados ojos.

-¿Y por qué enfermo? ¿Le dieron mal de comer?

-Nada de eso. No fue más que la extrañeza. Se comprende, no era hijo suyo. ¡Con tal de poderlo llevar con vida hasta el hospicio! Me dijo que apenas llegado a Moscú, murió. Ella trajo un certificado: todo estaba en regla. Era una mujer que tenía muy buena cabeza.

Y Nejludov no pudo enterarse de más detalles respecto a su hijo.

Después de haber tropezado de nuevo dos veces con la cabeza en las puertas de la isba, Nejludov salió a la calle, donde lo aguardaban los dos chiquillos. Otros niños se habían unido a ellos, y también mujeres; entre ellas estaba la desgraciada que llevaba un niño macilento cubierto de harapos remendados.

Éste continuaba sonriendo, con una sonrisa de toda su carita de viejecillo, y no cesaba de mover sus grandes dedos engarfiados.

Nejludov comprendía que era la sonrisa del sufrimiento, y preguntó quién era aquella mujer.

-Es Anissia, de la que te he hablado- dijo el mayor de los chiquillos.

Nejludov se volvió hacia ella.

-¿Cómo vives? ¿De qué te alimentas?- le preguntó.

-¿Que cómo vivo? De lo que me dan- respondió Anissia.

Y se echó a llorar.

El rostro del niño envejecido se había dilatado en una sonrisa, y sus delgadas piernas se retorcían como gusanos.

Nejludov sacó su cartera y dio diez rublos a la mujer. No había andado dos pasos cuando lo abordó otra mujer con un niño, y luego otra mujer. Todas proclamaban su miseria y solicitaban un socorro. Nejludov distribuyó entre ellas sesenta rublos en billetes pequeños que llevaba consigo; y, con un profundo sentimiento de tristeza, regresó a la casa, o, más bien, al ala habitada por el administrador.

Éste salió a su encuentro con su inalterable sonrisa y le anunció que los campesinos se reunirían por la tarde. Nejludov le dio las gracias y, sin penetrar en el interior, fue a pasearse por el jardín, por los viejos senderos invadidos por la hierba y alfombrados con blancas flores de los manzanos, meditando en lo que había visto.

Todo estaba tranquilo; pero, poco después, oyó en el alojamiento del administrador dos voces de mujeres irritadas que querían hablar a la vez, y de cuando en cuando se mezclaba la voz tranquila del administrador. Nejludov aguzó el oído.

-¡Esto es superior a mis fuerzas! ¿Es que quieres arrancarme entonces hasta la cruz que llevo al cuello?- decía una voz indignada de mujer.

-¡Pero ella no entró en el campo más que un momento!- decía otra voz-. ¡Devuélvemela, lo digo! ¿Por qué haces sufrir al animal y a los niños que están sin leche?

-Paga, con dinero o con trabajo- respondió la voz plácida del administrador.

Nejludov abandonó el jardín y se acercó a la escalinata, cerca de la cual había dos mujeres desgredadas, una de ellas a punto de ser madre. En los escalones, las manos en los bolsillos de su abrigo de tela gruesa, estaba en pie el administrador. Al distinguir al barin, las mujeres se callaron y se arreglaron el pañolón sobre las cabezas mientras el administrador sacaba las manos de los bolsillos y se ponía a sonreír.

Según la explicación de este último, los mujiks soltaban expresamente a sus terneros, incluso a sus vacas, en el prado señorial. Por el momento se trataba de las vacas de estas dos mujeres, vacas que habían sido cogidas en los prados y confiscadas. El administrador exigía el pago de treinta copeques por vaca o, en su lugar, dos jornadas de trabajo. Las mujeres afirmaban, primeramente, que sus vacas no habían hecho más que entrar; luego, que no tenían dinero, y, por último, aunque prometiesen pagar con su trabajo, pedían que les devolviesen inmediatamente los animales, puesto que desde por la mañana estaban sin forraje y mugían quejumbrosamente.

-No sé la de veces- dijo el administrador, volviéndose hacia Nejludov como para tomarlo por testigo- que les he dicho con toda seriedad: «Cuando recojáis vuestro ganado, no dejéis de vigilarlo.»

-Pero si yo no entré en casa más que un momento para ver a mi niño, y ya se habían escapado.

-Pues bien, no hace falta que te vayas cuando es el momento de vigilar.

-¿Y quién va a dar de comer al pequeño? ¡No vas a ser tú quien le dé la teta!

-Todavía, si mi vaca hubiese pastado realmente en la pradera, bien está, pero acababa de entrar- decía la otra.

-Han acabado con todos los pastos- dijo el administrador a Nejludov-. Si no se les hiciese escarmentar, no habría ni un puñado de heno.

-¡Ay, no digas pecado!- gritó la mujer encinta-. ¡Nunca han cogido a mis animales!

-Pues bien, hoy han cogido a uno. Así, pues, paga o trabaja.

Bueno, trabajaré. Pero primero devuélveme la vaca, ¡no dejes que se muera de hambre!- gritó con cólera-. Aparte de eso, no tengo ya ni un solo instante de descanso, ni de día ni de noche. Mi suegra está enferma, mi marido está siempre borracho perdido; sólo estoy yo para hacerlo todo y ya no tengo fuerzas. ¡Ojalá se te atravesase en la garganta mi trabajo!

Nejludov rogó al administrador que ordenase que soltaran las vacas y regresó al jardín para continuar allí sus reflexiones, pero ya no tenía tema sobre el cual reflexionar.

Ahora todo se le presentaba tan claro, que no se cansaba de asombrarse de que los demás y él mismo no hubiesen visto, no hubiesen comprendido desde hacía mucho tiempo lo que era tan evidente. El pueblo muere, pero está acostumbrado a su lenta agonía; y este estado precario extrae de sí mismo los elementos particulares que lo sostienen: la mortalidad infantil, el trabajo exagerado impuesto a las mujeres, la falta de alimentos para todos, en especial para los viejos. Y, al llegar gradualmente a esta situación, el pueblo acaba por no ver ya el horror de la misma y por no quejarse de ella. Y nosotros, a nuestra vez, juzgamos esta situación natural y fatal.

Ahora, Nejludov veía claro como el día que la causa principal de la miseria de la que el pueblo tiene conciencia y que pone siempre en primer lugar, reside sobre todo en el hecho de que ha sido desposeído de la tierra, única capaz de alimentarlo. Es evidente, por otra parte, que los niños y los viejo mueren porque no tienen leche, y que no tienen leche porque no tienen tierras donde hacer pastar al ganado, recoger trigo y heno; en una palabra, que la causa principal, o por lo menos inmediata, de la miseria de los campesinos es que la tierra, su única nutridora, no les pertenece a ellos, sino a los que se aprovechan de sus propiedades rústicas para vivir del trabajo del prójimo.

Ahora bien, la tierra es hasta tal punto indispensable para los hombres, que mueren por no tenerla. Y estos mismos hombres, reducidos a la necesidad más extrema, la cultivan a fin de que el grano que ella produce se venda al extranjero y que el terrateniente pueda comprarse sombreros, bastones, bronces, ca-lesas, etcétera. Y todo aquello, para Nejludov, era también tan evidente ahora como es evidente que los caballos encerrados en un prado del que se han comido toda la hierba, adelgazan y revientan de hambre si no se les deja la posibilidad de pastar la hierba del prado vecino. Y eso es terrible, ¡eso no puede y no debe ser! Hace falta, pues, encontrar el medio de destruir este estado de cosas o al menos no cooperar a él uno mismo.

«¡Y ese medio lo encontraré!- pensaba, yendo y viniendo por la alameda de los chopos-. En las sociedades sabias, en las administraciones, en los periódicos, especulamos sobre las causas de la miseria del pueblo y sobre los medios de hacerla cesar, pero dejamos de lado el único medio que permitiría mejorar la suerte de los campesinos, y que consiste en devolverles la tierra que se les ha arrebatado.»

Y se acordó claramente de las teorías de Henry George y del entusiasmo que en otros tiempos había sentido por ellas; al mismo tiempo se asombró de haber podido olvidarlas.

«La tierra no debería ser un objeto de propiedad particular, ni un objeto de compraventa, como no lo son el agua, el aire y los rayos de sol. Todos los humanos tienen, respecto a la tierra y a lo que ella produce, un derecho igual.»

Comprendió entonces las causas secretas de su vergüenza en cuanto a los convenios concertados en Kuzminskoie. Es que, a sabiendas, él mismo se había dejado inducir al error. Al mismo tiempo que negaba al hombre el derecho de poseer la tierra, se había reconocido para sí ese derecho y no había hecho entrega a los mujiks más que de una parte de un bien que en el fondo de su alma sabía que no debía pertenecerle.

Hoy, por lo menos, obraría de otra manera y desharía en seguida lo que había hecho en Kuzminskoie. Y mentalmente elaboró un proyecto nuevo: el de alquilar sus tierras a los campesinos cediéndoles incluso el precio que pagarían por el arrendamiento y que serviría para pagar sus impuestos y cubrir los gastos de la comunidad. No era todavía el single tan soñado, pero era el medio que más se le acercaba y el más realizable en la actualidad. Lo principal era que él renunciase por su parte a su derecho de posesión rústica.

Cuando regresó al alojamiento del administrador, éste le anunció, con una sonrisa más claramente halagadora, que la comida estaba lista; temía sin embargo que se hubiera quemado un poco, a pesar de los cuidados puestos por su mujer y por la muchacha encargada de las faenas de la casa.

La mesa estaba cubierta por un mantel de tela cruda, y una toalla bordada hacía las veces de servilleta; sobre la mesa, en una sopera de vieja porcelana de Sajonia, de asas rotas, humeaba una sopa de patatas hecha con la carne de aquel mismo gallo que Nejludov había visto alargar alternativamente sus negras patas. Ahora, el gallo estaba descuartizado, y algunos trozos conservaban aún las plumas. A la sopa sucedió el gallo con su plumilla tostada y luego pastelillos de queso blanco con abundancia de mantequilla y azúcar. Por poco atractivo que fuese todo aquello, Nejludov comía sin darse cuenta, absorto en el pensamiento del nuevo proyecto que, hacía poco, había disipado el malestar con el que volvió de su paseo por el pueblo.

Por la puerta entreabierta, la mujer del administrador vigilaba la manera de servir de la joven criada. Y el marido, todo orgulloso de los talentos culinarios de su mujer, se esponjaba cada vez más en su plácida sonrisa.

Después de comer, Nejludov obligó al administrador a que se sentara a la mesa. Experimentaba la necesidad de hablar, a fin de controlarse a sí mismo y, a la par, comunicar a alguien lo que tan preocupado lo tenía. Participó al administrador su proyecto de ceder las tierras a los mujiks y le pidió su opinión. La sonrisa del administrador tuvo la pretensión de expresar que pensaba todo eso desde hacía ya mucho tiempo y que estaba encantado de oírlo decir. En realidad, no había comprendido ni una sola palabra, no porque

Nejludov se hubiese expresado mal, sino porque lo veía renunciar a su interés personal en pro del interés de los demás; y por su parte, el administrador juzgaba que ningún hombre era capaz de preocuparse de otra cosa que de su interés propio sin importarle quién saliese perjudicado. Tanto, que creyó haber comprendido mal la propuesta de Nejludov consistente en dedicar todo el ingreso de sus tierras a constituir para los campesinos un capital que bastase para las necesidades de la comunidad.

-Ya comprendo. Así es que usted recibirá los intereses de ese capital, ¿no es así?- dijo, todo radiante.

-¡Nada de eso! Compréndame. Les cedo completamente mis tierras.

-Y entonces, ¿no recibirá usted renta?- exclamó el administrador dejando de sonreír.

-Pues bien, no. Renuncio a ellas.

A un profundo suspiro del administrador sucedió rápidamente una nueva sonrisa. Ahora había comprendido, pero había comprendido que Nejludov no estaba en sus cabales, y su primera preocupación era la de pensar en aprovecharse de aquello. Se esforzaba en enfocar la cuestión desde un ángulo que le permitiese sacar un beneficio de aquel proyecto de abandono de la tierra.

Pero cuando descubrió que esto era imposible, se entristeció y dejó de interesarse por el plan. Sin embargo, para ser agradable al dueño, siguió sonriendo.

Al ver que el administrador no lo comprendía, Nejludov dejó que se marchase y se sentó a la mesa toda manchada de tinta y llena de muescas, donde empezó a redactar su proyecto.

El sol acababa de ponerse tras las hojas nuevas de los tilos. Bandadas de mosquitos habían invadido la habitación y le picaban a Nejludov. Y, cuando hubo acabado de escribir, oyó por la ventana el ruido de los rebaños que regresaban, el rechinar de las puertas que se abrían a los patios, las voces de los mujiks que se dirigían a la reunión. Declaró entonces al administrador que no quería recibir a los campesinos en la oficina, sino que iría a hablarles al pueblo, donde debían reunirse. Luego bebió rápidamente una taza de té servida por el administrador y se encaminó de nuevo hacia el pueblo.

VII

Los campesinos se habían reunido en el patio del staroste y charlaban

ruidosamente; pero, al acercarse Nejludov, guardaron silencio y, como los de Kuzminskoie, se quitaron sucesivamente su gorro o su gorra. Aquellos mujiks eran mucho más primitivos que los de Kuzminskoie; y, lo mismo que las muchachas y las mujeres llevaban zarcillos de piel en las orejas, casi todos los hombres iban calzados con botas de fieltro y vestidos con caftanes. Algunos incluso estaban descalzos y otros en mangas de camisa, tal como volvían de los campos.

Nejludov, dominando su emoción, les comunicó desde el principio que estaba resuelto a cederles sus tierras. Ellos lo escuchaban sin decir palabra y con rostro impasible.

-La verdad es que creo- continuó Nejludov, ruborizándose- que todos los hombres tienen derecho a disfrutar de la tierra

¡Desde luego; es verdad!- exclamaron algunas voces de mujiks.

Prosiguiendo su exposición, Nejludov dijo que la renta de la tierra debía repartirse entre todos y que, por consiguiente, estaba dispuesto a cederles sus tierras a cambio de una renta que fijarían ellos mismos y que estaría destinada a constituir un capital social reservado para el propio use de ellos.

Continuaron dejándose oír palabras de aprobación; pero los rostros de los campesinos se iban poniendo cada vez más serios, y sus miradas, clavadas al principio en el barin, se bajaban hacia el suelo; parecían querer evitar alguna vergüenza a Nejludov al mostrarle que habían adivinado su astucia, por la que ninguno se dejaría engañar.

Él hablaba sin embargo lo más claramente que le era posible y a hombres que no eran unos zoquetes; pero no lo comprendían y no podían comprenderlo, por la misma razón por la que también el administrador había tardado mucho tiempo en comprenderlo. Estaban convencidos de que la única preocupación de cualquier hombre es la de buscar su propio interés. Y en cuanto a los terratenientes en particular, desde hacía varias generaciones, sabían por experiencia que estos propietarios buscaban siempre beneficiarse a costa de ellos; por tanto, si el amo los reunía para presentarles alguna propuesta nueva, estaban convencidos de antemano de que era para explotarlos aún más.

-Bueno, ¿qué precio le ponen ustedes a la tierra?- preguntó Nejludov.

-¿Cómo poner precio? Eso nos es imposible. La tierra es de usted, usted es el que manda- respondieron varias voces entre la multitud.

-Pero es que os estoy diciendo que solamente vosotros os beneficiaréis de ese dinero para las necesidades de la comunidad.

-Eso no puede ser. La comunidad es una cosa, y nosotros somos otra.

-¡Tratad de comprender!- dijo el administrador, quien se había acercado a Nejludov con el deseo de explicar el asunto-. No os dais cuenta de que el príncipe os propone el arrendamiento de la tierra a cambio de dinero, pero ese dinero volverá a vuestro capital para vuestra comunidad.

-Comprendemos muy bien- dijo sin levantar los ojos un viejecillo desdentado de aire ceñudo-. Es como si se dijera dinero colocado en un banco. Pero de cualquier forma habrá que pagar al vencimiento, y es lo que no queremos hacer. Bastante trabajo nos cuesta ya ir tirando. Para nosotros sería la ruina completa.

-Eso no nos conviene en absoluto. Preferimos seguir como antes- gruñeron voces descontentas, incluso groseras.

Pero la resistencia se acentuó mucho más cuando Nejludov anunció que dejaría en la oficina del administrador un contrato firmado por él y que ellos tendrían que firmar a su vez.

-¿Firmar? ¿Por qué tendríamos que firmar? Lo mismo que trabajamos ahora, continuaremos. ¿Para qué sirve todo eso? Somos unos ignorantes y no entendemos ni jota.

-No podemos aceptar eso, porque no entra en nuestras costumbres. Que las cosas se dejen como están. Solo que no nos pidan ya más las simientes, con eso bastará- gritaron algunas voces.

Eso significaba que los campesinos estaban obligados a suministrar los granos para los campos que trabajaban, y pedían ahora que los granos fuesen proporcionados por el propietario.

-Entonces, ¿os negáis? ¿No queréis haceros cargo de la tierra?- preguntó Nejludov a un joven campesino de rostro reluciente, vestido con un caftán remendado, descalzo, que llevaba en la mano izquierda su desgarrada gorra, a la manera de los soldados que han recibido la orden de descubrirse.

-¡Perfectamente!- respondió el mujik, que todavía no se había desprendido de la hipnosis de la disciplina militar.

-Entonces, ¿es que tenéis bastante tierra?- insistió Nejludov.

-¡Absolutamente no!- replicó el ex soldado, manteniendo delante de él su desgarrada gorra, como si se la estuviera ofreciendo a alguien que quisiera aprovecharse de ella.

-No importa. Reflexionad sobre lo que os he dicho- dijo Nejludov, estupefacto. Y les repitió su propuesta.

-Está todo reflexionado. Será como hemos dicho nosotros- declaró con tono desdeñoso y rostro ceñudo el viejo desdentado.

-Permaneceré aquí aún un día. Si cambiáis de opinión, vendréis a decírmelo.

Los mujiks no respondieron.

Así, sin haber podido sacar nada de ellos, Nejludov regresó tristemente a la oficina.

-Ya ve usted, príncipe- le dijo el administrador con su sonrisa untuosa-; no llegará usted nunca a entenderse con ellos: el mujik es tozudo. Cuando está en asamblea, se cierra a la banda y ni el mismo diablo podría convencerlo. Porque tiene miedo de todo. Y sin embargo, entre estos mismos mujiks los hay inteligentes, como por ejemplo el moreno y el viejo gruñón que rehusaban las ofertas que usted les hacía. Cuando éste viene a la oficina y lo invitó a té y lo hago hablar, muestra una inteligencia notable: ¡un verdadero ministro! Le presenta a uno juicios de una sagacidad asombrosa. Pero en asamblea, ya usted lo ha visto: es otro hombre, y no se aparta de su idea.

-Entonces, ¿no se podría hacer que vinieran aquí algunos de los más inteligentes?- preguntó Nejludov-. Yo les explicaría el asunto con todos los pormenores.

-Sí, es posible- respondió el administrador sin dejar de sonreír.

-Pues bien, haga usted el favor de decirles que vengan mañana por la mañana.

-Nada más fácil; mañana estarán aquí- respondió el administrador, más radiante aún.

-¡Hay que ver ese taimado!- decía el mujik moreno de barba enmarañada que no se peinaba nunca, balanceándose sobre su bien alimentado jumento.

Hablaba a su compañero, viejo y delgado, de raído caftán, que cabalgaba al lado de él, acompañados por el tintineo de las maniotas de hierro del caballo.

Los mujiks llevaban a pastar de noche sus caballos a lo largo de la carretera principal (es decir, en secreto, a los bosques del amo).

-« ¡Os daré la tierra por nada, no tenéis más que firmar! », y ya con eso nos tienen cogidos otra vez. Es lo que ha ocurrido siempre. Pero hoy nosotros somos tan listos como ellos- añadió el mismo mujik.

Y llamó al potrillo que se había quedado atrás, pero éste ya correteaba por la pradera.

-¡Fíjate como ese hijo de perra se acostumbra a entrar en los campos del barin!- continuó, al oír el relincho y el galope del potrillo en los perfumados prados cubiertos de rocío. Y, al oír bajo los cascos del animal los crujidos de las acederas silvestres, añadió:- Fíjate, la acedera invade los prados.

-El domingo habría que mandar a las mujeres a arrancarla- dijo el mujik delgado-. De lo contrario, se echarían a perder las hoces.

-« ¡Firma! », nos dice- continuó el otro mujik, volviendo a las palabras del barin-. Y si firmas, te come crudo.

-Desde luego- respondió el viejo.

Y guardaron silencio. No se oía más que el crujido de los cascos sobre la pedregosa carretera.

VIII

Al regresar, Nejludov encontró, en el cuarto de la administración que le habían preparado para pernoctar, una cama muy alta, con colchones de pluma, dos almohadas y una hermosa colcha de seda roja labrada que evidentemente formaba parte de la dote de la mujer del administrador. Éste, al conducirlo a su habitación, le preguntó si no quería primeramente terminar el resto de la comida. Nejludov rehusó y le dio las gracias. El administrador lo dejó entonces solo después de haberse excusado por haberle hecho un recibimiento tan modesto.

La negativa opuesta por los campesinos no turbaba por lo demás a Nejludov. Por el contrario, aunque los de Kuzminskoie le hubiesen dado las gracias al fin, en tanto que éstos se habían mostrado descontentos y hostiles, se sentía tranquilo y dichoso.

La habitación de la oficina era de una limpieza mediocre, y la atmósfera, demasiado pesada. Nejludov salió al patio con la intención de dirigirse al jardín; pero se acordó de la noche de otros tiempos, de la ventana de la cocina, de la escalinata trasera de la casa, y no se sintió con valor para volver a ver lugares manchados por el recuerdo de una mala acción. Se sentó en la escalinata delantera y, aspirando el violento perfume de los jóvenes brotes de los chopos, esparcido en el aire tibio de la noche, contempló durante largo tiempo los sombríos macizos del jardín, escuchó el tictac del molino y el canto de los ruiseñores y el de otro pájaro que silbaba monótonamente en un matorral próximo. La luz desapareció de la ventana de la habitación del administrador; la media luna, enmascarada por las nubes, reapareció hacia el Oeste, por detrás de las granjas; por instantes, relámpagos de calor iluminaron el jardín florido y la deteriorada casa. A lo lejos rugió la tormenta; poco a poco, una masa sombría invadió una tercera parte del cielo.

Los ruiseñores y el pájaro que cantaba callaron. El estrépito del agua que hervía en la esclusa se acompañó con el graznido de los patos; luego, en el

pueblo, en la parte baja, resonó el canto del gallo, ese canto que precede al alba en las noches de tormenta.

Un proverbio asegura que, en las noches gozosas, los gallos cantan muy temprano. Y aquella noche era más que gozosa para Nejludov: estaba llena de felicidad y de encanto. En su imaginación renacían las impresiones de aquel bendito verano en que, joven inocente, había vivido aquí mismo; y se sentía igual al que era entonces; análogo al que había sido en aquella fase exquisita y soberbia de su vida, cuando tenía catorce años, cuando rogaba a Dios que le enseñase la verdad, cuando lloraba sobre las rodillas de su madre, jurándole que siempre sería bueno, que nunca le causaría penas; y análogo también al que había sido cuando su amigo Nicolenka Irteniev y él decidieron prestarse una ayuda mutua en la vía del bien y consagrar su vida entera a la felicidad de la humanidad.

Se acordó entonces de la mala tentación que, en Kuzminskoie, lo había incitado a echar de menos su casa, sus bosques, sus granjas y sus tierras. Y se preguntó en aquel momento si las echaba de menos todavía. No solamente no era así, sino que le parecía extraño que eso hubiese podido ser alguna vez. Se acordó de todo lo que había visto a lo largo de la jornada: la joven madre cuyo marido estaba en la cárcel por haber cortado un árbol en el bosque de él, de Nejludov; y la espantosa Matrena, lo bastante audaz para decirle que las jóvenes de su clase deben satisfacer las pasiones de sus amos. Se acordó de las palabras de la vieja sobre la manera como se llevaba a los niños al hospicio; volvió a ver la desgarradora sonrisa del niño envejecido, agotado por la falta de alimento; se acordó de la débil mujer encinta a la que querían obligar a trabajar para él porque, extenuada de fatiga, no había podido vigilar a su vaca, que no tenía nada de comer. E inmediatamente después, su pensamiento lo llevó a la cárcel, a las cabezas rapadas, a la hediondez de las celdas, a las cadenas; y, frente a todas estas miserias, vio el lujo insensato de su propia vida, de toda la vida de las ciudades, de las capitales, de los dueños. Y todo se hacía para él evidente y cierto.

La luna, despejada ya casi del todo, se había alzado sobre la arboleda; sombras negras se alargaban en el patio, y los tejados de hierro de la casa grande parecían luminosos.

Y como si se hubiera sentido en la obligación de saludar a esta luz, el pájaro que estaba en el matorral volvió a silbar y a chasquear con el pico.

Nejludov se acordó de cómo en Kuzminskoie se había tomado la molestia de reflexionar sobre su existencia, de pensar en lo que haría, en lo que llegaría a ser. Se había planteado preguntas, pesando el pro y el contra, sin poder contestarlas, tan complicada y difícil le parecía la vida. Al plantearse aquí las mismas preguntas, se asombró de encontrarlas muy simples. Y eran simples

porque él había dejado de pensar y de interesarse por lo que pasaría para pensar únicamente en lo que debía hacer. Ahora bien, cosa extraña, cuanto menos podía decidir lo que podía hacer para él mismo, tanto mejor sabía lo que debía hacer para los demás. Sabía ahora que le era preciso dar sus tierras a los campesinos porque estaba mal que él las retuviese. Sabía que no debía abandonar a Katucha, sino, por el contrario, acudir en socorro de ella y estar dispuesto a todo para redimir la falta que él había cometido. Sabía que era preciso estudiar, examinar todo aquello, ver claramente la obra, en la que él tomaba parte, de los tribunales que juzgan y castigan; sabía que veía lo que otros no ven. Ignoraba lo que debía salir de allí, pero estaba seguro de que su deber era obrar de aquella manera. Y esta firme seguridad le colmaba de alegría.

La nube negra había invadido todo el cielo; a los relámpagos de calor habían sucedido verdaderos relámpagos que iluminaban el patio y la casa en ruinas; y un brusco trueno resonó por encima de su cabeza. Los pájaros se habían callado; por el contrario, las hojas de los árboles empezaron a susurrar, y, sobre la escalinata donde estaba sentado Nejludov, el viento vino a soplarle en los cabellos. Una gota, luego otra, se estrellaron sobre el tejado de hierro y sobre las hojas; el viento cesó bruscamente; un gran silencio lo sucedió, y Nejludov no había tenido tiempo de contar hasta tres cuando, por encima de su cabeza, estalló un trueno que rodó repercutiendo por la inmensidad del cielo.

Volvió a entrar en la casa.

«Sí, sí- pensaba-, la obra de nuestra vida, todo el sentido de esta obra, es cosa incomprensible para mí y que jamás podría comprender. ¿Para qué existieron mis tías? ¿Por qué Nicolenka Irteniev murió y yo continué vivo? ¿Por qué Katucha? ¿Por qué mi locura? ¿Por qué la guerra en la que tomé parte? ¿Y todo el desarreglo de mi vida ulterior? Comprender todo eso, comprender la obra del Dueño no entra en mis facultades. Pero cumplir su voluntad, tal como está escrito en mi conciencia, eso sí depende de mí, y sé que debo hacerlo y que no me quedaré tranquilo más que cuando lo haya hecho.»

La lluvia caía a raudales, goteando de los tejados y, por las canales, precipitándose en los barriles. Cada vez más raros, los relámpagos iluminaban el patio y la casa. Nejludov regresó a su habitación, se desnudó y se acostó, bastante inquieto al sospechar, tras el papel sucio y desgarrado de las paredes, la presencia de chinches.

«¡Sí, sentirme no dueño, sino servidor!», pensaba; y este pensamiento lo llenaba de alegría.

Pero sus inquietudes estaban justificadas. Apenas había apagado la vela cuando los insectos empezaron a devorarlo.

«¡Dar mis tierras, ir a Siberia; las pulgas, las chinches, la suciedad! Sea; puesto que es necesario, soportaré todo eso.»

Pero a pesar de todo su deseo, no pudo soportarlo; fue a sentarse cerca de la ventana abierta y se absorbió durante largo tiempo en la contemplación de las nubes negras que se disipaban y de la luna que emergía de nuevo.

IX

Como Nejludov no se había dormido hasta por la mañana, se despertó muy tarde.

A mediodía, siete campesinos seleccionados, invitados por el administrador, llegaron al huerto, donde, bajo los manzanos, habían puesto una mesa y bancos hechos de tablones colocados sobre caballetes. Costó un trabajo enorme conseguir que los siete delegados se pusiesen sus gorros o gorras y se sentasen en los bancos.

Sobre todo, el ex soldado se obstinaba en permanecer de pie y sujetaba delante de él su remendada gorra, del mismo modo que hacen los soldados en un entierro; estaba calzado aquel día con pedazos de tela limpia que le servían como calcetines, y con botas nuevas de fieltro.

Pero cuando el decano, un viejo de ancho pecho, de aspecto venerable, con una gran barba blanca rizada como la del Moisés de Miguel Ángel, y de espesos cabellos blancos que coronaban una frente atezada por el sol, se hubo puesto su gran gorro, abotonado su caftán nuevo y se sentó en el banco, los demás siguieron su ejemplo. Una vez acomodados todos, Nejludov se sentó frente a ellos, en el otro banco, y, con su proyecto en la mano, empezó a leerlo y a explicarlo.

Bien a causa del número restringido de los campesinos, bien porque la importancia de su empresa le impedía pensar en sí mismo, Nejludov no experimentaba ahora embarazo alguno. Involuntariamente se dirigía de modo del todo especial al viejo de la barba blanca rizada, del que parecía aguardar la aprobación o la crítica. Desgraciadamente, se hacía ilusiones al formarse de él una gran idea, porque el venerable anciano no aprobaba, con un gesto de su hermosa cabeza de patriarca, o no movía la cabeza en señal de desconfianza más que después de ver la actitud aprobadora o reprobadora de sus vecinos; personalmente, no comprendía casi nada de lo que decía Nejludov, y no cogía el sentido más que cuando sus compañeros repetían las mismas palabras en el idioma de ellos. Nejludov era mucho mejor comprendido por el vecino del anciano, un viejecillo sin barba y tuerto, vestido con una casaca remendada y

calzado con viejas botas. Era fabricante de estufas, según informó a Nejludov en el curso de la charla. Aquel viejecillo acompañaba con un movimiento de cejas cada esfuerzo que hacía por comprender, y traducía poco a poco y a su manera lo que iba diciendo el barin.

De inteligencia viva también, otro viejo corpulento, de barba blanca y ojos brillantes, no dejaba escapar ninguna ocasión de insertar comentarios irónicos o divertidos; por lo visto, era su manera de lucirse.

El ex soldado habría debido comprender también, al parecer, de qué se trataba si no estuviese entontecido por el espíritu soldadesco y no se hubiese empeñado en seguir un lenguaje estúpido aprendido en el servicio. El más serio de los oyentes del grupo era sin duda alguna un alto mujik con voz de bajo profundo, de larga nariz y corta barbilla, vestido con un caftán limpio y calzado con botas nuevas de fieltro. Comprendía todo, y, cuando hablaba, lo hacía con conocimiento de causa.

En cuanto a los otros dos ancianos, uno de ellos era aquel viejecillo desdentado que tanta oposición había mostrado contra Nejludov el día anterior; el otro era un hombre de gran estatura, muy blanco, de rostro bondadoso, con delgadas piernas rodeadas de tela blanca a guisa de calcetines y envueltas en polainas. Los dos guardaban silencio, escuchando sin embargo con gran atención.

Nejludov comenzó por exponer sus ideas sobre la propiedad rústica.

-A mi juicio- dijo-, no se tiene derecho ni a vender ni a comprar la tierra, porque los que tienen dinero comprarían de ella todo lo que quisieran, o, dicho de otro modo, extraerían todo el dinero que quisieran de quienes la cultivan.

-Es verdad- dijo el hombre de larga nariz, con su profunda voz de bajo.

-¡Perfectamente bien!- opinó el ex soldado.

-Una mujer coge un poco de hierba para las vacas; la detienen y, ¡venga!, a la cárcel-dijo el viejecito de aspecto modesto y bondadoso.

Nuestras tierras están a una distancia de cinco verstas; en cuanto a tomarlas en arriendo, no hay medio: piden precios que sería imposible pagar- añadió el viejo desdentado.

-Nos exprimen retorciéndonos como al cáñamo. Es peor que en los trabajos forzados- recalcó el mujik de aire ceñudo.

-Ésa es también mi opinión- dijo Nejludov-; y considero como un pecado poseer la tierra. Por eso he venido a dárosela.

-Pues es una buena cosa- dijo el viejo de barba de Moisés, habiendo comprendido indudablemente que Nejludov quería alquilarles sus tierras.

-He venido para eso. No quiero ya extraer provecho alguno de mis tierras, sino ponerme de acuerdo con vosotros sobre el modo como podríais beneficiaros de ellas.

-No tienes más que dárselas a los mujiks, eso es todo- dijo el viejecillo desdentado.

Esta respuesta produjo en Nejludov cierta turbación, porque notaba en ella que sospechaban de su lealtad. Pero se recobró en seguida y se aprovechó de aquel comentario para decir todo lo que tenía que decir.

-Me sentiría muy satisfecho con dároselas- continuó-, pero ¿a quién y cómo? ¿A qué mujiks? ¿Por qué más bien a vuestra comunidad que a la de Deminskoïe?- Era un pueblo vecino casi desprovisto de tierras.

Nadie respondió. Únicamente el ex soldado dejó oír su: «Perfectamente bien.»

-Pues bien- prosiguió Nejludov-, decidme: ¿qué haríais en mi lugar?-

-¿Que qué haríamos? Un reparto igual entre todos- dijo el fabricante de estufas con un rápido aleteo de los párpados.

-Está claro. Repartiríamos todo entre los campesinos- apoyó el viejo bondadoso.

Y todos, sucesivamente, fueron aprobando aquella respuesta que parecía satisfacerlos por entero.

-Pero, ¿cómo entre todos?- preguntó Nejludov-. ¿Incluyendo también a los criados de la casa y de las fincas señoriales?

-¡Absolutamente no!- declaró el ex soldado, esforzándose en poner el rostro risueño.

Pero el campesino alto y reflexivo fue de opinión contraria:

-Si se reparte, hay que hacerlo igualmente entre todos- declaró con su voz de bajo, después de un instante de reflexión.

-Eso no es posible- replicó Nejludov, quien ya tenía preparada su objeción-. Si yo hiciese un reparto igual, todos los que no trabajan ni cultivan ellos mismos aceptarían su parte para revenderla a los ricos. Y de nuevo éstos acapararían la tierra. Y al multiplicarse la familia de los que cultivan, su tierra tendría que ser parcelada. Y los ricos volverían a hacerse poderosos, en detrimento de los que para vivir tienen necesidad de la tierra.

¡Perfectamente bien! se apresuró a confirmar el ex soldado.

-Prohibir que nadie venda la tierra. Y que sea el poseedor de ella el que la trabaje- dijo el fabricante de estufas interrumpiendo con irritación al ex

soldado.

Pero Nejludov objetó que era imposible controlar si alguien cultivaba por su propia cuenta o por cuenta de otro.

El mujik alto propuso organizar el cultivo sobre las bases de la asociación por gremios:

-¡Que solamente tenga tierra quien la cultiva! ¡Nada para el que no lo haga así!- dijo con su enérgica voz de bajo.

Para aquel proyecto comunista, Nejludov tenía igualmente dispuesta una objeción irrefutable. Respondió que todo el mundo debería tener entonces igual número de carretas y de caballos y realizar la misma cantidad de trabajo; o bien que caballos, carretas, trillos y todo lo que tenían fuesen puestos en común. Y, para eso, hacía falta que previamente se pusieran de acuerdo.

-Entre nosotros nunca nos pondremos de acuerdo sobre eso- afirmó el viejecillo de aire desdeñoso.

-Inmediatamente habría una batalla- declaró el viejo de barba blanca, con una risa en los ojos.

-Y además, ¿cómo repartir la tierra según sus cualidades?- dijo Nejludov . ¿Por qué unos tendrían tierra de regadío y otros tierra de secano o arenosa?

-Pues se repartiría igualmente cada cualidad- replicó el fabricante de estufas.

Nejludov respondió a eso que no se trataba solamente del reparto en una comunidad única, sino en general y por todas partes: ¿por qué unos habrían de tener tierra buena y otros tierra mala? Todos querrían tierra buena.

-¡Perfectamente bien!- dijo el ex soldado.

Los demás guardaban silencio.

-Estáis viendo claramente que no es tan fácil como parece- dijo Nejludov-. Y, además de nosotros, hay otras personas que estudian estos problemas. Por ejemplo, un norteamericano llamado George. Pues bien, he aquí lo que él ha pensado, y yo soy de su opinión.

-Tú eres el dueño, no tienes más que decir lo que piensas: todo depende de ti- interrumpió el viejecillo enfurruñado. Esta interrupción turbó a Nejludov. Pero tuvo la satisfacción de ver que no era él el único en considerarla inoportuna.

-Espera, tío Semion, deja primero que se explique- dijo con su voz de bajo el sesudo mujik.

Así animado, Nejludov empezó a explicarles la doctrina de Henry George

sobre el impuesto único.

-La tierra no es de nadie más que de Dios- dijo.

-¡Muy bien dicho! ¡Perfecto! ¡Una gran verdad!- aprobaron varias voces.

-La posesión de toda la tierra debe ser común, teniendo todos sobre ella un derecho igual. Pero hay tierra que es buena, y otra que no es tan buena. Y cada cual querría tierra de la buena. ¿Cómo igualar entonces las partes? Es preciso que el que explota una tierra buena pague, a quienes no disponen de eso, el valor de la suya. Y como es difícil determinar quiénes son los que deben pagar y a quiénes deben pagar; como, en la vida actual, el dinero es preciso para las necesidades de la comunidad, la solución más prudente es la de decidir que cualquiera que explote una tierra pague a la agrupación, para las necesidades comunes, una renta proporcionada al valor de su tierra. Así quedaría establecida la igualdad. Tú quieres poseer una tierra: paga, pues, más por la que es buena que por la que es mala. Y, si no quieres tener tierra, no tendrás nada que pagar. Solamente los que poseen tierra deberán pagar el impuesto para las necesidades sociales.

-Es muy justo- dijo el fabricante de estufas arqueando las cejas-. Tu tierra es mejor, paga más caro.

-¡Una cabeza bien sentada la de ese George!- exclamó el decorativo anciano con barba de Moisés.

Con tal sólo que el precio no sobrepase nuestros medios dijo el mujik alto, comprendiendo adónde había que ir a parar.

-El precio no debe calcularse ni muy alto ni muy bajo. Demasiado alto, no es posible pagarlo, y se producirían vacíos; demasiado bajo, todos estarían dispuestos a comprar tierras a los demás y comenzaría de nuevo la especulación de la tierra.

-Todo eso es verdad y lo hemos comprendido muy bien. Eso nos conviene- respondieron los campesinos.

-¡Vaya una cabeza!- repitió el viejo de barba de Moisés-. ¡George! ¡Y pensar que ha inventado todo eso!

-¿Y si yo quisiera también adquirir tierras?- insinuó el administrador con una sonrisa.

-La participación es libre: tómela y trabájela- replicó Nejludov.

-¿Qué necesidad tienes tú de tener tierras? Bastante rico eres ya como estás- dijo el viejo de ojos risueños.

Y con aquello terminó la discusión.

Una vez más Nejludov repitió la síntesis de su proyecto, pero sin pedir una respuesta inmediata; aconsejó, por el contrario, a los delegados que no se la hicieran conocer antes de que se hubieran puesto de acuerdo con todos los demás campesinos.

Los mujiks le prometieron comunicarlo todo a la comunidad y decirle lo que se decidiera; luego se despidieron y se alejaron. Durante mucho tiempo se oyó en la carretera el estallido de sus voces animadas y sonoras, que, bien entrada la noche, repercutían aún por encima del río del pueblo.

Al día siguiente no hubo trabajo, y los mujiks pasaron el tiempo discutiendo las ofertas del barin. Pero la comunidad estaba dividida en dos bandos: en uno se consideraban ventajosa: y sin peligro las propuestas del barin, y los campesinos del otro bando se obstinaban en ver en aquello una astucia cuya intención se les escapaba, por lo que la temían más aún.

Sólo al día siguiente pudieron ponerse de acuerdo para aceptar las propuestas de Nejludov, y volvieron para anunciárselo. Y este consentimiento era resultado de la opinión, expresada por una anciana y compartida igualmente por los viejos, de que el barin obraba así por la salvación de su alma. De este modo, todo peligro de astucia quedaba descartado.

Esta explicación obtuvo crédito tanto más fácilmente cuanto que los mujiks veían a Nejludov, desde su llegada a Panovo, caritativo con todo el mundo y distribuyendo mucho dinero. Es que, por primera vez en su vida, veía de cerca las miserias de los campesinos y su existencia extremadamente precaria. Impresionado por esta pobreza y aun juzgando irrazonable desprenderse así de tanto dinero, no podía menos que darlo, tanto más cuanto que en Kuzminskoie había recibido una suma bastante grande por la venta de un bosque, y un anticipo sobre la del material.

Al enterarse de que el barin daba dinero a quien se lo pedía, todos los necesitados de la comarca, principalmente las mujeres, habían acudido para solicitar de él un socorro. Eso lo ponía muy perplejo, porque no sabía qué hacer, ni cuánto ni a quién dar. Teniendo mucho dinero, no se sentía con fuerzas para negárselo a pobres diablos que se lo pedían, y, por otra parte, no era apenas razonable entregarlo al azar.

El último día que permaneció en Panovo subió a la casa grande para proceder al examen de los objetos que quedaban allí. En el cajón inferior de una cómoda de caoba, ventruda, adornada con anillas de bronce introducidas en fauces de leones, la cual había pertenecido a una de sus tías, descubrió, entre un paquete de viejas cartas, una fotografía donde estaban reunidos Sofía Ivanovna, María Ivanovna, Nejludov en uniforme de estudiante, y Katucha, pura, fresca, desbordante de alegría de vivir.

Renunciando a todos los demás objetos, Nejludov no recogió más que las cartas y la fotografía. En cuanto al resto: la casa, los muebles, lo cedió todo al molinero por la décima parte del precio, gracias a la intervención del administrador.

Al recordar el pesar que había tenido en Kuzminskoie por renunciar a sus propiedades, se quedó estupefacto de haber experimentado semejante sentimiento. Ahora lo invadía una impresión deliciosa de liberación, mezclada al encanto de la novedad, tal como debe de sentirla el explorador que descubre una tierra nueva.

X

Al regreso de Nejludov a la ciudad produjo en él una impresión nueva y extraña. Llegó de noche, a la luz de las farolas, y se dirigió inmediatamente a su apartamento. Un violento olor a naftalina llenaba las habitaciones. Agrafena Petrovna y Kornei estaban, los dos, cansados y de malhumor; incluso se habían querellado respecto a la colocación de todos aquellos efectos que parecían no tener otro destino que ser extendidos, aireados y vueltos a colocar.

El dormitorio de Nejludov no estaba todavía arreglado, y las maletas estorbaban el paso, de forma que la llegada de Nejludov dificultaba evidentemente todas aquellas faenas que, por una extraña rutina, ponían periódicamente patas arriba aquel apartamento. Y todo aquello, después de las miserias que había observado en casa de los campesinos, le pareció de una estupidez tal, de la que él en parte tenía la culpa, que decidió irse el mismo día siguiente a instalarse en el hotel; así Agrafena Petrovna podría dedicarse a aquellos arreglos como mejor le pareciera, hasta la llegada de la hermana de Nejludov, que adoptaría una resolución definitiva respecto a todo lo que se encontraba en la casa.

Al día siguiente salió temprano y eligió dos habitaciones en un hotel modesto y de una limpieza relativa, en las proximidades de la cárcel, y, después de haber dado orden de transportar allí los efectos preparados por él la víspera, se dirigió a casa del abogado.

Hacía frío: las tormentas y las lluvias habían cedido el puesto a las heladas ordinarias de principios de la primavera. Nejludov, vestido con un abrigo ligero, estaba transido por la frescura del tiempo y las mordeduras del viento, y apresuraba el paso para calentarse.

Por su memoria desfilaba lo que había visto en el pueblo: mujeres, niños, ancianos, miseria y cansancio, que le parecía haber visto por primera vez;

volvía a ver sobre todo al desgraciado niño envejecido, sonriendo y entrelazando sus piernecitas sin pantorrillas, a involuntariamente comparaba aquella existencia del pueblo con la de la ciudad. Al pasar ante las tiendas de los carniceros, de las pescaderías, de los sastres, se sentía impresionado, como si los hubiese visto por primera vez, de aquel gran número de comerciantes limpios, gordos, de cara hinchada, a los cuales no se podía comparar ningún hombre del campo. Y, con toda seguridad, aquellos hombres estaban convencidos de que sus esfuerzos por engañar a clientes poco expertos en juzgar la calidad de la mercancía era una ocupación muy útil. E igualmente orondos le parecían los cocheros de los vehículos particulares, con sus enormes posaderas y sus botones a la espalda; los porteros de gorra galoneada, las camareras de blancos delantales y rizados cabellos, y, sobre todo, los cocheros de los vehículos de alquiler, afeitada la nuca, extendidos sobre los cojines de sus coches y mirando a los peatones con una mirada desdeñosa o cínica. Pero involuntariamente, Nejludov reconocía en ellos a todos aquellos mismos hombres de los pueblos, despojados de sus tierras y, por consecuencia, empujados hacia la ciudad. Entre ellos, algunos habían sabido adaptarse a las condiciones de la vida urbana y, convertidos en seres como sus amos, se enorgullecían de su éxito; otros, por el contrario, habían caído en una situación más miserable aún que la que tenían en el pueblo y hasta eran más dignos de compasión: así aquellos zapateros remendones que Nejludov veía trabajar ante las ventanas de un sótano; aquellas lavanderas delgadas, pálidas, desgredadas, planchando la ropa blanca con sus desnudos y violáceos brazos ante ventanas abiertas por donde se exhalaba el vapor del agua jabonosa; así también dos pintores de brocha gorda en edificios existentes en la calle por la que pasaba Nejludov, descalzos y embadurnados de pintura de arriba abajo. Con las mangas subidas hasta los codos sobre brazos delgaduchos y de señaladas venas, llevaban una enorme cuba llena de cal y se injuriaban; en el rostro de ambos, el cansancio se mezclaba al malhumor. La misma expresión marcaba la faz polvorienta y negra de los carreteros erguidos sobre sus vehículos, los rostros de los hombres, de las mujeres, de los niños envueltos en harapos, que mendigaban en las esquinas, y rostros semejantes aparecían en las ventanas de las tabernas ante las cuales pasaba Nejludov. Alrededor de las mesas sucias, llenas de botellas y de servicios para el té, entre las cuales circulaban camareros vestidos de blanco, había sentados en grupo hombres que gritaban y cantaban, el rostro inundado de sudor y arreboladas las mejillas. Ante una ventana, Nejludov distinguió a uno que con las cejas levantadas y el labio caído miraba fijo al frente como tratando de acordarse de algo.

«Pero, ¿por qué han venido todos a amontonarse en la ciudad?», se preguntaba Nejludov al mismo tiempo que respiraba el polvo levantado por un viento fresco, lo que se mezclaba con el desagradable olor a aceite que se desprendía de una pintura reciente.

En una calle se cruzó con unos carreteros que transportaban un cargamento de hierro, bajo el peso del cual el suelo temblaba con un ruido ensordecedor de metal que resonó dolorosamente en su cabeza. Apretaba el paso para adelantarse a los carros, cuando, mezclado al estrépito de la chatarra, oyó de pronto pronunciar su nombre.

Se detuvo y divisó delante de él a un militar de cara reluciente, con puntiagudos bigotes, sentado en un coche de alquiler y haciéndole señas amistosas con la mano y sonriéndole, descubriendo unos dientes de extraordinaria blancura.

-¡Nejludov! ¿Eres tú?

Éste experimentó una primera impresión de vivo placer.

-¡Vaya, Schoenbok!- exclamó con alegría.

Pero, inmediatamente después, comprendió que no había motivo para alegrarse.

Era aquel mismo Schoenbok que fue en otros tiempos a recogerlo a casa de sus tías. Hacía muchos años que Nejludov lo había perdido de vista; pero le habían dicho que Schoenbok había abandonado la Infantería por la Caballería y que, a despecho de sus deudas, y no se sabía cómo, continuaba viviendo al mismo tren que las gentes ricas. Su cara oronda y satisfecha confirmaba aquellos rumores.

-¡Qué suerte haberte encontrado! Porque no hay nadie en la ciudad. ¡Vaya, vaya, has envejecido, hermanito!-dijo, bajando del coche y distendiendo los hombros entumecidos-. Te he reconocido solamente por tu manera de andar. Bueno, comeremos juntos, ¿no es así? ¿Dónde se puede comer bien en vuestra ciudad?

-Verdaderamente, no sé si tendré tiempo- respondió Nejludov, procurando poder despedirse de su camarada sin molestarlo-. ¿Y qué haces tú por aquí?- continuó.

-¡Muchísimas ocupaciones, amigo mío! El asunto de mi tutela. Porque has de saber que soy tutor. Administro los bienes de Samanov. ¿Conoces a ese ricacho? Es un infeliz. ¡Y cincuenta mil deciatinas de tierra!- añadió pavoneándose con orgullo como si hubiese sido él mismo quien hubiera adquirido todas aquellas deciatinas-. Todo estaba en un desorden espantoso. Los campesinos detentaban toda la tierra y no pagaban nada: había más de ochenta mil rublos de atrasos. Pues bien, en un año he cambiado todo eso y he aumentado el rendimiento en un setenta por ciento. ¿Qué te parece?- preguntó con orgullo.

Nejludov se acordó, en efecto, de haber oído hablar que este mismo

Schoenbok, precisamente, por haberse comido toda su fortuna y estar acribillado de deudas, como consecuencia de una protección muy especial, había sido elegido tutor para administrar la fortuna de un viejo ricacho que ya había dilapidado una parte. Y, evidentemente, era de aquella tutela de lo que vivía.

«¿Cómo deshacerme de él sin ofenderlo?», pensaba Nejludov, mirando el rostro adiposo y abotargado, con soberbios bigotes relucientes de cosmético, de su camarada y escuchando su charla sobre los buenos restaurantes y su jactancia sobre la tutela.

-Bueno, ¿dónde vamos a comer?

-Es que no tengo ni un momento libre- dijo Nejludov mirando su reloj.

-Entonces, he aquí lo que haremos: esta tarde hay cameras. Tú vendrás, ¿no?

-No, no iré.

-¡Sí, hombre, ven! Ya no tengo caballos míos, pero están a mi disposición los de Grichin. ¿Te acuerdas de él? Tiene una cuadra soberbia. ¡Vamos, ven y cenaremos juntos!

-Tampoco podré cenar- respondió Nejludov con una sonrisa.

-Pero, bueno, ¿qué te pasa? ¿Y adónde vas ahora? ¿Quieres que te lleve?

-Voy a casa de un abogado que vive cerca de aquí.

-¡Ah, sí, ahora te preocupas por las cárceles! Te has convertido en el encargado de negocios de los presos. Me han hablado de eso los Kortchaguin- dijo Schoenbok riéndose-. Ellos ya se han marchado. Bueno, ¿qué pasa? Háblame de eso.

-Si, sí, es verdad- contestó Nejludov-. Pero no puedo contártelo en la calle.

-Desde luego, desde luego. Siempre has sido un original. Entonces, ¿vendrás a las carreras?

- No; ni puedo, ni quiero. No me lo tomes a mal, te lo ruego.

-¡Qué idea! ¿Hasta dónde has llegado?- preguntó.

Y de pronto el rostro se le puso serio, su mirada se quedó fija y se levantaron sus cejas. Parecía querer evocar un recuerdo, y Nejludov observó en su rostro la misma expresión beatífica que había notado, a través de la ventana de la taberna, en el hombre de cejas levantadas y labios colgantes.

-¡Qué frío!, ¿eh?

-Sí, sí- asintió Nejludov.

-¿Llevas ya los paquetes?- preguntó Schoenbok al cochero-. Bueno, adiós. Me alegro mucho de haberte encontrado- añadió apretando fuertemente la mano de Nejludov.

Luego saltó a su coche, agitó su ancha mano enguantada de blanco ante su reluciente rostro, y una sonrisa amistosa descubrió al mismo tiempo sus dientes, largos y demasiado blancos.

«¿Es que yo mismo he sido así?- se preguntó Nejludov mientras continuaba su camino hacia la casa del abogado-. Sí, aunque quizá no del todo. Pero, desde luego, así es como quería ser; y me había imaginado que mi vida entera transcurriría de esa forma.»

XI

Nejludov no tuvo que hacer antesala en casa del abogado, quien le habló primeramente del asunto de los Menchov. Después de haber examinado el sumario, quedó indignado por la iniquidad de la acusación.

-Es una injusticia flagrante- declaró-. No existe duda alguna de que fue el propio tabernero quien prendió fuego a la granja con objeto de cobrar la prima del seguro. El hecho capital es que la culpabilidad de los Menchov no está probada en modo alguno. No existe ni una sola prueba contra ellos. La condena se deriva únicamente del exceso de celo del juez de instrucción y de la negligencia del fiscal interino. Pero, como el mal ya está hecho, será difícil conseguir algún cambio. De cualquier modo, si se consigue el que el asunto llegue, no ante la Audiencia Provincial, sino aquí, ante la Territorial, garantizo la absolución; y trabajaré sin honorarios. En cuanto al otro asunto, la petición de Fedosia Birokov al emperador, ya está redactada; y si va usted a Petersburgo, llévesela consigo y cuídese personalmente de recomendarla. De lo contrario, dirigirían aquí un mandamiento de encuesta de la que no saldría nada. Haga usted, pues, todo lo posible con personas influyentes en la comisión de indultos. Bueno, está ya todo, ¿no?

-No. He aquí que me han vuelto a escribir...

-Por lo que veo, se ha convertido usted en el torno por el que se deslizan todas las quejas de la cárcel- dijo el abogado con una risotada-. Pero hay demasiadas injusticias: nunca podría usted acabar con ellas.

-Pero es que esto es verdaderamente monstruoso- respondió Nejludov; y le hizo un resumen del asunto.

En un pueblo, un campesino se había puesto a leer el Evangelio y a

comentárselo a sus amigos. Habiendo visto el clero en eso un delito, lo había denunciado: el juez de instrucción interrogó, el fiscal redactó un escrito de acusación y el tribunal dictó una sentencia, confirmada por la sala de apelación.

-Y eso es lo que me parece espantoso, que sea posible una cosa así- insistió Nejludov.

-¿Y qué tiene eso de raro?

-Pues todo. Comprendo el comportamiento del comisario rural, quien no hizo más que lo que le ordenaron. Pero el fiscal, que redactó la acusación, es sin embargo un hombre instruido...

-Pues bien, ahí está el error. Uno se imagina gustosamente que el foro y la magistratura en general están compuestos por hombres nuevos y liberales. Sí, así era antiguamente; pero los tiempos han cambiado. Hoy día, quien dice magistrados, dice funcionarios preocupados únicamente del día veinte de cada mes, cuando reciben su sueldo, que ellos querrían ver aumentar sin cesar; a eso se limitan sus principios. Fuera de eso, acusarán, juzgarán y condenarán a quien usted quiera.

Pero, ¿es que existen leyes que dan derecho a deportar a un individuo porque haya leído el Evangelio a sus amigos?

-No solamente a deportar, sino incluso a enviarlo a trabajos forzados si se demuestra que ha comentado el Evangelio en un sentido contrario a la regla y que por tanto contradice a la Iglesia. O lo que es lo mismo, ultraje público a la fe ortodoxa: destierro en virtud del artículo 196.

-¿Es posible?

Es como le digo. No ceso de repetir a los magistrados- continuó el abogado- que no puedo verlos sin que mi corazón desborde de gratitud por el hecho de que si no estoy en la cárcel, ni usted, ni todo el mundo, no se lo debo más que a la bondad de ellos. Pues nada es más fácil que encontrar un artículo que permita deportarme a donde quieran.

-Si todo depende del capricho de un fiscal o de otras personas, libres de seguir o no la ley, ¿para qué sirve la justicia?

El abogado estalló en una risa alegre.

-¡Vaya unas preguntas que me hace usted! Eso, padrecito, es filosofía. Bien, si usted quiere, podremos también hablar de eso. Venga, pues, un sábado. Encontrará en nuestra casa hombres de letras, artistas. Podremos discutir a nuestras anchas sobre esas cuestiones generales- dijo el abogado, recalcando con ironía las palabras «cuestiones generales»-. Usted conoce a mi mujer, ¿verdad? Venga, pues.

-Sí, ya procuraré...- respondió Nejludov, consciente de que mentía y de que trataría por el contrario de no acceder a la invitación del abogado y de evitar aquel ambiente de sabios, de hombres de letras y de artistas.

La risa con la que el abogado había respondido al comentario de Nejludov referente a la inutilidad del tribunal, puesto que los magistrados pueden a su capricho aplicar o no la ley, y el tono con que pronunció las palabras «filosofía» y «cuestiones generales» demostraban a Nejludov la divergencia de puntos de vista entre él y el abogado, como verosíblemente ocurriría también con los amigos del abogado; se daba cuenta igualmente de que por grande que fuera la distancia existente entre él y sus antiguos amigos, como Schoenbok, se sentía más alejado aún del abogado y de las gentes de su mundo.

XII

Era tarde ya; la cárcel estaba lejos y, para dirigirse allí, Nejludov hubo de tomar un coche de punto.

Al pasar por una calle, el cochero, de edad mediana, de rostro bondadoso a inteligente, se volvió hacia Nejludov señalándole una enorme casa en construcción.

-¡Vaya edificio que están levantando ahí!- dijo con un tono que parecía indicar su participación, en cierta medida, en aquella construcción, cosa de la que estaba orgulloso.

En verdad, la casa era inmensa y de un estilo extraordinario y complicado. Las largas vigas de pino de la armazón, mantenidas por anillos de hierro, rodeaban el edificio, separado de la calle por una valla de planchas. Sobre la armazón hormigueaban los obreros, todo blanco de cal; unos tallaban las piedras y otros las colocaban; otros aún subían pesadas cargas o bajaban barriles vacíos. Un hombre alto, elegantemente vestido, el arquitecto sin duda, señalaba algo al aparejador, quien lo escuchaba con deferencia. Delante de ellos entraban y salían, por la puerta cochera, carros cargados.

«¡Y decir que todos los que trabajan y los que los hacen trabajar están convencidos de que eso tiene que suceder así; que, en tanto que en sus casas, en el campo, sus mujeres, embarazadas, están abrumadas por un trabajo superior a sus fuerzas y que sus niños, a punto de morir de hambre, sonríen con aire envejecido, ellos tienen que construir este palacio inútil, estúpido, para algún hombre igualmente inútil y estúpido, para uno de esos que los arruinan y les roban!», pensaba Nejludov mirando la construcción.

-¡Sí, una casa estúpida!- dijo traduciendo en voz alta su pensamiento.

-¿Cómo estúpida?- exclamó el cochero con aire ofendido-; por el contrario, gracias a eso, los obreros tienen trabajo.

Pero también ese trabajo es inútil.

-Es útil, puesto que se construye: eso da de comer a la gente.

Nejludov se calló. Además, era difícil hablar en medio del estrépito producido por las ruedas.

No lejos de la cárcel, el coche abandonó el pavimento para seguir por una calzada de tierra, de forma que era posible entenderse; y el cochero se volvió de nuevo hacia Nejludov.

-¡Bien hay gente que deja el campo para venirse a la ciudad!

Y señaló a una cofradía de obreros aldeanos portadores de sierras y hachas, con sus pellizas de carnero y sus sacos a la espalda. Caminaban en dirección contraria a la del coche.

-¿Es que son más numerosos que los años anteriores?

Hay tantos, que ya no encuentran dónde meterse. Los patronos juegan con los hombres como pedacitos de madera. Hay de sobra en todas partes.

-¿Por qué eso?

-Son demasiados. Ya no saben adónde ir.

-¿Y qué importa que sean demasiados? ¿Por qué no se quedan en el pueblo?

-En el pueblo no hay nada que hacer: no hay tierra.

Nejludov tuvo la misma sensación que se experimenta al darse un golpe en un miembro herido: se diría que uno se golpea expresamente siempre en ese sitio, y simplemente parece así porque los golpes allí son más sensibles.

«¿Es que en todas partes pasará igual?», pensaba. Interrogó al cochero sobre la cantidad de tierras que había en su pueblo, sobre la extensión de las que poseía él mismo y por qué se había venido a la ciudad.

-Tenemos una deciatina de tierra por persona, barin. Poseemos para tres personas. Tengo en casa a mi padre y a mi hermano; otro hermano es soldado. Son ellos los que dirigen todo; por lo demás, no hay nada que dirigir. También mi hermano ha tenido ya el deseo de marcharse a Moscú.

-Pero se puede tomar tierra en arriendo.

-¿Dónde quiere usted arrendar nada? Los antiguos señores se han comido su fortuna, y son los comerciantes los que han acaparado toda la tierra. Ésos no dan nada en arriendo; trabajan ellos mismos. Entre nosotros, es un francés

el que ha comprado la tierra al antiguo barin. Pues bien, tampoco él arrienda nada.

-¿Qué francés?

- Dufar, el francés. Quizás usted haya oído hablar de él. Hace pelucas para los actores del gran teatro. Es un buen negocio, y ha ganado dinero. Ha comprado toda la propiedad de nuestra señorita y ahora nos tiene en sus manos. Nos lleva como quiere. Afortunadamente es un buen hombre. En cambio, su mujer, que es una rusa, es una perra de la que Dios nos libre. Roba a todo el mundo como un salteador... Pero ya está aquí la cárcel. ¿Dónde quiere usted bajar? ¿En la escalinata? Creo que no lo permiten.

XIII

Nejludov, con el corazón oprimido y preguntándose con espanto en qué estado de ánimo iba a encontrar a Maslova, seguía asustado por el misterio que adivinaba en ella y en aquel vínculo que unía a los hombres en la cárcel.

Llamó a la puerta principal y pidió al vigilante que vino a abrirle que lo dejara ver a Maslova. Después de haberse informado, el hombre le dijo que Maslova había sido trasladada al servicio de la enfermería.

Nejludov fue allí, pues. Un buen viejecillo, guardián de la enfermería, lo hizo entrar y, al enterarse de a quién iba a ver, lo dirigió hacia la sección de los niños.

Un joven médico, exhalando un fuerte olor a ácido fénico, vino por el corredor al encuentro de Nejludov y, con tono severo, le preguntó cuál era el objeto de la visita. Este joven médico se mostraba muy bien avenido con los presos, lo que acarreaba a cada instante discusiones poco agradables, bien con los funcionarios de la cárcel, bien con el médico jefe. Temiendo quizá que fueran a pedirle un favor irregular, o queriendo mostrar que no hacía excepciones con nadie, fingió mostrarse riguroso frente a Nejludov.

-No hay mujeres aquí: es la sección de los niños- declaró.

-Sí, ya lo sé; pero se trata de una presa a la que han trasladado aquí, según me han dicho, como enfermera.

-En efecto, tenemos dos; ¿qué desea usted de ellas?

-Estoy en relaciones con una, la llamada Maslova- dijo Nejludov , y quisiera verla. Me marchó a Petersburgo, donde voy a ocuparme en que revisen su sentencia. Y además, me alegraría entregarle esto: no es más que

una fotografía- añadió, sacando del bolsillo un sobre blanco.

-Bueno, eso puede hacerse- dijo el médico suavizándose.

Luego invitó a una vieja enfermera de delantal blanco a que hiciese venir a la presa Maslova.

-¿Desea usted sentarse o pasar al recibidor?

-Gracias- respondió Nejludov.

Y, observando la benévola disposición del médico, le preguntó si estaba satisfecho del trabajo de Maslova.

Pues sí, no trabaja mal, teniendo en cuenta las condiciones en que se ha encontrado- respondió el médico-. Por lo demás, hela aquí.

En una de las puertas apareció la vieja enfermera, seguida por Maslova. Ésta llevaba un delantal blanco sobre su vestido de tela a rayas, y, a la cabeza, un pañuelo que ocultaba sus cabellos. Al ver a Nejludov, enrojeció, se detuvo vacilante, luego frunció las cejas y, con los ojos bajos, deslizándose con paso rápido por la alfombra del corredor, avanzó hacia él. Al principio no le tendió la mano; luego, habiéndose decidido a hacerlo, se ruborizó más aún.

Nejludov no había vuelto a verla desde el día en que ella se había excusado por haberse enfadado con él, y esperaba encontrarla en la misma actitud. Pero esta vez era completamente distinta, y sus rasgos expresaban algo nuevo; se mostraba reservada, tímida, como si creyese que Nejludov la miraba con hostilidad.

Él le repitió lo que le había dicho al médico: se marchaba a Petersburgo. Luego le entregó el sobre con la fotografía traída de Panovo.

-He encontrado esto en Panovo: es una fotografía de otros tiempos. Tal vez la vea usted con agrado. Quédese con ella.

Ella levantó las negras cejas y fijó, bizqueando ligeramente, sus ojos en Nejludov, con aire sorprendido, como si se preguntase: «¿A qué viene esto?» Y sin decir palabra cogió el sobre y lo metió en el bolsillo delantero de su delantal.

-Vi también en el pueblo a su tía- continuó Nejludov.

-¿La vio usted?- dijo ella con indiferencia.

-¿Y cómo se encuentra usted aquí?

-Bien, no está mal.

-¿No es demasiado penoso el trabajo?

-No, no demasiado. Sólo que aún no estoy acostumbrada.

-Me alegro mucho por usted: esto le conviene más que su vida en el otro sitio.

-¡Oh, en el otro sitio!- dijo ella con las mejillas repentinamente arreboladas.

-Quiero decir allí en la cárcel- se apresuró a explicar Nejludov.

-¿Y en qué es mejor esto?

Supongo que aquí las gentes serán mejores. No son las mismas que en el otro lado.

-Pero también allí hay buenas personas- afirmó ella.

-Me he ocupado del asunto de los Menchov; espero que los pondrán en libertad.

-¡Dios lo quiera! Es tan buena esa viejecita- dijo ella, repitiendo su opinión sobre la anciana presa, y sonrió ligeramente.

-Cuando llegue a Petersburgo me ocuparé del asunto de usted; espero conseguir que anulen la sentencia.

-La anulen o no, ahora poco me importa.

-¿Por qué dice usted «ahora»?

-¿Que por qué?- respondió ella con una breve mirada interrogativa.

Ante aquellas palabras y aquellas miradas, Nejludov creyó comprender que ella quería estar segura de si él persistía en su proyecto o si había aceptado la negativa que ella le había opuesto.

-No sé por qué le importa a usted eso poco, pero realmente, a mí me importa. Pase lo que pase, estaré siempre dispuesto a hacer lo que le dije- declaró él con firmeza.

Ella levantó la cabeza; la mirada de sus negros ojos ligeramente bizcos se detuvo al mismo tiempo sobre él y al lado de él, y sus rasgos se iluminaron de alegría. Pero lo que ella decía era muy distinto de lo que decían sus ojos.

-Es completamente inútil hablarme así- murmuró ella.

Le hablo así para que lo sepa.

-Todo está ya dicho; no hay más que hablar de eso- dijo ella reprimiendo una sonrisa.

En aquel momento, un ruido, seguido de un grito de niño, se oyó en la sala de los enfermos.

-Creo que me están llamando- dijo Maslova, volviéndose, con la mirada

inquieta.

-Entonces, adiós.

Ella fingió no ver la mano tendida; luego, se apartó, y, procurando disimular su triunfo, se alejó con paso rápido.

«¿Qué le pasa, qué piensa, qué siente? ¿Es sólo una prueba que me está haciendo sufrir o es que realmente no puede perdonarme? ¿No puede o no quiere ella decirme lo que piensa, lo que siente? ¿Está mejor o peor dispuesta hacia mí?», se preguntaba Nejludov. Y no pudo responderse a estas preguntas. La única cosa que veía era que se operaba en ella un profundo cambio, gracias al cual no solamente él mismo se encontraba más cerca de ella, sino más cerca también de Aquel en nombre del cual ese cambio se realizaba. Y esta comunión lo llenaba de alegría, de energía y de enternecimiento.

Mientras tanto, Maslova, de regreso a la sala a la que estaba destinada y que contenía ocho camas de niño, se había puesto, por orden de la enfermera oficial, a hacer las camas. Pero al inclinarse demasiado adelante, con las sábanas en la mano, se resbaló y estuvo a punto de caer. Aquella pequeñez provocó la hilaridad de un muchachito convaleciente, sentado en una de las camas con el cuello vendado; y Maslova, en la imposibilidad de contenerse más, se sentó en la cama y estalló en una franca carcajada, tan contagiosa, que ganó a todos los demás niños. Lo que provocó en la enfermera un movimiento de malhumor.

-¿Qué es eso de reírte así?- dijo a Maslova-. ¿Crees que sigues estando en el sitio donde estabas? ¡Ve a buscar la comida!

Maslova dejó de reír, recogió la vajilla y fue adonde la mandaban; pero habiendo cambiado una nueva mirada con el niño al que estaba prohibido reír a causa de su cuello vendado, se le hincharon los carrillos, conteniendo a duras penas una nueva carcajada.

En diversas ocasiones, encontrándose sola a lo largo de la jornada, sacó del sobre la fotografía traída por Nejludov para lanzarle una rápida ojeada. Pero solamente por la noche, sola en la habitación que compartía con otra presa enfermera, sacó la fotografía y la miró largo rato acariciando con los ojos los más íntimos detalles de las figuras, de los vestidos, de los peldaños de la escalinata, de los macizos que servían de fondo y sobre los cuales se destacaban el rostro de Nejludov, el suyo y los de las ancianas señoritas. Un encanto extraordinario se desprendía para ella de esta fotografía pasada y amarillenta; pero le agradaba sobre todo ver allí su propia imagen, joven, bonita, con los bucles de sus cabellos rodeándole la frente. Estaba engolfada en una contemplación tan profunda, que ni siquiera vio entrar en la habitación a su compañera.

-¿Qué es? ¿Te lo ha dado él?- le preguntó inclinada por encima de su hombro la alta muchacha bonachona que acababa de entrar. ¿Eres verdaderamente tú?

-¿Y quién, si no?- dijo Maslova con una sonrisa, mirando a su compañera.

-¿Y éste es él? ¿Cuál de ellas es su madre?

-Las dos eran tías tuyas. Pero, ¿es verdad que no me habrías reconocido?

-¡Nunca en la vida! Tu cara no es la misma en absoluto. Debe de hacer más de diez años de esto.

-No son los años los que me han cambiado; ha sido la vida- respondió Maslova; y su animación se apagó súbitamente.

Su rostro se puso triste, y una arruga se ahondó entre sus cejas.

-¿Cómo? Me imagino que la vida «allí» sería fácil.

-¡Sí, sí, fácil!- respondió Maslova, cerrando los párpados y meneando la cabeza-. Peor que trabajos forzados.

-¿Y por qué eso?

-Porque era así. Desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la madrugada. Y eso todos los días.

-¿Y por qué no lo dejaste?

Eso es lo que querría una, pero es imposible. Por lo demás, no hablemos de eso- dijo Maslova.

Se puso en pie de un salto, tiró la fotografía en el cajón de la mesilla de noche y, esforzándose en reprimir lágrimas de rabia, huyó al pasillo, cerrando la puerta con violencia.

Al volver a ver aquella fotografía se imaginó ser tal como estaba allí representada: soñaba con toda la felicidad que había tenido, que entonces aún podía compartir con él. Pero las palabras de su compañera le recordaron lo que ella era hoy, lo que había sido «en aquel sitio», el horror que vagamente había intuido de aquella existencia, pero que no había querido confesarse.

Se acordó de las noches horribles; en particular de una noche de carnaval en que esperaba al estudiante que había prometido sacarla de aquel infierno. Se acordó de que, vestida con un traje de seda roja, muy escotado y manchado de salpicaduras de vino, una cinta roja en los despeinados cabellos, exhausta, debilitada, embriagada, después de haber despedido a las dos de la madrugada a los visitantes y antes de ponerse de nuevo a bailar, había ido a sentarse un momento al lado de la pianista, flaca y huesuda criatura cubierta de barrillos, y le había confesado lo muy penosa que le resultaba aquella existencia. La

pianista declaró también estar cansada de la vida que llevaba y, habiéndose acercado Clara, las tres habían decidido renunciar a aquella existencia. Pensaban que aquella noche había acabado, y ya se separaban, cuando de nuevo se dejaron oír a la entrada voces de clientes achispados. El violinista había empezado un estribillo, y la pianista se había puesto a tablear, a guisa de acompañamiento, los primeros compases de un aire ruso de los más alegres. Un hombrecillo ebrio, de frac y corbata blanca, hipando y apestando a vino, agarró a Maslova por la cintura; un hombre alto y barbudo, igualmente de frac (venían de un baile), apresó a Clara, y durante mucho tiempo estuvieron dando vueltas, cantando, gritando y bebiendo...

Así había pasado un año, luego dos, luego tres. ¡Cómo no cambiar de aspecto!

¡Y únicamente él era la causa de todo aquello! Sentía despertarse su odio contra Nejludov más intensamente que nunca. Habría querido poderlo insultar, abrumarlo de reproches. Se enfadaba consigo misma por haber dejado escapar aquel día una nueva ocasión de demostrarle que lo conocía bien, que no le permitiría abusar esta vez de su alma como había abusado de su cuerpo, ni servirle de pretexto para desplegar su generosidad.

Y para ahogar este sentimiento doloroso de lástima hacia ella misma y de cólera insatisfecha contra él, habría querido beber aguardiente. A pesar de su juramento de no beberlo nunca más, no habría mantenido su palabra y lo habría bebido, si hubiese estado aún en la celda de la cárcel. Pero el ayudante del cirujano tenía la custodia del aguardiente, y Maslova le tenía miedo, porque la perseguía con sus asiduidades, y ahora le causaban horror cualesquiera relaciones con los hombres.

Después de haber permanecido sentada en un banco, en el corredor, volvió a entrar en su habitacioncita y, sin responder a las palabras de su compañera, lloró largamente por su vida perdida.

XIV

En San Petersburgo, Nejludov tenía que arreglar tres asuntos: en el Senado, el recurso de casación de Maslova; en la Cámara de peticiones, el recurso de gracia de Fedosia Birukov, y el recado de Vera Bogodujovskaia, consistente en enterarse en la Dirección de la gendarmería o en la tercera sección de policía, de los medios para conseguir que fuera puesta en libertad Schustova; y también, para una madre, la autorización para ver a su hijo, detenido político en la fortaleza de Pedro y Pablo. Para él, estos dos últimos asuntos no

formaban más que uno; pero existía aún un cuarto: el de los sectarios arrancados a sus familias para ser deportados al Cáucaso porque habían leído y comentado el Evangelio. Se había prometido más a sí mismo que a ellos hacer todo lo que le fuera posible para poner en claro la cuestión.

Desde su última visita a Maslennikov, y, sobre todo, después de su estancia en el campo, Nejludov experimentaba una repulsión profunda hacia el ambiente que, hasta entonces, había sido el suyo; hacia ese ambiente donde con tanto cuidado se ocultaban todos los sufrimientos que abruman a millones de seres humanos, con objeto de asegurar a un pequeño número comodidades y placeres; hacia ese ambiente donde no se ven y no se pueden ver esos sufrimientos y, por consiguiente, la crueldad y el desatino de esa vida. Ya no le era posible conservar la misma desenvoltura en sus relaciones con los hombres de aquel mundo, y sin embargo se veía arrastrado hacia él por las antiguas costumbres de su vida, por sus relaciones de amistad o de parentesco, y sobre todo por su preocupación de poder acudir en ayuda de Maslova y de todos aquellos cuyos sufrimientos conocía; y, para eso, tenía que solicitar el apoyo y los servicios de gentes a las que no sólo no estimaba en absoluto, sino por las que no sentía sino indignación y desprecio.

Habiéndose alojado, a su llegada a Petersburgo, en casa de su tía, hermana de su madre, la condesa Tcharsky, mujer de un ex ministro, Nejludov se encontraba allí sumido en el centro mismo de aquel mundo aristocrático que se le había hecho tan extraño; y eso lo desolaba; pero no podía obrar de otro modo, porque si se hubiera alojado en un hotel habría ofendido a su tía y se habría privado, para sus empresas, del concurso más precioso; porque ella tenía numerosas y muy influyentes relaciones.

-Bueno, ¿qué es lo que me han contado de ti? No sé qué cosas maravillosas- le preguntó la condesa Catalina Ivanovna, la mañana misma de su llegada, mientras le hacía servir el café. Vous posez pour un Howard (Célebre filántropo inglés.). ¡Socorres a los criminales, visitas a los presos! ¿Es que te has decidido a ir por el buen camino?

-Nunca se me ha ocurrido eso.

-Me parece muy bien. Entonces, ¿de qué se trata? ¿De alguna aventura novelesca? Vamos, cuenta.

Nejludov contó sus relaciones con Maslova tal como habían sido.

Sí, sí, ya me acuerdo. La pobre Elena me habló vagamente de todo eso, después de tu estancia en casa de las viejas señoritas. ¡Pues no llegaron incluso a pensar en casarte con su pupila...!-La condesa Catalina Ivanovna había adoptado siempre una actitud desdeñosa respecto a la familia paterna de Nejludov-. De modo que se trata de ella, ¿eh? Elle est encore jolie?

La tía Catalina Ivanovna era una mujer de unos sesenta años, llena de salud, jovial, enérgica y charlatana. De alta estatura y muy corpulenta, su labio superior estaba adornado con un bigote oscuro. Nejludov la quería mucho. Estaba acostumbrado, desde su infancia, a venir a su casa para hacer provisión de energía y de buen humor.

No, matante; todo eso acabó. Quisiera sólo ayudarla, porque la han condenado injustamente y yo mismo soy culpable de haber influido en todo su destino. Por eso estoy obligado a hacer en su favor todo lo que me sea posible.

-Pero es que me han dicho que querías casarte con ella.-Sí, yo lo he querido, pero es ella quien no quiere.

Catalina Ivanovna, plegando la frente y entornando los ojos, examinó un instante a su sobrino con aire de asombro y, de pronto, su rostro se tranquilizó.

-¡Vaya, ella es más sabia que tú! ¡Oh, qué tonto eres! ¿Y verdaderamente tu casarías con ella?

Sin duda alguna.

-¿Después de todo lo que ella ha sido?

-Razón de más. ¿No soy yo quien tiene la culpa?

-Eres simplemente un pazguato- declaró la tía sin dejar de sonreír, un espantoso pazguato, un verdadero tonto; pero te quiero justamente porque eres un espantoso pazguato- repitió aún, encantada seguramente con aquella palabra que, a su juicio, definía de manera perfecta el estado intelectual y moral de su sobrino-. Mira, has llegado muy a propósito. Precisamente acaba de abrir Aline un soberbio asilo de arrepentidas. Un día fui por allí. ¡Son repugnantes! Después de la visita tuve que bañarme. Pero Aline se ha entregado a su asilo en corps et âme. Le confiaremos a tu protegida. Nadie mejor que Aline es capaz de volverla al buen camino.

-Pero es que la han condenado a trabajos forzados. He venido aquí precisamente para procurar que anulen el juicio. Es el primer asunto por el que querría que usted se interesara.

-¡Ah!, ¿sí? ¿De quién depende su asunto?

-Del Senado.

-¿Del Senado? Pero allí está mi querido primo León, en el Senado. Bueno, me olvidaba de que está en la sección de heráldica. Y entre los verdaderos senadores no conozco a nadie. Son gentes que vienen sabe Dios de dónde, o incluso alemanes: ge, efe, de... tout l'alphabet!, o bien toda clase de Ivanov, de Semenov, de Nikitin; o Ivanenkos, Simonenkos, Nikitenkos, pour varier! Des gens de l'autre monde! No importa; le hablaré de eso a mi marido. Él los

conoce; conoce a toda clase de gente. Le hablaré. Pero será preciso que le expliques tú mismo todo el asunto: a mí no me comprende nunca. C'est un parti pris. Todo el mundo me comprende; solamente él no me comprende.

En aquel momento, un lacayo de librea, medias y pantalones cortos trajo una carta en una bandeja de plata.

Precisamente una carta de Aline. Oirás también a Kieseweter.

-¿Quién es Kieseweter?

-¿Kieseweter? No dejes de venir a casa esta noche y verás quién es. Habla tan bien, que los criminales más endurecidos se arrojan a sus rodillas, y lloran, y se arrepienten.

Por extraño que aquello pudiera parecer y por poco en armonía que estuviese con su carácter, la condesa Catalina Ivanovna era una ferviente adepta de la doctrina que coloca la esencia misma del cristianismo en la Redención. Frecuentaba las asambleas donde se predicaba esta doctrina entonces de moda, y reunía en su casa a los fieles de la misma. Aunque aquella enseñanza rechazase multitud de ceremonias, los iconos a incluso los sacramentos, la condesa Catalina Ivanovna tenía iconos en todas las habitaciones de su apartamento a incluso en la cabecera de su cama; cumplía todas las ceremonias exigidas por la Iglesia, sin ver en eso la más mínima contradicción.

-¡Ah, si tu arrepentida pudiera oírlo, se convertiría inmediatamente!- continuó la condesa. Pero tú ven sin falta esta noche; lo oirás. Es un hombre asombroso.

Es que, tía, esas cosas apenas me interesan.

-Pues sí, te aseguro que eso te interesará. Y no tienes más remedio que venir. Ahora dime qué más deseas de mí. Videz votre sac!

-Tengo un asunto que concierne a la fortaleza.

-¿A la fortaleza? ¡Ah! En ese caso puedo darte una carta para el barón Kriegsmuth. C'est un très brave homme! Tú lo conoces bastante bien, además: es un antiguo camarada de tu padre. Il donne dans le spiritisme; pero es igual, es bueno. ¿Y qué tienes que hacer allí?

-Tengo que pedir que se le permita a una madre ver a su hijo que está allí encerrado. Pero me han dicho que eso no dependía de Kriegsmuth, sino de Tcherviansky.

-¡Tcherviansky! A ése no le tengo la menor simpatía. Pero es el marido de Mariette. Puedo dirigirme a ella. Haría por mí cualquier cosa. Elle est très gentille!

-Quiero pedir que pongan en libertad a una mujer, encarcelada desde hace varios meses sin que nadie sepa por qué.

-¡Vamos, la misma mujer debe de saberlo muy bien! ¡Esas mujeres lo saben todo! ¡Mujeres de cabellos cortos que no tienen más que lo que se merecen!

-Ignoramos si se lo merecen o no; pero el caso es que sufren. ¿Y usted, que es cristiana y que cree en el Evangelio, puede mostrarse tan implacable?

-Lo uno no impide lo otro. El Evangelio es el Evangelio, y lo que es repugnante es repugnante. Peor sería decir que me gustan los nihilistas, las mujeres sobre todo, con sus cabellos cortos, cuando en realidad no puedo sufrirlas.

-¿Y por qué no puede usted sufrirlas?

¿Y todavía me preguntas por qué después del atentado del primero de marzo?

-Pero no todos participaron en él.

No importa. ¿Para qué mezclarse en lo que no es asunto de ellas? Y no es un papel que corresponda a las mujeres.

-Pero ahí tiene usted por ejemplo a Mariette: usted misma acaba de reconocer que ella sí puede intervenir en los asuntos.

-¡Mariette es Mariette! ¡Pero que una Dios sabe qué, una cualquiera que no es ninguna gran cosa, pretenda darnos una lección a todos...!

-No se trata de darnos una lección, sino de acudir en ayuda del pueblo.

No necesitamos de ellas para saber que hay que ayudar al pueblo.

-Pero el caso es que el pueblo sufre. Acabo de volver del campo. ¿Le parece a usted justo que los mujiks se agoten más allá de sus fuerzas y no tengan bastante para comer según les pide el hambre, mientras nosotros vivimos en medio de un lujo desenfrenado? prosiguió Nejludov, animado por la bonachonería de su tía hasta el punto de comunicarle todos sus pensamientos.

-¿Qué quieres entonces? ¿Que me ponga a trabajar y que no coma nada?

-No, no quiero en modo alguno dejarla sin comer- dijo Nejludov sonriendo-; quiero solamente que trabajemos todos y que todos comamos.

-Mon cher, vous finirez mal!- dijo.

-¿Y por qué?

En aquel momento, un alto y robusto general acababa de penetrar en el

comedor. Era el marido de la condesa, Tcharsky, el ex ministro.

-¡Ah, Dmitri, buenos días!- dijo el general tendiendo a Nejludov su mejilla recién afeitada-. ¿Cuándo has llegado?

Besó en silencio la frente de su mujer.

-Bueno, ¡il est impayable!- dijo la condesa a su marido-. Quiere que vaya a lavar mi ropa al río y que me alimente sólo de patatas. Es un terrible tonto, un espantoso pazguato- continuó ella-. Pero, de cualquier forma, haz lo que te pida. A propósito, dicen que la señora Kamenskaia se halla en tal estado de desesperación, que se teme por su vida: deberías ir a visitarla.

-Sí, es espantoso- respondió el marido.

-Y ahora, ¡id a hablar de vuestras cosas. Tengo unas cartas que escribir.

Apenas había salido Nejludov del comedor cuando ella le gritó desde la otra habitación:

-¿Quieres que le escriba a Mariette?

-Se lo ruego, tía.

Entonces dejaré en blanco la explicación de lo que tienes que pedirle a su marido a propósito de tu pelicorta. Ella le ordenará que haga lo que tú pidas, y él lo hará. Pero, oye, no vayas a creer que soy mala. Tus protegidas no me son nada simpáticas; mais je ne leur veux pas de mal! ¡Que Dios las proteja! Y después puedes irte, pero vuelve sin falta esta noche. Oirás a Kieseweter. Y luego rezarás por nosotros. Y si lo haces de buena fe, ça vous fera beaucoup de bien. Sé perfectamente que Elena y todos vosotros nunca os habéis preocupado mucho de eso. Bueno, hasta la vista.

XV

El conde Iván Mijailovitch, el ex ministro, era un hombre de convicciones firmes.

Desde su juventud, esas convicciones se habían basado en los principios siguientes: lo mismo que el pájaro se alimenta de gusanos, está vestido de plumas y vuela por el espacio, así él mismo debía naturalmente alimentarse con los platos más rebuscados, preparados por cocineros pagados muy caros, ir vestido de la manera más elegante y más cómoda posible, ser llevado por caballos tranquilos y rápidos, y por consiguiente todo eso debía estar a su disposición. Además, el conde Mijailovitch consideraba que cuanto más dinero percibiese del tesoro público, más adornado estaría con

condecoraciones, más frecuentaría a altos personajes de los dos sexos y tanto más le valdría eso. Todo lo demás, comparado con esos dogmas fundamentales, le parecía al conde Iván Mijailovitch nulo y sin interés; y le importaba poco que las cosas fuesen de una manera a otra. Conformándose a esta fe, el conde Iván Mijailovitch había vivido y actuado en Petersburgo durante cuarenta años, después de los cuales había llegado al puesto de ministro.

Las cualidades principales que le habían permitido llegar a aquel cargo consistían en esto: primeramente, sabía comprender el sentido de los reglamentos y de otras disposiciones oficiales y redactar, en un estilo poco elegante, es verdad, documentos inteligibles y exentos de faltas de ortografía; en segundo lugar, era muy expresivo y podía, según las circunstancias, dar la impresión de dignidad, de altivez y de inaccesibilidad, o bien de flexibilidad, llegando hasta la bajeza y la infamia; en tercer lugar, estaba liberado de cualesquiera reglas de moralidad personal o social y, por consiguiente, podía, si era preciso, estar de acuerdo o en desacuerdo con todo el mundo. Al obrar así, no tenía más que un solo objetivo: dejar creer que era consecuente consigo mismo; y no le importaba lo más mínimo la moralidad o la inmoralidad de sus actos, como tampoco la cuestión de saber si esos actos constituían el mayor bien o el mayor mal para Rusia o para el mundo entero.

Cuando llegó a ser ministro, todos sus subordinados, la mayor parte de sus conocidos, y más todavía él mismo, tuvieron la convicción de que se mostraría como un hombre de Estado de los más inteligentes. Pero después de un cierto tiempo, cuando hubo que comprobar que él no había organizado nada ni había creado nada nuevo, que, según las leyes de la lucha por la vida, otros hombres análogos a él, que sabían comprender y redactar documentos oficiales, funcionarios tan expresivos y tan poco escrupulosos, lo hubieron suplantado y obligado a retirarse, se reconoció unánimemente que en lugar de ser una inteligencia excepcional era un hombre muy limitado, poco instruido, a pesar de su tono de suficiencia, y que apenas sobrepasaba en sus opiniones el nivel de los artículos de fondo de los periódicos conservadores. Se cayó en la cuenta de que nada lo distinguía de las otras mediocridades vanidosas y limitadas que lo habían suplantado. Él mismo se daba cuenta de eso, lo que no le impedía en modo alguno creerse con derecho a recibir, de año en año, un sueldo cada vez mayor y nuevas condecoraciones para su uniforme de gala. Esta convicción estaba tan profundamente arraigada en él, que nadie tenía valor para llevarle la contraria. Y de año en año percibía, en forma de pensión de retiro, de honorarios como consejero de Estado y como presidente de toda clase de comisiones o juntas, varios millares de rublos; además, cada año tenía el derecho, por él tan apreciado, de mandar coser nuevos galones a su cuello y a su pantalón y a su frac y nuevas cintas y estrellas de esmalte. De este modo ampliaba el círculo de sus relaciones sociales.

El conde Iván Mijailovitch escuchó las explicaciones de Nejludov con la misma gravedad y la misma atención que concedía en otros tiempos a los informes de sus jefes de servicios. Hecho esto, dijo a su sobrino que iba a darle dos cartas de recomendación, una de ellas para el senador Wolff, del departamento de casación.

Se dicen muchas cosas de él- explicó-, pero, dans tous les cas, c'est un homme très comme il faut. Me está agradecido y hará todo lo que esté en su mano.

La segunda carta iba destinada a un miembro de la comisión de gracia. El asunto de Fedosia Birukov, que le había contado Nejludov, lo había conmovido mucho. Habiéndole dicho éste que quería escribir a la emperatriz, le respondió que era, en efecto, un asunto digno de interés y que se podría hablar de él cuando se presentase la ocasión, pero no se arriesgaba a prometerlo. La petición debía seguir su trámite, y añadió, después de reflexionar un instante, que si un jueves lo invitaban al salón de la emperatriz, en petit comité, tal vez encontrara la oportunidad de deslizar unas palabras a propósito de la protegida de Nejludov.

Nejludov, provisto de las dos cartas del conde y de otra de su tía para Mariette, se puso en camino inmediatamente para iniciar sus gestiones

Por lo pronto, empezó por Mariette. La había conocido de muchachita, perteneciente a una familia aristocrática de escasa fortuna. Se había casado con un hombre que había sabido elevarse rápidamente, gracias a medios sospechosos, y, como siempre, a Nejludov le resultaba desagradable solicitar el apoyo de un hombre al que despreciaba. En este caso, sentía un desacuerdo interior, un descontento de sí mismo y una vacilación: ¿debía o no dirigirse a él? Y siempre llegaba a la conclusión de que debía hacerlo. Por otra parte, comprendía lo que de falso había en su actitud de peticionario ante gente con la que no tenía ya ninguna solidaridad y que, sin embargo, continuaban considerándolo como a uno de los suyos. En aquel ambiente se sentía recaer en la horma antigua y habitual y, a pesar suyo, volvía a adoptar el tono ligero a inmoral que reinaba en aquella sociedad. Ya por la mañana, en casa de su tía Catalina Ivanovna, lo había notado al adoptar un tono burlesco para hablar de las cosas más serias.

Petersburgo, adonde hacía mucho tiempo que no había venido, ejercía sobre él su acción habitual: físicamente excitante y moralmente embotadora.

Todo era tan limpio, tan cómodo, estaba tan desprovisto de escrúpulos morales, que la vida allí parecía más ligera que en ninguna otra parte.

Un soberbio cochero, limpio y correcto, condujo a Nejludov, pasando ante soberbios agentes de policía, limpios y correctos, por una calle elegante y

limpia, bordeada de casas limpias y elegantes, hasta la casa donde vivía Mariette.

Vio ante la escalinata a un par de caballos ingleses enganchados y enjaezados; en el pescante, con aire grave y digno, un cochero de librea, de orgulloso talante, el látigo en la mano, semejando a un inglés por las patillas, que le llegaban casi hasta la boca.

Un portero, con uniforme de un púrpura muy vivo, abrió la puerta del vestíbulo, donde se hallaban apostados, con librea galoneada, un lacayo de espléndidas patillas y un centinela de servicio con uniforme nuevo.

-El general no recibe. La generala, tampoco: va a salir.

Nejludov sacó de su cartera una tarjeta de visita y se acercó a una mesita donde se disponía a escribir algunas palabras con lápiz, cuando de pronto el lacayo hizo un movimiento, el portero se lanzó hacia la escalinata gritando: «¡Avance!», y el centinela se puso firme, las manos en las costuras del pantalón, siguiendo con los ojos a una mujer joven, bajita y delgada, que bajaba por la escalera con un paso rápido que contrastaba con la importancia de su rango.

Mariette, tocada con un gran sombrero de plumas, llevaba sobre su vestido negro una esclavina del mismo color. Iba enguantada de negro y el rostro cubierto por un velillo.

Al ver a Nejludov, se levantó el velillo y descubrió un rostro encantador y grandes ojos brillantes. Y, después de unos momentos de examen, exclamó con voz familiar y gozosa:

-¡Ah, el príncipe Dmitri Ivanovitch! Lo habría reconocido...

-¿Cómo? ¿Se acuerda usted incluso de mi nombre?

-¡Naturalmente! Mi hermana y yo hasta llegamos a estar enamoradas de usted- respondió en francés-. Pero, ¡cómo ha cambiado usted! Es una lástima que no tenga más remedio que salir. Aunque quizá pudiéramos entrar todavía un instante-dijo con aire de vacilación.

Consultó con los ojos el reloj de la antecámara.

-¡Ay, no, no es posible! Voy a casa de Kamenskaia para el servicio fúnebre. La pobre mujer está muy abatida.

¿Qué le pasa a esa Kamenskaia?

-¿Cómo? ¿No está usted enterado? ¡Su hijo acaba de ser muerto en duelo! Se había batido con Posen. ¡Hijo único! ¡Es espantoso! La madre está abatidísima.

-Sí, ya he oído hablar de eso.

Pero no tengo más remedio que marcharme; venga, pues, mañana o esta noche- continuó ella. Y, con paso ligero, se dirigió hacia la salida.

Desgraciadamente, no podré esta noche dijo Nejludov, acompañándola hasta la escalinata-. Venía a hablarle de un asunto- añadió al mismo tiempo que miraba el par de caballos alazanes que se detenían ante la escalinata.

-¿Qué es?

-Aquí tengo una carta de mi tía respecto a ese asunto- dijo Nejludov tendiéndole un sobre alargado, cerrado con un sello enorme-. Esto le explicará de qué se trata.

-Ya sé, la condesa Catalina Ivanovna se cree que ejerzo influencia sobre mi marido. Se equivoca completamente. No puedo conseguir nada de él y para nada quiero mezclarme en sus asuntos. Pero, por la condesa y por usted, estoy dispuesta con mucho gusto a infringir esta regla. Bueno, ¿de qué se trata?- preguntó, buscando vanamente en el bolso con su manecita enguantada.

-De una joven encarcelada en la fortaleza. Está enferma y la han detenido por error.

-¿Cómo se llama?

-Schustova, Lidia Schustova. Todo está anotado en la carta.

-Bueno, haré todo lo que me sea posible- dijo, subiendo con pie ligero al elegante coche blandamente tapizado cuyo barniz centelleaba al sol.

Se sentó y abrió su sombrilla. El lacayo trepó a la parte trasera, hizo signos al cochero de que podía arrancar, y el coche se puso en movimiento. Pero, en el mismo instante, con la punta de su sombrilla, Mariette tocó el hombro del cochero: los soberbios caballos de finas patas, curvando la cabeza bajo la presión del bocado, se detuvieron piafando.

-Pero usted volverá a verme, y esta vez de un modo desinteresado- dijo ella con una sonrisa cuyo encanto conocía.

Y como si juzgase terminada la representación, bajó su velillo y tocó de nuevo al cochero con la punta de la sombrilla.

Nejludov se quitó el sombrero. Martilleando el pavimento con sus nerviosos cascos, los caballos arrastraron a un paso vivo al coche, que se deslizaba ligeramente sobre las silenciosas ruedas, traqueteado apenas por la desigualdad del suelo.

XVI

Pensando en aquella sonrisa que acababa de cambiar con Mariette, Nejludov meneó la cabeza desaprobándose a sí mismo: «No tendrás tiempo de darte cuenta y de nuevo quedarás atrapado en el engranaje de esta vida», se decía. Y sintió en él aquel desacuerdo interior y las dudas provocadas por la necesidad de recurrir a los buenos oficios de gente a la que no estimaba en absoluto.

Después de reflexionar sobre la cuestión de saber adónde iría primero, Nejludov se dirigió al Senado. Lo guiaron a la cancillería, donde, en un magnífico local, distinguió a un gran número de funcionarios bien vestidos y muy corteses. Allí se enteró de que el recurso de Maslova había sido enviado, a fin de que lo examinase, a aquel mismo senador Wolff para quien su tío le había dado una carta.

-Esta semana habrá sesión del Senado- le dijeron-; pero es dudoso que el asunto de Maslova pueda ser discutido en esta sesión. Sin embargo, usted siempre puede pedir que lo pasen al miércoles siguiente.

En la cancillería del Senado, mientras Nejludov aguardaba diversos informes, oyó hablar de nuevo del desgraciado duelo en que el joven Kamensky había hallado la muerte. Y allí se enteró por primera vez de los detalles completos de aquella historia que apasionaba a todo Petersburgo. Su principio tuvo lugar en un restaurante, en una mesa de oficiales que comían ostras y bebían copiosamente, según su costumbre. Uno de ellos hizo alusiones ofensivas sobre el regimiento en que servía Kamensky, y éste lo trató de mentiroso; el oficial injuriado replicó con una bofetada, y el duelo se celebró al día siguiente. Kamensky había recibido un balazo en el vientre, a consecuencia del cual murió dos horas después. El matador y los testigos habían sido detenidos; pero, aunque estuviesen arrestados, se aseguraba que los pondrían en libertad antes de transcurridos quince días.

Desde el Senado, Nejludov se dirigió a la comisión de peticiones de gracia, con la esperanza de encontrar allí a un alto funcionario, el barón Vorobiev, quien ocupaba un lujoso apartamento en un edificio del Estado. Pero el portero y el lacayo le hicieron saber, con tono severo, que el barón no estaba visible más que los días de recepción; aquel día estaba con el emperador y debía regresar allí al día siguiente para presentar su informe. Nejludov dejó la carta que le estaba destinada al barón y se dirigió a casa del senador Wolff.

El senador acababa de comer. Como de costumbre, estimulaba su digestión fumando un cigarro y caminando de arriba abajo por el despacho; y durante este ejercicio recibió a Nejludov.

Vladimir Vassilievitch Wolff era sin disputa un homme très comme il faut; para él, esta cualidad tenía la primacía sobre las demás y desde su altura miraba a sus semejantes; por lo demás, le era imposible no apreciar esta cualidad, porque gracias a ella había realizado una brillante carrera, la misma que había deseado realizar; mediante ella había adquirido, por un rico casamiento, dieciocho mil rublos de renta y, por su propio esfuerzo, un escaño de senador. Sin embargo, no contento con ser un homme très comme il faut, se jactaba igualmente de ser un tipo de honor caballeresco. Y por este honor entendía la negativa a aceptar clandestinamente vasos de vino de particulares, en tanto que no encontraba nada deshonesto solicitar toda clase de dietas por viajes y explotar las propiedades del Estado, realizando servilmente, en reconocimiento, todo lo que le pedía el gobierno.

Arruinar, deportar o encarcelar a centenares de inocentes, sólo porque aman al pueblo y siguen permaneciendo fieles a la religión de sus padres, y todas las exacciones que había cometido cuando era gobernador de una provincia de Polonia, eran cosas que no solamente él no consideraba nefandas, sino en las que veía, por el contrario, una proeza de valentía y de patriotismo. Tampoco consideraba indigno haberse apropiado de toda la fortuna de su mujer, que estaba enamorada de él, y de la de su cuñada. Por el contrario, aquello constituía para él la organización racional de su vida de familia.

La familia de Vladimir Vassilievitch se componía de su dócil mujer, de su cuñada, cuya propiedad había vendido para poner el dinero en el banco a su propio nombre, y de su hija, poco bonita, tímida y que no tenía otras distracciones en su existencia aislada y triste que las de asistir a las reuniones evangélicas en casa de Aline y en la de la condesa Catalina Ivanovna.

El hijo del senador era un buen muchacho que, a los quince años, barbudo ya como un hombre, había empezado a beber y a llevar una vida de desenfreno. A los veinte años, su padre lo había expulsado de casa, porque lo comprometía al no terminar sus estudios, frecuentar malas compañías y contraer deudas. Una vez había pagado por él doscientos treinta rublos; otra vez, seiscientos, pero advirtiéndole que sería la última y que, si no se corregía, lo echaría y terminaría con él toda clase de relaciones. Pero, lejos de enmendarse, contrajo una nueva deuda de mil rublos y se permitió decir a su padre que bastante sufría ya con vivir en aquella casa. Vladimir Vassilievitch le había declarado entonces que ya no podía considerarlo como padre suyo. Desde aquella fecha vivía como si no tuviese hijo, y en su casa nadie se atrevía a hablarle de él. No por eso dejaba de estar menos convencido de que sabía organizar de una manera perfecta su vida de familia.

Wolff acogió a Nejludov con esa sonrisa amable, ligeramente burlona, que le servía para expresar sus sentimientos de hombre comme il faut, frente al común de los mortales. Deteniéndose en su paseo en medio del despacho,

saludó a Nejludov y luego leyó la carta.

-Siéntese, se lo ruego. Le pido permiso para continuar caminando- dijo, metiéndose las manos en los bolsillos de la chaqueta, y se puso a recorrer en diagonal, con ligeros y cortos pasos, su gran despacho de severo estilo-. Encantado de conocerlo, y, naturalmente, de poder ser agradable al conde Iván Mijailovitch- continuó después de haber exhalado una columna de humo azul y perfumado y de haberse quitado con precaución el cigarro de la boca para impedir que la ceniza se desprendiera.

-Querría solamente rogarle que el asunto quedase resuelto lo antes posible- dijo Nejludov-, a fin de que, si la acusada tiene que ir a Siberia, su partida se realice sin tardanza.

-Sí, sí, con los primeros paquebotes de Nijni; sí, ya sé- dijo Wolff con su sonrisa protectora de hombre que sabe de antemano lo que van a decirle-. ¿Y cómo se llama ella?

-Maslova.

Wolff se acercó a su mesa y abrió un legajo atiborrado de papeles.

-Eso es, Maslova. Desde luego; hablaré del asunto a mis colegas. La cuestión será discutida el miércoles.

-¿Puedo telegrafárselo a mi abogado?

-¡Ah, tiene usted un abogado! ¿Para qué? Pero, en fin, si usted quiere...

Temo que los motivos de casación no sean suficientes- dijo Nejludov-; pero el solo proceso verbal de los debates proporciona la prueba de que la condena se basa en un error.

-Sí, sí, es posible; pero el Senado no tiene nada que ver con el fondo del asunto- replicó Wolff con severidad y vigilando la ceniza de su cigarro-. El Senado debe limitarse a controlar la interpretación y la aplicación de la ley.

-Pero aquí, el caso me parece tan excepcional...

-¡Ya sé, ya sé! Todos los casos son excepcionales. En fin, se hará lo necesario. Quedamos de acuerdo.

La ceniza seguía manteniéndose, pero presentaba ya una fisura que la ponía en peligro.

-Y usted no viene con frecuencia a Petersburgo, ¿verdad?- preguntó Wolff, sujetando el cigarro de modo que la ceniza no cayese; pero como de todos modos se balanceaba, fue a depositarla con precaución en el cenicero-. ¡Qué terrible accidente el sucedido a ese Kamensky! ¡Un joven excelente, hijo único! Sobre todo, la madre es digna de compasión- añadió, repitiendo casi al

pie de la letra lo que decía todo Petersburgo.

Habló luego de la condesa Catalina, de su manía por la doctrina religiosa de moda, que Vladimir Vassilievitch ni aprobaba ni desaprobaba, pero que él, *homme comme il faut*, juzgaba superflua. Y finalmente tiró de la campanilla.

Nejludov se puso en pie para despedirse.

-Venga, pues, si le conviene, a comer uno de estos días conmigo- dijo Wolff, tendiendo la mano a Nejludov-. El miércoles, por ejemplo; le daré al mismo tiempo la respuesta definitiva.

Era ya tarde, y Nejludov regresó a casa, es decir, a casa de su tía.

XVII

En casa de la condesa Catalina Ivanovna se cenaba a las siete y media. A ella le gustaba que la sirvieran según un método nuevo que Nejludov desconocía aún: una vez los manjares traídos a la mesa, los lacayos se retiraban inmediatamente después, y los comensales se servían ellos mismos.

Los hombres evitaban a las damas la molestia de hacer un movimiento inútil y, en su calidad de representantes del sexo fuerte, se encargaban marcialmente de todo el peso del servicio de los manjares y de las bebidas a las damas y a ellos mismos. Cuando se había comido su plato, la condesa apretaba el botón del timbre incrustado en la mesa; los criados entraban sin ruido, retiraban rápidamente el servicio, cambiaban los platos y traían la continuación. La minuta era de las más rebuscadas. En una gran cocina clara trabajaban un chef francés y dos ayudantes, todos vestidos de blanco. A la mesa estaban sentados seis comensales: el conde, la condesa, su hijo (joven oficial de la Guardia, tosco, que apoyaba los codos en la mesa), Nejludov, la lectora francesa y el intendente principal del conde, llegado del campo.

También aquí la conversación versó sobre el duelo. Se comentaba la actitud del emperador respecto a aquel asunto. Sabiendo que se había apiadado de la suerte de la madre, todos se apiadaban igualmente por la suerte de la madre. Sabiendo igualmente que, aunque apiadándose de la madre, el zar no quería mostrarse severo con el matador, quien había defendido el honor del uniforme, todo el mundo se mostraba indulgente con el matador, que había defendido el honor del uniforme. Sólo la condesa Catalina Ivanovna, con su independencia y su ligereza, se mostraba severa respecto al matador.

-¡No admitiré nunca que jóvenes de la buena sociedad se embriaguen y se maten después!- afirmó.

-No lo comprendo- dijo el conde.

-Ya lo sé. Tú no comprendes nunca lo que yo quiera decir- respondió la condesa, y se volvió hacia Nejludov-. Todo el mundo me comprende, excepto mi marido. Digo que me da lástima de la madre y que, en cuanto al otro, no me parece bien que haya matado y que esté satisfecho de su acción.

El hijo de la condesa, mudo hasta entonces, intervino poniéndose a favor del matador. Bastante groseramente; replicó a las palabras de su madre demostrándole que un oficial no podía obrar de otra manera, so pena de ser expulsado del regimiento por un tribunal de honor.

Nejludov escuchaba sin mezclarse en la conversación. A título de ex oficial, y aun sin admitirlos, comprendía los argumentos del joven Tcharsky; pero, por otra parte, el caso de aquel oficial que había matado a uno de sus camaradas le recordaba involuntariamente el de un guapo muchacho al que había visto en la cárcel, condenado a trabajos forzados por haberse convertido en homicida en el curso de una pelea.

Ahora bien, la causa inicial de estos dos homicidios había sido la embriaguez. El otro, el mujik, había matado en un momento de excitación. Y he aquí que lo habían separado de su mujer, de su familia, de sus padres, le habían puesto grilletes, rapado la cabeza, y lo enviaban a trabajos forzados. Y éste, por el contrario, está arrestado en una bonita habitación, le llevan buenas comidas, bebe buen vino, lee libros, lo soltarán, si no hoy, todo lo más mañana, vivirá como antes a incluso se convertirá por eso mismo en un objeto de interés.

Nejludov dijo entonces lo que pensaba. Primeramente, la condesa Catalina Ivanovna lo aprobó, y luego guardó silencio. Y, como los demás, Nejludov comprendió que acababa de cometer algo así como una inconveniencia.

Después de la comida, los comensales pasaron al salón grande. Se habían colocado allí, como para una conferencia pública, filas de sillas de respaldos esculpidos, un sillón y una mesita, con un jarro de agua para el orador. Y los invitados llegaban ya en gran número, encantados por el hecho de que iban a oír al predicador Kieseweter.

Ante la escalinata se alineaban vehículos suntuosos. En el salón, espléndidamente adornado, se sentaban damas vestidas de seda, de terciopelo, de encajes, con peinados postizos, talles estrangulados por el corsé, y pechos amplificados por el algodón. Entre ellas, algunos hombres civiles y militares, y cinco hombres del pueblo: dos porteros, un tendero, un criado y un cochero.

Kieseweter era un hombre bajito, corpulento y encanecido. Hablaba en inglés mientras una joven flacucha, con lentes sobre la nariz, traducía correcta y rápidamente sus palabras.

Él decía que nuestros pecados son tan grandes y tan grande y tan inevitable el castigo que les está reservado, que vivir tranquilos esperando este castigo es para nosotros cosa imposible.

-¡Queridas hermanas y hermanos! Pensemos solamente en nosotros mismos, en nuestra manera de obrar, en nuestra manera de irritar la cólera de Dios todo misericordioso y de aumentar el sufrimiento de Cristo, y comprenderemos que para nosotros no hay perdón, ni salida, ni salvación, que todos estamos destinados a una pérdida cierta. Nos aguarda la más espantosa perdición, los eternos tormentos- clamaba con una voz temblequeante, lacrimosa-. ¿Cómo salvarnos, hermanos míos? ¿Cómo escapar de este terrorífico incendio? ¡Ya nuestra casa es un brasero sin salida!

Se calló, y verdaderas lágrimas inundaron sus mejillas.

Desde hacía ya ocho años, sin fallarle nunca, cada vez que llegaba a este pasaje de su discurso, que era para él el favorito, un espasmo le apretaba la garganta, un picor le subía a la nariz y el llanto inundaba su rostro, tanto que llegaba a conmovirse él mismo de sus propias lágrimas.

En la sala se dejaron oír unos sollozos. La condesa Catalina Ivanovna estaba sentada cerca de la mesa de mosaico y se había acodado allí, con la cabeza entre las manos y los hombros sacudidos por un temblor. El cochero examinaba al orador con una mezcla de desconcierto y de espanto, como si se viera amenazado por el choque contra la vara de un coche del que no pudiera librarse. La mayor parte de los asistentes había adoptado la misma postura que la dueña de la casa. La hija de Wolff, que se parecía a su padre, vestida a la última moda, se había puesto de rodillas, con la cara oculta entre las manos.

El orador descubrió de pronto su rostro sobre el cual apareció algo que se parecía a una verdadera sonrisa, la que sirve a los actores para expresar la alegría, y dijo con una voz dulce y tierna:

Sin embargo, la salvación existe. ¡Hela aquí, impalpable, gozosa! Esta salvación es la sangre del Hijo único de Dios derramada por nosotros. Su martirio, su sangre derramada nos salvan. ¡Hermanos míos, hermanas mías- añadió con nuevas lágrimas en la voz-, demos gracias a Dios que se dignó sacrificar a su Hijo único por la redención de la especie humana! Su sangre sacratísima...

Nejludov sintió una repugnancia tan intolerable, que, arrugando la frente y ahogando gemidos de vergüenza, salió de puntillas y subió a su habitación.

A la mañana siguiente, Nejludov acababa de vestirse cuando el ayuda de cámara vino a entregarle la tarjeta del abogado de Moscú. Éste había venido primeramente por razones personales y, al mismo tiempo, para asistir a la revisión por el Senado del proceso de Maslova, si es que iba a celebrarse pronto. El telegrama que Nejludov le había enviado se había cruzado con él. Pero al enterarse por este último de la fecha fijada y de los nombres de los senadores, sonrió.

-Precisamente los tres tipos de senadores- exclamó-. Wolff es el funcionario petersburgués; Skovorodnikov, el jurista sabio, y Be, el jurista práctico. Éste es el que está menos momificado y con el que más podemos contar. Bueno, ¿y qué hay de la comisión de gracias?

-Precisamente tengo que hacer esa gestión en casa del barón Vorobiov. Ayer no pude conseguir que me concediese una audiencia.

-¿Sabe usted por qué ese Vorobiov es barón?- preguntó el abogado a Nejludov, quien había puesto cierta ironía al pronunciar aquel título de «barón» (En la jerarquía de los títulos nobiliarios de origen puramente ruso no existe el de barón.) unido a un nombre esencialmente ruso-. Este baronazgo le fue dado por el emperador Pablo a su abuelo, ayuda de cámara, que le había prestado algunos servicios de carácter íntimo. El emperador lo nombró, pues, barón porque así lo quiso, y desde entonces tenemos barones Vorobiov. Éste está muy orgulloso de ello y por lo demás es un camastrón que no tiene igual.

-Pues a su casa me dirijo.

Perfectamente. Entonces, venga; yo lo llevaré.

En el vestíbulo, al momento de salir, un criado entregó a Nejludov un billete de Mariette:

Por agradecerle a Vd. he obrado completamente contra mis principios y he intercedido ante mi marido a favor de su protegida. Resulta que a esta persona pueden ponerla en libertad inmediatamente. Mi marido ha escrito al comandante de la fortaleza. Venga, pues, sin motivo interesado. Le espero.

M.

-¿Qué me dice usted de esto? ¡Es terrible!- dijo Nejludov al abogado. He aquí una mujer a la que tienen encarcelada, en secreto, desde hace siete meses, y ahora descubren que no ha hecho nada. Y una palabra ha bastado para hacerle recobrar su libertad.

-Pero siempre pasa lo mismo. Por lo menos, usted ha conseguido lo que quería.

-Si. Pero este éxito me apena. ¿Qué es lo que ocurre entonces? ¿Por qué la retenían?

-Será mejor no profundizar en eso. Bueno, ¿quiere que lo lleve?- preguntó el abogado, saliendo con Nejludov mientras un excelente coche de alquiler se detenía ante la escalinata.

El abogado dijo al cochero a dónde tenía que ir, y los vivarachos caballos transportaron rápidamente a Nejludov a la casa habitada por el barón Vorobiov.

Éste estaba visible. En la primera habitación se hallaba un joven funcionario con uniforme de media gala, con un cuello de longitud desmesurada, nuez muy saliente y paso extraordinariamente rápido. Había también allí dos señoras.

-¿Se llama usted?- preguntó, abandonando a las señoras y avanzando ágilmente hacia Nejludov. Éste dijo su nombre.

-El barón ha hablado de usted. Haga el favor de esperar un momento.

El funcionario entró en la habitación contigua y salió pronto de ella en compañía de una dama enlutada y toda llorosa, que, con sus huesudos dedos, bajó su velo para ocultar su llanto.

-Haga el favor de entrar- dijo el joven empleado; y, con paso ligero, avanzó hacia la puerta del despacho, la abrió y dejó pasar a Nejludov.

Nejludov se encontró en presencia de un hombre de estatura mediana, rechoncho, con los cabellos cortados a cepillo, vestido con redingote y sentado en un sillón ante una mesa enorme desde la cual miraba delante de él con aire de satisfacción. Su rubicundo rostro, que contrastaba con su blanca barba y sus blancos bigotes, se iluminó con una sonrisa benévola al ver a Nejludov.

Encantado de verle. Su madre y yo fuimos viejos amigos. Le vi cuando no era más que niño y luego de oficial. Vamos, siéntese y dígame en qué puedo servirle... Sí, sí- decía meneando su blanca y rapada cabeza mientras Nejludov le contaba la historia de Fedosia-. ¡Hable, hable! Ya comprendo. Sí; es, en efecto, muy conmovedor. ¿Ha elevado usted un recurso de gracia?

-Traigo uno preparado- respondió Nejludov sacando el papel del bolsillo-. Pero he querido presentarle mi ruego personalmente con la esperanza de que conceda a este asunto una atención especial.

-Y ha hecho usted muy bien. Yo mismo redactaré el informe. Es realmente muy conmovedor- dijo el barón, cuyo orondo rostro se esforzaba en fingir compasión-. Evidentemente se trata de una niña a la que su marido habrá vuelto loca con su brutalidad, y los dos, al cabo del tiempo, con remordimientos, se han enamorado. Sí, yo haré el informe.

-El conde Iván Mijailovitch me decía que quería rogarle...

Pero apenas había pronunciado Nejludov aquellas palabra cuando la expresión del rostro del barón se modificó.

-Por lo demás- declaró a Nejludov-, entregue usted la instancia y yo haré lo que pueda.

En aquel momento entró el joven funcionario, que, evidentemente, ponía todo su amor propio en la gracia de su manera de andar.

-Esa señora solicita aún dos palabras.

-Bueno, dígle que entre. ¡Ah, querido amigo, cuántas lágrimas se ven aquí! Si al menos fuera posible secarlas todas... Uno hace lo que puede.

La señora entró.

-Me había olvidado de rogarle que le impidiese casarse con nuestra hija, pues de lo contrario...

-Ya le dije a usted que lo haría.

¡Barón, por favor, salvará usted a una madre!

Ella se apoderó de la mano de él y la cubrió de besos.

-Todo se hará.

Cuando la señora salió, Nejludov se puso en pie para despedirse.

-Se hará lo que se pueda. Informaremos al Ministerio de Justicia. Nos responderán, y entonces se obrará en consecuencia.

Nejludov salió y pasó a la cancillería. También allí, como en el Senado, encontró, en un local magnífico, magníficos funcionarios, limpios, corteses, correctos, desde los trajes hasta las palabras, pulidos y graves.

«¡Cuán numerosos son! ¡Cuán espantosamente numerosos y bien nutridos! ¡Cómo llevan almidonadas las camisas y relucientes sus botines! ¿Quién les concede todo esto? ¡Y pensar que se encuentran bien, en comparación no sólo con los presos, sino incluso con los ciudadanos corrientes! », se decía, a pesar suyo, Nejludov.

XIX

El hombre del que dependía la mejora de la suerte de los presos de San Petersburgo era un veterano general, descendiente de barones alemanes y del que se decía que era un poco tonto. Tenía una larga hoja de servicios y numerosas condecoraciones, de las que únicamente llevaba la cruz Blanca en

la pechera. Había ganado aquella cruz, particularmente halagadora, en el Cáucaso, por haber obligado a mujiks, rapados y vestidos de uniforme, armados de fusiles con bayoneta calada, a matar a millares de personas del país que defendían sus libertades, sus casas y sus familias. Seguidamente prestó servicio en Polonia, donde de nuevo había obligado a los campesinos rusos a cometer diversos crímenes, lo que le valió nuevas condecoraciones y nuevos adornos en su uniforme; y también había servido en otras partes. Ahora ocupaba este puesto, el cual le proporcionaba buen alojamiento, buen sueldo y honores. Ejecutaba las órdenes llegadas de arriba con rigor inflexible y consideraba que la ejecución de las mismas era cosa eminentemente apreciable. Y como les atribuía un alcance totalmente particular, consideraba que todo podía cambiarse en la tierra, excepto aquellas órdenes.

Los deberes de su cargo consistían en mantener en las casamatas y en secreto a detenidos políticos, de uno a otro sexo, y eso de forma tal que la mitad de entre ellos desapareciera en el espacio de diez años: algunos perdían la razón, otros morían de tisis o se suicidaban dejándose morir de hambre, abriéndose las venas con un pedazo de cristal, ahorcándose o quemándose vivos.

El viejo general sabía todo eso, porque diariamente lo veía ante sus ojos; pero todos estos accidentes no afectaban más a su conciencia de lo que podían conmoverlo los accidentes producidos por tormentas, inundaciones, etcétera. Provenían de órdenes llegadas de arriba en nombre del emperador, y estas órdenes debían ejecutarse al pie de la letra; por tanto, era absolutamente inútil preocuparse de sus consecuencias.

El viejo general no pensaba, pues, en ello, prohibiéndole su deber de militar patriota cualquier reflexión que hubiese podido producir alguna debilidad en las obligaciones de su cargo, muy importantes, a su juicio. Conforme al reglamento, una vez por semana giraba una visita por todas las celdas, informándose si los presos tenían alguna petición que presentarle. A menudo se las presentaban; las escuchaba tranquilamente, sin decir palabra, pero nunca les daba curso, porque sabía de antemano que eran incompatibles con el reglamento.

En el instante en que el coche de Nejludov se detenía ante el edificio donde vivía el viejo general, el reloj de la torre tocó, con una sonería cascada, el canto «¡Alabado sea Dios!». Luego repicaron los toques de las dos. Al escuchar aquella sonería, Nejludov se acordó de lo que había leído en las memorias de los decembristas respecto a la impresión producida sobre los detenidos por aquella dulce música que se repetía a cada hora.

El viejo general estaba sentado en un saloncito oscuro, con un joven pintor, hermano de uno de sus subordinados, ante una mesita con incrustaciones, y los

dos hacían girar un platito sobre una hoja de papel. Los dedos delgados y ahusados del joven artista y los dedos gruesos, arrugados, osificados a trozos, del viejo general se entrelazaban, y aquellas manos entremezcladas giraban con el platito, con un movimiento intermitente, por encima de la hoja de papel, sobre la cual estaban inscritas todas las letras del alfabeto. El platito respondía a la pregunta formulada por el general de saber cómo las almas se reconocen después de la muerte.

En el momento en que uno de los ordenanzas, que hacía funciones de ayuda de cámara, entraba con la tarjeta de Nejludov, el alma de santa Juana de Arco, que hablaba por medio del platito, acababa ya de decir: «Se reconocen entre ellas...», y aquello había sido anotado. El platito se había detenido sobre la letra P, luego sobre la O y, llegado a la S, había cesado de girar, oscilando de derecha a izquierda. Y vacilaba porque, según el general, la letra siguiente debía de ser una L. A su juicio, santa Juana de Arco debía de decir que las almas se reconocerán solamente después de (poslié) su purificación, o algo parecido; el artista, por su parte, pretendía que la letra siguiente debía de ser V y que santa Juana de Arco quería decir que las almas se reconocerán por la luz (posvetu) que se desprenderá de sus cuerpos etéreos.

Frunciendo con aire malhumorado sus espesas cejas blancas, el general mantenía los ojos fijos en sus manos y, persuadido de que el platito se movía por su cuenta, lo atraía hacia la L, en tanto que el pálido artista, con su ralos cabellos colgando detrás de las orejas, miraba, con sus mates ojos azules, el rincón sombrío de la estancia y, moviendo nerviosamente los labios, atraía al platito hacia la V. El general frunció la frente, disgustado de que lo molestaran; luego, después de un instante de silencio, recogió la tarjeta de Nejludov, se puso los lentes y, quejándose de los riñones, se levantó con su impresionante estatura y se frotó los entumecidos dedos.

-Hágalo entrar en mi despacho.

-Permítame vucencia. Acabaré yo solo- dijo el artista, poniéndose en pie-. Noto que vuelve el fluido.

-Está bien, acabe usted solo- respondió el general con su voz severa; luego, con su paso igual y resuelto, se dirigió a su despacho.

-Me alegro de verlo- dijo a Nejludov, pronunciando con voz ronca palabras amables a indicándole una butaca cerca de su mesa-. ¿Lleva usted mucho tiempo en Petersburgo?

Nejludov respondió que no.

-¿Y su señora madre, la princesa, sigue bien?

-Mi madre murió.

-¡Perdóneme! Estoy verdaderamente desolado. Mi hijo me dijo que se había encontrado con usted. El hijo del general seguía la misma carrera que su padre, y, salido de la Escuela de Guerra para entrar en la Oficina de Información, estaba muy orgulloso de los trabajos que le confiaban. Tenía atribuciones en el servicio del espionaje.

-¡Ah, sí, hice el servicio con el padre de usted! Fuimos amigos, camaradas. ¿Y usted, está en el servicio?

No, no estoy en el servicio.

El general tuvo un movimiento desaprobador de cabeza.

-Tengo un ruego que hacerle, general- dijo Nejludov.

-¡Ah, ah! Muy bien. ¿Y en qué puedo servirle?

-Si mi ruego le parece inoportuno, tenga la bondad de disculpármelo. Pero me creo en la obligación de formularselo.

-¿De qué se trata?

-Entre los detenidos confiados a la custodia de usted se encuentra un tal Gurkevitch. Su madre desea verlo y, en caso de que eso sea imposible, solicita poderle mandar al menos libros.

Ante estas palabras de Nejludov, el general no expresó ni contento ni descontento: se limitó a inclinar la cabeza, en actitud de reflexión. A decir verdad, no reflexionaba en modo alguno y ni siquiera se interesaba por la petición de Nejludov, sabiendo de antemano que le respondería conforme a las órdenes. Simplemente dejaba descansar su espíritu, sin fatigarlo con pensamiento alguno.

-Es que nada de eso depende de mí- respondió-. Un reglamento imperial determina las condiciones de las visitas. En cuanto a los libros, tenemos aquí una biblioteca: se da a los detenidos los libros que están autorizados.

-Sí, pero él tiene necesidad de obras científicas; querría estudiar.

-No crea usted nada de eso.- Y el general se calló-. No es para estudiar- continuó-; sino simplemente para soliviantar a la gente.

-Pero es que en su penosa situación les hace falta un quehacer cualquiera- dijo Nejludov.

-Siempre están quejándose- replicó el general-. ¿Dejaremos de conocerlos nosotros?

Hablaba siempre de ellos como de una raza de hombres mala y colocada aparte.

-La verdad es que en ninguna cárcel encontraría usted las comodidades que ellos tienen aquí- prosiguió.

Y se puso a describir con pormenores aquellas «comodidades»; al oírlo, se habría podido suponer que la detención de los presos en la fortaleza tenía por único objeto proporcionarles un descanso agradable.

-Antiguamente, es verdad que los trataban con bastante dureza, pero hoy se los trata lo mejor posible. Para comer se les dan tres platos y siempre uno de carne: picadillo o albóndigas. Los domingos, añadimos un plato suplementario, un postre. ¡Ojalá todos los rusos estuvieran alimentados como lo están ellos!

Una vez arrastrado por su tema, el general, siguiendo la costumbre de los viejos, repetía cosas dichas cien veces para demostrar la ingratitud de los presos.

-En cuanto a los libros- decía-, disponemos para ellos de obras religiosas y también de revistas viejas. Tenemos toda una biblioteca; a menudo incluso fingen interesarse por la lectura, y poco tiempo después nos devuelven los libros sin haber cortado las páginas, y que no han tocado en absoluto. En cuanto a los libros viejos, ni siquiera los hojean; para convencernos de eso, con frecuencia hemos puesto una señal casi invisible- añadió el general con semblante risueño-. Tampoco se les prohíbe escribir. A este efecto les proporcionamos pizarras, sobre las cuales pueden entretenerse en escribir, borrar, escribir de nuevo..., pero tampoco eso va con ellos. Sólo al principio muestran un poco de agitación; después, engordan y cada vez se hacen más tranquilos- decía el general sin ni siquiera darse cuenta del terrible significado de sus palabras.

Nejludov escuchaba aquella voz cascada, examinaba aquellos miembros fofos, aquellos párpados hinchados bajo las cejas hirsutas, aquellas mejillas colgantes y rasuradas, sostenidas por el cuello militar; aquella crucecita blanca de la que aquel hombre se sentía tan orgulloso porque era la recompensa de una cruel carnicería en masa; y Nejludov comprendía que era inútil explicar nada a un hombre semejante.

Hizo sin embargo un esfuerzo para hablarle de otro asunto: de la presa Schustova, respecto a la cual le habían dicho que se había cursado la orden para que la pusieran en libertad.

-¿Schustova? ¿Schustova...? No los conozco a todos por el nombre. Son tan numerosos...- respondió con aire de reprocharles aquella abundancia.

Tocó la campanilla y dijo que llamasen al secretario. Mientras iban a buscar a éste, aconsejaba a Nejludov que volviese a entrar en el servicio, diciendo que los hombres honrados y honorables, y él se contaba entre ellos,

eran indispensables para el zar... y para la patria- añadía, evidentemente sólo por la sonoridad de la frase.

Así, he aquí que yo soy viejo, y sigo sirviendo mientras me lo permitan mis fuerzas.

El secretario, un hombre enjuto, de ojos inquietos y malignos, entró a informo que Schustova estaba detenida en un recinto fortificado y que ninguna orden había llegado respecto a ella.

-En cuanto la recibamos, la pondremos en libertad el mismo día; no solemos retenerlos. No procuramos en absoluto prolongar su visita- dijo el general con un nuevo intento de sonrisa estúpida que consiguió únicamente dibujar una mueca en su viejo rostro.

Nejludov se levantó, costándole gran trabajo disimular la repulsión, mezclada con lástima, que le inspiraba aquel horrible viejo. Y éste consideraba que por su parte no debía mostrarse demasiado severo con el hijo descarriado de su antiguo camarada y creía su deber darle una lección.

-¡Adiós, querido mío! No tome a mal lo que le digo; es por pura amistad; pero no se mezcle usted en los asuntos de nuestros presos. No hay ninguno que sea inocente. Todos son unos depravados y nosotros los conocemos muy bien- dijo con un tono que no dejaba lugar a dudas.

Y él no dudaba, en efecto; no porque fuese la realidad, sino porque, en el caso contrario, lejos de considerarse un bravo héroe que acaba dignamente una vida ejemplar, habría tenido que reconocerse un miserable que vendió su conciencia y continuaba vendiéndola durante su vejez.

-Y, créame, lo mejor es estar en el servicio. El zar tiene necesidad de gente honrada..., la patria también... Piense un poco en lo que ocurriría si yo, si todos los hombres de nuestra índole, no prestáramos servicio. ¿Qué quedaría entonces? Sería tanto como desaprobamos las instituciones, sin querer nosotros mismos ayudar al gobierno.

Nejludov suspiró, se inclinó profundamente, estrechó la manaza anquilosada del anciano y se retiró.

Después de un movimiento de cabeza desaprobador, el general se frotó los riñones y volvió al saloncito donde lo aguardaba el joven artista que había anotado ya la respuesta de santa Juana de Arco. El general se caló los lentes y leyó: «...se reconocen una a otra según la luz que se desprende de su cuerpo etéreo...»

-¡Ah!- exclamó el general, cerrando los ojos con satisfacción-. Pero si la luz es la misma para todas, ¿cómo es posible distinguirla?- preguntó. Y entremezclando de nuevo sus dedos con los del artista, volvió a sentarse ante

la mesita.

El cochero de Nejludov franqueó la puerta de la fortaleza.

- ¡Ah, barin, cómo se aburre uno aquí!- dijo-. Por poco me marchó sin esperarlo.

Sí, se aburre uno convino Nejludov, respirando a pleno pulmón y fijando, para calmarse, los ojos en las vaporosas nubes que pasaban por el cielo, así como sobre el espejeo del Neva sobre el cual se deslizaban barcas y vapores.

XX

El día siguiente era el fijado para el examen del asunto de Maslova, y Nejludov se dirigió al Senado. Ante la majestuosa escalinata del palacio, donde estaban ya alineados numerosos coches, encontró al abogado, que asimismo acababa de llegar. Después de subir la suntuosa escalera hasta el segundo piso, el abogado, que conocía las interioridades del lugar, se dirigió hacia la puerta de la izquierda, sobre la cual estaba pintada la fecha de la promulgación del nuevo código. En el vestíbulo principal se quitaron los abrigos, y, habiéndose enterado por el portero de que todos los senadores estaban allí y que el último acababa de llegar, Fánarin, de frac y corbata blanca sobre una pechera almidonada, pasó con suficiencia y aire jovial a la habitación contigua. Allí se encontraban: a la derecha, un gran armario y una mesa; a la izquierda, una escalera de caracol por la que bajaba en aquel momento un funcionario de elegante uniforme y con la cartera bajo el brazo. La atención general se centraba en un viejecito de aspecto patriarcal, de largos cabellos blancos y chaqueta y pantalones grises; dos escribientes permanecían ante él en una actitud particularmente respetuosa. El viejecito entró en el armario guardarropa y desapareció allí.

Mientras tanto, Fanarin, que había divisado a uno de sus colegas, igualmente de frac y con corbata blanca, entabló con él una animada conversación mientras Nejludov examinaba a los que se encontraban en la sala. Había allí una quincena de personas, entre ellas dos señoras: una muy joven, con impertinentes; la otra ya encanecida. Aquel día tenían que examinar un asunto de difamación cometida por medio de la prensa, lo que había atraído a un público más numeroso que de costumbre, perteneciente en su mayor parte al mundo de los periodistas.

El ujier, un hombre soberbio y rubicundo, vestido con un imponente uniforme y que llevaba un papel en la mano, se acercó a Fanarin para preguntarle en qué asunto debía abogar. Al enterarse de que se trataba del

asunto de Maslova, tomó nota y se alejó. La puerta del armario se abrió y salió de él el viejecito de aspecto patriarcal, no ya con chaqueta, sino vistiendo un uniforme adornado de galones y de pasamanería que lo hacían parecerse a un pájaro.

Por lo demás, aquel disfraz ridículo debía de molestarle a él también, porque atravesó la habitación más rápidamente que de costumbre.

-Es Be, un hombre respetable- dijo el abogado a Nejludov.

Y después de haber presentado este último a su colega, habló del asunto que se iba a juzgar y que, a su juicio, era muy interesante.

Pronto se abrió la sesión. Nejludov penetró en la sala con el resto del público. Todo el mundo, incluyendo a Fanarin, se acomodó en la habitación reservada al público, detrás de la rejilla. Sólo la franqueó el abogado de Petersburgo y fue a sentarse ante un pupitre. La sala era menos amplia y de una ornamentación más simple que la de la Audiencia Provincial. Se distinguía de ésta en que la mesa a la que estaban sentados los senadores estaba cubierta, en lugar de con paño verde, con terciopelo color de cereza galoneado de oro. Se veían allí los atributos habituales de las cámaras de justicia: la estatua vendada, el icono y el retrato del soberano. El ujier, también él todo solemne, anunció:

-¡El tribunal!

Inmediatamente todo el mundo se puso en pie; al punto entraron los senadores con uniforme de gala, quienes pasaron a sentarse en sus sillones de alto respaldo y, apoyando los codos en la mesa, trataron de adoptar una actitud natural.

Los senadores eran cuatro: el presidente, Nikitin, un hombre sin barba, de rostro alargado y ojos de acero; Wolff, con los labios significativamente apretados, que hojeaban el sumario con sus blancas y pequeñas manos; Skovorodnikov, alto, pesado, marcado el rostro por la viruela, y sabio jurista, y, final-mente, Be, el viejecito de aspecto patriarcal, que había llegado el último. Detrás de los senadores entraron el escribano en jefe y el sustituto del fiscal general, joven, enjuto, rasurado, con una tez sombría y ojos negros llenos de tristeza. A pesar de la extraña vestimenta que llevaba y aunque no se hubiesen vuelto a ver desde hacía seis años, Nejludov reconoció en él a uno de sus mejores condiscípulos de la universidad.

-¿No se llama Selenin el fiscal?- preguntó al abogado.

-Sí, ¿por qué?

-Lo conozco mucho: es un hombre excelente.

-Y un buen fiscal interino, muy enterado. A él es a quien debía usted

haberle pedido su apoyo- dijo el abogado.

-¡Oh, éste no actuará nunca más que de acuerdo con su conciencia!- dijo Nejludov, acordándose de sus relaciones íntimas con Selenin y de las cualidades encantadoras de pureza, honradez y corrección de éste, en el mejor sentido de la palabra.

-Por lo demás, ahora sería demasiado tarde- murmuró Fanarin, dedicando ya toda su atención al asunto.

Nejludov se puso a escuchar igualmente, esforzándose en comprender lo que ocurría ante sus ojos. Pero, lo mismo que en la Audiencia Provincial, chocaba con el procedimiento mismo de la discusión, que versaba no sobre el fondo, sino sobre circunstancias accesorias del proceso. La causa de aquel juicio era un artículo de periódico denunciando la malversación del presidente de una sociedad montada por acciones. Parecía evidente que lo importante habría sido investigar primeramente si en verdad había existido robo y, en caso afirmativo, poner fin a aquello. Pero de eso, ni una sola palabra. Se discutió sobre la cuestión de saber si tal o cual párrafo del código daba derecho al director del periódico para imprimir el artículo de su colaborador y, una vez impreso, si había habido difamación o calumnia, y, además, si difamación implica calumnia, y la calumnia implica difamación; luego, otras innumerables cosas muy poco- inteligibles para el común de los mortales, respaldadas por una multitud de artículos y de acuerdos tomados por todas las cámaras reunidas.

Nejludov comprendió sin embargo que Wolff, ponente del asunto, quien la víspera misma le había dado a entender muy claramente que el Senado no tenía nunca que juzgar sobre el fondo, se empeñaba por el contrario en invocar argumentos de fondo para hacer anular la sentencia del tribunal de apelación, en tanto que Selenin, tan frío de ordinario, sostenía con el mismo ardimiento la tesis opuesta.

Aquel calor de Selenin, notado por Nejludov, procedía de que consideraba al presidente de la sociedad anónima como a un hombre poco escrupuloso y a que se había enterado de la presencia de Wolff en una comida suntuosa ofrecida por aquel financiero casi en vísperas del proceso. Como hoy Wolff exponía el asunto con una gran prudencia, pero con una parcialidad no menos evidente, Selenin se animó y expresó su opinión con un nerviosismo exagerado en aquellas circunstancias. Visiblemente, sus palabras chocaron a Wolff, quien enrojeció, hizo gestos de sorpresa y, con aire digno y vejado, se retiró con los demás senadores a la sala de deliberaciones.

-¿Por qué caso viene usted?- preguntó de nuevo el ujier a Fanarin en cuanto los senadores hubieron salido.

-¡Pero si ya se lo he dicho: el caso Maslova!

-Está bien. El caso debe verse hoy, pero...

-¿Qué pasa?

Mire, este asunto había que resolverlo sin que estuviese en presencia el abogado defensor; por tanto es dudoso que los señores senadores salgan de su cámara después de dictada la sentencia. Pero lo anunciaré a usted.

-¿Cómo? ¿Qué quiere decir eso?

-Lo anunciaré, lo anunciaré, diré que está usted aquí.

Y el ujier tomó nota en un papel.

En efecto, los senadores tenían la intención, después de haber pronunciado su veredicto en el asunto de difamación, de terminar los otros asuntos, incluyendo el de Maslova, sin salir de su sala de deliberaciones, fumando y tomando el té.

XXI

Una vez sentados los senadores ante su mesa de deliberaciones, Wolff, con animación, se puso a exponer los motivos adecuados para anular la sentencia.

El presidente, ya de por sí poco benévolo, se encontraba peor dispuesto aquel día. Durante el curso de la sesión había previamente paralizado su opinión y se engolfaba ahora en sus pensamientos sin escuchar a Wolff. Ahora bien, sus pensamientos se concentraban sobre un pasaje de sus memorias, escrito la víspera, donde contaba cómo había sido suplantado por Vilianov en un puesto importante que anhelaba desde hacía mucho tiempo.

Este presidente Nikitin estaba, en efecto, íntimamente convencido del valor documental que tendría, para la Historia, su opinión sobre los altos funcionarios a los que se preciaba de conocer. En un capítulo redactado la víspera vituperaba a algunos de estos altos personajes, acusándolos, según su propia expresión, de haberle impedido salvar a Rusia de la ruina a la que la arrastraban los dirigentes actuales; y eso significaba que le habían impedido apelar a un tratamiento mucho más enérgico. De momento se preguntaba si su redacción era bastante clara para que, gracias a él, todos aquellos hechos llegasen a la posteridad con una significación completamente nueva.

-Desde luego- respondió, sin escucharlo, a Wolff, que le había dirigido la palabra.

Be, por su parte, escuchaba a Wolff con tristeza, dibujando guirnalda sobre un papel colocado delante de él. Este Be era un liberal de la más pura cepa. Conservaba cuidadosamente las tradiciones del decenio de 1860, y, si se apartaba de su rigurosa imparcialidad, era siempre en un sentido liberal. En esta ocasión, además de que el financiero pleiteante era un hombre poco honrado, Be estaba a favor de la confirmación de la sentencia, porque aquella acusación de libelo esgrimida contra un periodista restringía la libertad de prensa.

Cuando Wolff hubo terminado su argumentación, Be, abandonando su guirnalda, se puso a hablar con melancolía (su tristeza se la causaba el hecho de tener que pasar por semejantes trivialidades), y con una voz dulce, agradable, demostró con evidencia y simplicidad lo mal fundado de la queja; luego bajó su blanca cabeza y continuó dibujando su guirnalda.

Skovorodnikov, sentado frente a Wolff y constantemente ocupado en meterse en la boca los pelos de su bigote y de su barba, intervino, en cuanto Be terminó de hablar, para declarar con voz alta y agresiva que, aunque el presidente de la sociedad anónima fuese un perfecto canalla, no por eso dejaba él de tener la opinión de que se casase la sentencia, si existían vicios de procedimiento. Pero como no existía ninguno, se puso del lado de Iván Semionovitch (Be), satisfecho por aquel picotazo que asestaba a Wolff. El presidente, habiéndose atenido a la opinión de Skovorodnikov, dio como resultado que la queja estaba mal fundada.

Wolff se sentía tanto más descontento cuanto que, por diversas alusiones, había comprendido que sus colegas sospechaban en él una cierta parcialidad. Por eso, adoptando un aire indiferente, abrió el legajo del asunto Maslova y se engolfó en él. Los senadores, después de haber llamado para pedir té, encauzaron la conversación sobre un tema que casi con el mismo interés que el duelo de Kamensky preocupaba a todo Petersburgo. Un director de ministerio había sido sorprendido en el flagrante delito de cometer un acto previsto en el artículo 955.

-¡Qué porquería!- dijo Be con repugnancia.

-¿Qué encuentra usted en eso de malo? Le mostraré en nuestra literatura el proyecto de un autor alemán que propone tranquilamente que el casamiento entre hombres no se considere un crimen- replicó Skovorodnikov, aspirando con avidez el humo de un cigarrillo arrugado que sujetaba entre la palma de la mano y la raíz de los dedos, y estallando en una gran risotada.

-¡No es posible!- exclamó Be.

-Ya se lo enseñaré- respondió Skovorodnikov, citando el título completo de la obra, la tirada y el lugar de edición.

-Se asegura que va a ser enviado como gobernador a no sé qué parte, en el fondo de Siberia dijo Nikitin.

-Será algo perfecto. Me estoy imaginando al obispo que sale a su encuentro con la cruz. No haría falta más sino que el obispo fuera demasiado comprensivo- dijo Skovorodnikov, arrojando su colilla en el platillo.

Luego apresó en la boca todo lo que pudo de su barba y de su bigote y se puso a masticar.

En aquel momento, el ujier entró en la sala de deliberaciones para advertir a los senadores que el abogado y Nejludov deseaban asistir al examen de la instancia de Maslova.

-He aquí el asunto: ¡es todo una novela!- dijo Wolff, quien contó a sus colegas lo que sabía de las relaciones entre Nejludov y Maslova.

Cuando hubieron hablado, fumado cigarrillos y bebido té, los senadores volvieron a entrar en la sala de sesiones y dieron a conocer su decisión respecto al asunto de libelo; luego pasaron a examinar el de Maslova.

Con su voz meliflua, Wolff emitió un informe muy claro sobre la solicitud de casación presentada por Maslova, y de nuevo, con una parcialidad visible, manifestó el deseo de que la sentencia quedase anulada.

-¿Tiene usted algo que añadir?- preguntó el presidente volviéndose hacia Fanarin.

Este se levantó, alisó la inmaculada pechera de su camisa y, metódicamente, con una precisión y una convicción notables, se puso a probar que los debates de la Audiencia Provincial habían presentado seis puntos contrarios a la interpretación exacta de la ley; luego se permitió rozar el fondo del asunto, a fin de demostrar hasta qué punto el veredicto de la Audiencia Provincial había sido de una injusticia flagrante. Bajo el tono breve pero firme de su discurso parecía excusarse por tener que insistir sobre aquello ante los señores senadores, que con su perspicacia y su sabiduría jurídicas veían y comprendían mejor que él; pero su deber lo obligaba a hacerlo. Después de aquel alegato, parecía que era imposible dudar de la anulación de la sentencia. Cuando Fanarin hubo terminado, tuvo una sonrisa de triunfo, y esa sonrisa proporcionó a Nejludov la certidumbre del éxito. Pero al mirar a los senadores, vio que Fanarin era el único que sonreía y que triunfaba. Porque ellos y el fiscal interino estaban lejos de sonreír y de triunfar: tenían, por el contrario, el aire aburrido de la gente que pierde el tiempo, y todos parecían decir al abogado: «Siga hablando. Ya hemos escuchado a otros muchos, y es perfectamente inútil.»

Su satisfacción apareció simplemente cuando el abogado concluyó y dejó

de importunarlos. El presidente concedió a continuación la palabra al sustituto del fiscal general. Pero Selenin se limitó a declarar brevemente, aunque con claridad y precisión, que los diversos motivos de casación invocados estaban mal fundados y que la sentencia debía ser mantenida, tras de lo cual los senadores se levantaron y se retiraron para deliberar.

De nuevo se dividieron las opiniones: Wolff insistía a favor de la casación; Be, que había sido el único que había comprendido de qué se trataba, opinaba en el mismo sentido y presentaba a sus colegas un vívido cuadro del error de los jurados. Nikitin, partidario como siempre de la severidad en general y de las formas en particular, se oponía a la casación. Todo quedaba, pues, subordinado al voto de Skovorodnikov. Pero éste se opuso a la casación, principalmente porque el proyecto de Nejludov de casarse con aquella mujer por imperativos de su conciencia moral, lo escandalizaba hasta el más alto punto.

Skovorodnikov era materialista, darwinista; cualquier manifestación de la moral abstracta, y con más motivo de la moral religiosa, le parecía no solamente una vil insania, sino casi una injuria personal. Todos aquellos avatares con semejante prostituta, la defensa de ésta ante el Senado por un abogado de renombre, y la presencia misma de Nejludov, todo aquello le repugnaba. Por eso, metiéndose la barba en la boca y haciendo muecas, fingiendo con una naturalidad perfecta no saber nada del asunto, sino tan sólo que los motivos de casación eran insuficientes, opinó, como el presidente, que la petición no debía aceptarse.

En consecuencia, la instancia de Maslova fue rechazada.

XXII

-¡Pero es horrible!- exclamó Nejludov saliendo con el abogado a la sala de espera-. En un asunto de una claridad tal, respetan la forma y rechazan... ¡Es espantoso!

-El asunto se ha presentado mal- respondió el abogado.

-¡Y el mismo Selenin opuesto a la casación! ¡Es terrible!- exclamó Nejludov-. ¿Qué hacer ahora?

-Presentar un recurso de gracia. Ocúpese de eso usted mismo mientras está aquí. Voy a redactárselo.

En aquel momento, el senador Wolff, con su uniforme atiborrado de cruces, entró en la sala y se acercó a Nejludov.

-¿Qué hacer, querido príncipe? Los motivos de casación eran insuficientes- dijo, encogiendo sus estrechos hombros y bajando los párpados. Y pasó de largo.

Detrás de Wolff apareció Selenin, quien se había enterado por los senadores de la presencia de su antiguo amigo Nejludov.

-No esperaba encontrarte por aquí- le dijo, con una sonrisa en los labios mientras sus ojos seguían tristes.

-Y, por mi parte, ignoraba que fueses fiscal general.

-Sustituto- rectificó Selenin-. ¿Cómo es que estás en el Senado?- preguntó.

He venido con la esperanza de encontrar aquí justicia y piedad para una desgraciada mujer condenada injustamente.

-¿Qué mujer?

-Pues esa cuyo destino acabáis de decidir.

-¡Ah, el asunto Maslova!- recordó Selenin-. Su instancia carecía de fundamento.

-No se trataba de su instancia, sino de ella misma. Es inocente, y la castigan.

Selenin exhaló un suspiro.

-Sí, es posible, pero...

No solamente posible; es rigurosamente cierto.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque yo formaba parte del jurado. Y sé que nuestro veredicto adolecía de error.

Selenin reflexionó un instante.

-Había que haberlo declarado en seguida- dijo.

-Lo declaré.

-Había que haberlo inscrito en el proceso verbal. Si ese motivo hubiese venido adjunto a la instancia...

-¡Pero bastaba examinar el asunto para ver la incoherencia del veredicto!- exclamó Nejludov.

-El Senado no tenía derecho para decirlo. Si se arriesgaba a anular una sentencia basándose sobre el modo como concibe la rectitud de ésta, no solamente podría suceder que a veces aumentase la parte de injusticia- replicó Selenin, pensando en Wolff y en el asunto que se acababa de juzgar-, sino que

las decisiones de los jurados no tendrían ya razón de ser.

-Todo lo que sé es que esta mujer es inocente y que en lo sucesivo se ha perdido para ella toda esperanza de escapar a un castigo monstruoso. ¡La justicia suprema ha confirmado una flagrante injusticia!

-En modo alguno; no ha confirmado nada, puesto que no tenía que juzgar el asunto a fondo- arguyó Selenin, dejando pasar una mirada entre los párpados entornados.

Selenin, siempre muy ocupado y frecuentando poco el mundo, ignoraba sin duda la novela de Nejludov. Habiéndolo notado éste, juzgó inútil hablarle de sus relaciones particulares con Maslova.

-Probablemente te habrás alojado en casa de tu tía, ¿no?- preguntó Selenin con objeto de cambiar de conversación-Me dijeron ayer que estaban aquí. La condesa me invitó la otra noche a asistir contigo, en su casa, a la conferencia del nuevo predicador- añadió con la sonrisa en los labios.

-Estuve allí, en efecto, pero el desagrado hizo que me alejara dijo Nejludov con malhumor, descontento por el hecho de que Selenin se hubiese puesto a hablar de otra cosa.

¿Disgustado por qué? Por limitado y fanático que sea eso, no deja de ser manifestación de un sentimiento religioso.

-¡Vamos! ¡Una monstruosa locura!- exclamó Nejludov.

-Nada de eso. Lo extraño y molesto es el hecho de que nuestra ignorancia de los preceptos de la Iglesia es tal, que la exposición de nuestros dogmas fundamentales nos parece una novedad- dijo Selenin como si tuviese prisa en expresarle a su antiguo amigo opiniones tan insólitas.

Nejludov lo examinó con una mezcla de atención y de sorpresa mientras Selenin bajaba los ojos, que expresaban no solamente tristeza, sino casi hostilidad.

-¿Tú crees, pues, en los dogmas de la Iglesia?- le preguntó Nejludov.

-Desde luego, creo en ellos- respondió Selenin, mirando a Nejludov con una mirada recta pero apagada.

-¡Qué cosa más rara!- murmuró éste suspirando.

-Por lo demás, volveremos a hablar de eso otra vez- continuó Selenin-. Ya voy- dijo al ujier, que se le había acercado con aire respetuoso-. Es absolutamente preciso que volvamos a vernos, pero, ¿cuándo volveré a encontrarte? A mi me encontrarás siempre cenando a las siete en la calle Nadejdinskaia.- E indicó el número-. ¡Vaya, cuánta agua ha pasado bajo los puentes desde nuestra última conversación!- acabó, antes de alejarse,

sonriendo solamente con los labios.

-Iré a verte si me es posible- respondió Nejludov.

Pero en el fondo de sí mismo comprendía que Selenin, antes tan querido y tan próximo, se convertía para él, después de esta breve conversación, no solamente en un ser extraño e incomprensible, sino hostil.

XXIII

En la época en que Nejludov era estudiante con Selenin, éste era un hijo excelente, un fiel camarada, y, para su edad, un hombre de mundo muy instruido, de un tacto perfecto, siempre elegante y guapo y al mismo tiempo franco y honrado. Estudiaba con facilidad, sin la menor pedantería, y obtenía medallas de oro por sus trabajos. El objetivo de su joven vida era servir a los hombres, no solamente con palabras, sino con actos. Y no se representaba esta misión de otra manera que bajo la forma de servicio al Estado. Así, apenas terminados sus estudios, examinó metódicamente todos los géneros de actividad a los que podía dedicarse; y tras decidir que podría emplear con la mayor utilidad sus facultades en la segunda sección de la cancillería imperial privada, que tenía entre sus atribuciones la redacción de las leyes, allí fue donde entró.

A pesar del más estricto y más escrupuloso cumplimiento de todo lo que exigía de él su función, no encontró allí ni la satisfacción de ser útil conforme a su deseo, ni la conciencia de cumplir con su deber. Este descontento de sí mismo se sumó además a consecuencia de sus tirantezas con su jefe inmediato, hombre mezquino y vanidoso. Tuvo, pues, que abandonar la cancillería privada para entrar en el Senado, donde se sintió más a sus anchas. Pero el mismo descontento lo perseguía allí; porque no dejaba de sentir que lo que hacía no era lo que habría querido hacer, no era lo que habría debido ser.

Durante su servicio en el Senado, sus parientes habían obtenido para él el nombramiento de gentilhombre de Cámara, y había tenido que ir, con uniforme bordado, delantal de tela blanca, y en calesa, a presentarse en casa de numerosas personas para darles las gracias por haberlo elevado a la dignidad de lacayo. A pesar de todos sus esfuerzos, no pudo encontrar una explicación razonable para este cargo. Y, más aún que sus servicios de funcionario, sentía que « no era eso». Sin embargo, por una parte, no podía rehusar aquel nombramiento, so pena de entristecer a los que estaban persuadidos de haberle hecho un gran favor; por otra parte, aquello halagaba los instintos inferiores de su propia naturaleza, y se sentía encantado de ver reflejarse en el espejo su

uniforme bordado de oro y gozar del respeto provocado en algunas personas por aquel nuevo título.

Lo mismo le había ocurrido en cuanto a su casamiento. Desde el punto de vista mundano, le habían encontrado un brillante partido. Se había casado principalmente por la misma razón de que al negarse habría ofendido o apenado, tanto a la novia, que deseaba aquel casamiento, como a los que lo habían arreglado, y porque la unión con una joven de buena familia, por lo demás encantadora, halagaba su amor propio y le resultaba agradable. Pero, menos aún que su empleo y su cargo en la corte, su matrimonio «no era eso». Después del primer hijo, su mujer no había querido tener más y había empezado a llevar una existencia mundana y agitada en la que, a pesar suyo, él debía tomar parte.

No muy bonita, su mujer le era fiel, y aunque no extraía de su vida mundana más que una extrema fatiga, se sometía a ella con puntualidad, envenenando al mismo tiempo la existencia de su marido.

Todas las tentativas de éste por cambiar cualquier cosa en aquello chocaban contra una certidumbre firme como una roca en su mujer, sostenida además por sus parientes y sus amigos, en el sentido de que era así como había que vivir.

La hija, una niña de largos bucles dorados, de pantorrillas desnudas, era un ser completamente extraño para su padre, porque su educación no era en absoluto la que él habría deseado. Entre los esposos reinaba una incompreensión permanente, incluso la ausencia de todo deseo de comprenderse, una lucha sorda, silenciosa, oculta a los desconocidos y suavizada por las conveniencias. Todo esto hacía penosa para Selenin la vida de familia. Y ésta «no era eso», como no lo eran tampoco el matrimonio, el empleo y el cargo en la corte.

Pero, por encima de todo, lo que «no era eso» era la cuestión creencia. Como todos los hombres de su mundo y de su tiempo, había desgarrado sin el menor esfuerzo, por su desarrollo intelectual, los vínculos de las creencias religiosas que le había imbuido su educación, y ya ni él mismo se acordaba de en qué momento se había liberado de aquello. Hombre joven, honrado y serio en el tiempo de sus estudios universitarios y de su amistad con Nejludov, no hacía ningún secreto de la independencia que había conquistado en lo referente a los dogmas de la religión oficial.

Con los años y el ascenso en la jerarquía, y sobre todo después del período reaccionario que había sucedido al de liberalismo, esta libertad moral se le había convertido en una traba. Por un lado, la muerte de su padre, las ceremonias eclesiásticas que la habían acompañado, el deseo de su madre de verlo comulgar, deseo que respondía igualmente a las exigencias de la opinión

pública, y, por otra parte, su cargo de funcionario, lo habían obligado a cada instante a asistir a numerosas ceremonias religiosas: inauguraciones, acciones de gracias, etcétera, tanto, que raramente pasaba un día sin que tuviera que tomar parte en alguna manifestación exterior del culto. Al asistir a ellas, le era preciso pues: o fingir creer en lo que no creía, cosa que le estaba prohibida por la rectitud de su carácter, o bien considerar como mentiroso aquel culto exterior y organizar su vida de tal forma que no se viese obligado a participar en aquella mentira. Pero por poco importante que pudiese parecer una a otra de estas resoluciones, imponía muchas trabas: aparte de que habría tenido que verse en antagonismo continuo con todos sus parientes y las personas más próximas, le habría hecho falta cambiar enteramente su situación, abandonar su empleo y sacrificar todo aquel deseo que creía poder realizar ya en su función de ser útil a los hombres, con la esperanza de conseguirlo mejor en el porvenir. Y para hacer eso le habría hecho falta estar bien seguro de seguir el buen camino. Ciertamente que no podía ignorar que estaba en el camino recto al negar el principio de la Iglesia oficial; pero, bajo la presión de la vida ambiente, él, el hombre justo, se dejaba seducir por una ligera mentira diciéndose que para afirmar la irracionalidad de lo que es irracional, ante todo hacía falta estudiarlo. Era ésa una pequeña mentira, pero lo había llevado hacia la gran mentira en la que actualmente estaba sumido.

Inmediatamente después de haberse planteado la pregunta relativa a conocer la justeza de la ortodoxia en la que había nacido y había sido criado, cuya creencia estaba exigida por todo el mundo que lo rodeaba y sin la cual no podía continuar haciéndose útil a los hombres, no había recurrido a las obras de Voltaire, de Schopenhauer, de Spencer o de Comte, sino a los libros filosóficos de Hegel, a las obras religiosas de Vinet y de Jomiakov, y, naturalmente, había encontrado en ellas lo que buscaba: una apariencia de justificación de la doctrina religiosa en la que lo habían criado, aunque, desde hacía mucho tiempo, su razón no la admitiese ya, pero cuya aceptación debía apartar una serie de molestias que de otro modo llenarían su vida toda. Había hecho suyos todos los sofismas a los cuales se suele recurrir, a saber: que la razón de un solo individuo es incapaz de conocer la verdad; que la verdad no se revela más que al conjunto de los hombres; que el único medio de conocerla es la revelación; que la revelación está bajo la custodia de la Iglesia, etcétera. Y, desde aquel momento, sin tener conciencia de la mentira, podía asistir con toda tranquilidad a las misas, vísperas y maitines, y podía comulgar, persignarse ante los iconos y continuar su servicio de funcionario que le procuraba la satisfacción del deber cumplido y el consuelo de sus fastidios de familia.

Creía tener fe y, sin embargo, más que nunca, sentía con todo su ser que su fe aún «no era eso». De ahí que su mirada estuviera siempre llena de tristeza. Por eso, al divisar a Nejludov, al que había conocido antes de estar penetrado

ya por todas aquellas mentiras, volvió a verse tal como era en otros tiempos; y, en el momento en que aludió presurosamente a sus puntos de vista sobre la religión, sintió con más fuerza aún que «no era eso», y una pena desgarradora lo invadió. Es lo que sintió igualmente Nejludov en cuanto se hubo disipado la primera impresión gozosa de su encuentro con su antiguo amigo.

Y por eso, aun prometiéndose volver a verse, no procuraron ni uno ni otro llevar a cabo esa entrevista y no llegaron a encontrarse durante la estancia de Nejludov en Petersburgo.

XXIV

Al salir del Senado, Nejludov y el abogado caminaron juntos por la acera. El abogado, después de haber ordenado a su cochero que lo siguiese, le contó a Nejludov la aventura de aquel director de ministerio del que los senadores habían hablado entre ellos; le dijo cómo después de estar convicto de su crimen, en lugar de mandarlo a la cárcel, como exigía el código, iban a ponerlo a la cabeza de una provincia en Siberia. Luego, acabada aquella repugnante historia, contó aún, con un placer particular, cómo altos personajes habían robado el dinero recogido para erigir un monumento y que se quedó así inacabado, personajes ante los cuales habían pasado aquella misma mañana; cómo la amante de fulano ganaba millones en la Bolsa; cómo uno había vendido a su mujer y otro la había comprado; luego inició otro relato sobre las estafas y toda clase de crímenes cometidos por altos funcionarios que, lejos de estar en prisión, se hallaban instalados en los sillones presidenciales de diversas instituciones. El abogado parecía extraer de aquellos relatos (cuya fuente era por lo visto inagotable) una gran satisfacción: le permitían, en efecto, demostrar que los medios de que usaba él mismo para ganar dinero eran absolutamente legítimos e irreprochables en comparación con los que empleaban los más altos personajes de Petersburgo. Por eso fue grande su sorpresa cuando, en la mitad misma de una de sus anécdotas, vio que Nejludov se despedía de él y llamaba a un coche de punto para marcharse.

Nejludov estaba muy triste. Lo estaba sobre todo porque el Senado había confirmado el martirio insensato impuesto a la inocente Maslova, y también porque aquella condena hacía más difícil para él la realización de su proyecto de casamiento con ella. Su tristeza aumentaba aún por aquellas monstruosas historias sobre el mal imperante del que el abogado hablaba con tanta complacencia. En fin, seguía viendo la mirada glacial y hostil de Selenin, en otros tiempos tan afectuoso, tan franco y tan noble.

Cuando entró en casa de su tía, el portero le entregó, con un cierto matiz de

desdén, una carta que «cierta mujer», según su expresión, había traído para él. Era de la madre de Schustova y escribía que había venido a dar las gracias al «bienhechor», al «salvador» de su hija, y le suplicaba que fuera a verlas a la calle Vassili Ostrov, en el número tal, piso cual. Añadía que era por algo que interesaba a Vera Efremovna.

Le rogaba que no temiese un desbordamiento de gratitud, pues ni siquiera se hablaría de aquello, pero que simplemente se sentirían dichas pudiéndolo ver y, si era posible, al día siguiente por la mañana.

Había otra carta de uno de sus antiguos camaradas, ayudante de campo del emperador, Bogatyrev, a quien Nejludov le había rogado que entregase personalmente al soberano una solicitud dirigida por él en nombre de los sectarios. Con su gran letra firme, Bogatyrev le informaba que, según su promesa, entregaría en propias manos la instancia al emperador, pero que se le había ocurrido una idea. ¿No convendría más ir a ver primeramente al personaje del que dependía aquel asunto y solicitárselo?

Después de todas las impresiones experimentadas durante su estancia en Petersburgo, Nejludov se sentía profundamente desalentado. Los proyectos que había formado en Moscú se le aparecían ahora como esos sueños juveniles que se desvanecen al contacto con la vida real. Pero, de cualquier forma, consideró como un deber llevar a cabo todo lo que tenía que hacer en Petersburgo y decidió que, después de visitar a Bogatyrev, seguiría su consejo y al día siguiente iría a ver al personaje del que dependía el asunto de los sectarios. Mientras reflexionaba, sacó la solicitud de su cartera y se disponía a releerla cuando un lacayo vino a decirle que la condesa Catalina Ivanovna le rogaba que subiese para tomar el té.

Nejludov dijo que iría en seguida y, después de volver a meter la instancia en su cartera, subió a las habitaciones de su tía. Durante el trayecto distinguió por la ventana de la escalera el par de alazanes de Mariette parados delante de la casa; y de pronto sintió en el corazón un hálito de alegría y el deseo de sonreír.

Tocada esta vez con un sombrero claro y ataviada con un vestido de matices diversos, Mariette estaba sentada en una silla cerca de la butaca de la condesa; con una taza de té en la mano, charlaba, brillándole sus hermosos ojos risueños. En el instante en que Nejludov penetró en el salón acababa de decir algo tan gracioso y tan atrevido (Nejludov lo adivinó por su manera de reír), que a la buena condesa bigotuda Catalina Ivanovna la llenó de una alegría loca que sacudía su corpachón de pies a cabeza, mientras Mariette, con una expresión maliciosa, la risueña boca ligeramente contorneada y la cabeza enérgica y gozosa un poco ladeada, examinaba a su amiga sin decir nada.

Por algunas palabras, Nejludov comprendió que hablaban de aquella

segunda noticia que acaparaba actualmente las conversaciones de Petersburgo, el episodio del nuevo gobernador siberiano, a propósito del cual Mariette había contado un chiste tan gracioso que provocaba en la condesa aquella hilaridad tan prolongada.

-¡Me harás morir de risa!- exclamaba entre dos carcajadas.

Después de haberlas saludado, Nejludov se sentó cerca de ellas. Pero apenas había tenido tiempo para tomar a mal la ligereza de Mariette, cuando esta misma, notando la expresión severa de su rostro y deseando agradarle (deseo que le había entrado desde que había vuelto a verlo), modificó no sólo la expresión de su rostro, sino también su disposición de ánimo. Inmediatamente se puso seria, se sintió descontenta de su vida, llena de vagas aspiraciones, y todo esto con sinceridad, sin hipocresía y sin esfuerzo. Por instinto, se puso al unísono del estado de ánimo de Nejludov, aunque ella no habría podido definir exactamente en qué consistía.

Lo interrogó sobre el resultado de sus gestiones, y él contó el fracaso de sus esfuerzos en el Senado y su encuentro con Selenin.

-¡Ah, qué alma tan pura! ¡He ahí verdaderamente al chevalier sans peur et sans reproche...! ¡Qué alma tan pura!- exclamaron las dos damas, usando aquella designación con la que se conocía a Selenin en la buena sociedad.

-¿Cómo es su mujer?- preguntó Nejludov.

-¿Ella? No quiero juzgarla, pero no lo comprende. ¿Y también él ha sido de los que ha rechazado el recurso?- prosiguió Mariette con franca compasión-. ¡Es espantoso, y qué lástima me da de ella!- añadió con un suspiro.

Nejludov, con un pliegue en la frente y deseoso de cambiar de conversación, habló de Schustova, que acababa por fin de salir de la fortaleza. Después de haber dado las gracias a Mariette por su intervención, se disponía a decir lo horrible que era pensar en lo que había sufrido aquella pobre muchacha y su familia, simplemente porque nadie se había ocupado de ellos. Pero Mariette no lo dejó acabar y ella misma expresó toda su indignación.

-¡No me hable usted de eso!- exclamó-. En cuanto mi marido me dijo que la podían poner en libertad, tuve el mismo pensamiento que usted. ¿Por qué la han detenido entonces, si era inocente? ¡Es indigno, es indigno!- repitió, expresando así el pensamiento de Nejludov.

La condesa Catalina Ivanovna se dio cuenta en seguida de que Mariette coqueteaba con su sobrino, y eso la divirtió.

-¿Sabes lo que vas a hacer?- dijo a Nejludov-. Vas a venir con nosotras mañana por la noche a casa de Aline. Estará allí Kieseweter. Y tú también-

dijo a Mariette-. Il vous a remarqué- continuó, dirigiéndose a su sobrino-. Insiste en que todas las ideas que me has expuesto y que yo le he comunicado, son a sus ojos un signo excelente y que con toda seguridad no tardarás en venir a Cristo. ¡Es absolutamente necesario que asistas a la velada! Mariette, dile que venga y ven tú también.

-Pero, primeramente, condesa, no tengo ningún derecho para darle consejos al príncipe- replicó Mariette, cambiando con Nejludov una mirada que la ponía de acuerdo con él sobre la manera de entender las palabras de la condesa y sobre su evangelismo en general-. Y además, usted sabe que a mí no me gusta mucho...

-Sí, ya lo sé, tú eres diferente de las demás y piensas a tu modo sobre todas las cosas.

-¿Cómo a mi modo? Tengo la misma creencia que una simple campesina- replicó sonriendo-. Por otra parte-continuó-, mañana voy al teatro francés.

-¡Ah! ¿Has visto a esa...? ¿Cómo se llama?- preguntó la condesa.

Mariette indicó el nombre de una célebre actriz francesa.

-Tienes que ir a verla sin falta. ¡Es asombrosa!

-¿A quién debo ir a ver primero, tía? ¿A la actriz, o al predicador?- preguntó Nejludov con una sonrisa.

-Te lo ruego, no des un doble sentido a mis palabras.

-Creo que más vale ir a ver primero al predicador, y después a la actriz- continuó Nejludov-; de lo contrario, se podría perder todo el gusto por la predicación.

-No, vale más empezar por el teatro y arrepentirse después- dijo Mariette.

-Bueno, no os burléis de mí. ¡La predicación es la predicación, y el teatro es el teatro! Para salvarse no hay necesidad en absoluto de tener la cara larga de una beata y llorar sin cesar. Lo que hay que tener es fe, y entonces ya se es más que feliz.

-Pero, tía, usted predica mucho mejor que cualquier misionero.

-A propósito, mire usted- dijo Mariette después de un instante de reflexión-. Venga mañana a mi palco.

-Me temo no poder...

El lacayo interrumpió la conversación para anunciar a la condesa la visita del secretario de una obra de beneficencia de la que ella era presidenta.

-¡Oh, qué hombre tan insoportable! Voy a recibirlo un instante en el

saloncito y luego volveré con ustedes. Mariette, sírvele tú el té- dijo la condesa, alejándose con su paso rápido y ágil.

Mariette se quitó uno de sus guantes y dejó al desnudo una manecita alargada y vigorosa, llena de sortijas.

-¿Quiere usted?- preguntó a Nejludov, poniendo la mano, apartado el dedo meñique, sobre la tetera de plata calentada con alcohol.

Su rostro se puso grave y triste.

-Nada en el mundo me resulta tan penoso como pensar que algunas personas, cuya estimación me interesa mucho, me confundan con la posición en que me veo obligada a vivir- dijo.

Parecía estar a punto de echarse a llorar al pronunciar estas palabras. Y aquella frase, a pesar de su significado tan vago, le pareció a Nejludov llena de profundidad, de franqueza y de bondad, tanto lo impresionaba la mirada de los ojos centelleantes que acompañaba las palabras de la bonita y elegante joven.

Nejludov la contemplaba en silencio y no podía apartar sus miradas de aquel rostro.

-Usted cree quizá que yo ni lo comprendo a usted ni lo que le está pasando, ¿verdad? Lo que usted ha hecho, todo el mundo lo sabe: c'est le secret de Polichinelle. Estoy entusiasmada por eso, lo admiro y lo apruebo.

-Verdaderamente, no hay motivo alguno. Es muy poco lo que he hecho.

-¡No importa! Comprendo los sentimientos de usted y los de ella... Bueno, no le hablaré más de eso- se reportó, al creer notar un ligero descontento en el rostro de Nejludov . Y lo que comprendo también es que, habiendo visto de cerca el horror y los sufrimientos de esa vida de los presos- decía Mariette, adivinando con su instinto femenino todo lo que era para él precioso e importante, y con el único pensamiento de conquistarlo-, haya sentido usted el deseo de acudir en ayuda de esas víctimas de la crueldad y de la indiferencia de los hombres...

Comprendo que una persona pueda dedicar su vida a esa obra. Yo habría hecho lo mismo; pero cada cual tiene su destino...

-¿Es que no está usted satisfecha del suyo?

-¿Yo?- exclamó, como si la dejaran atónita al hacerle semejante pregunta-. Sí, debo estar satisfecha, y lo estoy. Pero hay un gusano roedor que se despierta.

-No hay que dejar que se duerma y hay que creer en esa voz dijo Nejludov, cayendo en la trampa.

Muy a menudo, posteriormente, sintió vergüenza al acordarse de aquella conversación, de aquellas palabras de Mariette que eran menos una mentira que una comedia; de aquel rostro de la joven que expresaba una atención falsamente enternecida mientras él le contaba los horrores de las cárceles y las impresiones de su contacto con los campesinos.

Cuando la condesa volvió, Mariette y Nejludov hablaban no solamente como viejos amigos, sino como amigos íntimos, únicos en comprenderse entre la multitud que los rodeaba.

Su conversación versaba sobre la injusticia de los poderosos, los sufrimientos de los débiles, la miseria del pueblo; pero en realidad, bajo el murmullo de las palabras, sus ojos no cesaban de interrogarse mutuamente: «¿Puedes amarme?», y de responder: « ¡Puedo! » Y el deseo sexual, revistiendo las formas más insospechadas y más radiantes, los atraía mutuamente.

Antes de marcharse, Mariette repitió a Nejludov que siempre tendría el mayor agrado secundándolo en sus proyectos; insistió para que fuese, aunque sólo fuera un momento, a verla al día siguiente por la noche, en su palco, en el teatro, donde tendría que hablarle, aseguraba ella, de un asunto muy importante.

-Por lo demás, ¿quién sabe cuándo volveremos a vernos?- suspiró ella al mismo tiempo que se ponía con precaución el guante en su mano cubierta de sortijas-. Prométame que vendrá.

Nejludov se lo prometió.

Aquella noche, una vez solo en su habitación, se acostó, apagó la vela y tardó mucho tiempo en dormirse. Al acordarse de Maslova, de la decisión del Senado, de su proyecto de seguirla a todas partes, del abandono de sus tierras, veía, en respuesta a estos pensamientos, alzarse ante él el rostro de Mariette, su suspiro y su mirada cuando ella le había dicho: « ¿Quién sabe cuándo volveremos a vernos? » Y él volvía a ver tan clara, tan vivamente aquella sonrisa, que, durante la noche, también él se sorprendió a veces sonriendo. «¿Haré bien marchándome a Siberia? ¿Haré bien despojándome de toda mi fortuna?», se preguntaba.

Y eran vagas las respuestas que se presentaban a su espíritu, en aquella clara noche de Petersburgo que se filtraba a través de la celosía incompletamente bajada. Todo se embrollaba en su cabeza. Evocaba sus sentimientos de antes y resucitaba sus ideas de otros tiempos; pero estas ideas no tenían ya la misma fuerza convincente.

«¿Y si todo eso no hubiera sido más que imaginación por mi parte, y no tengo fuerzas para vivir así? ¿Me arrepentiré entonces de haber obrado bien?»,

se preguntaba. Y al no encontrar respuesta, experimentaba una angustia y un descorazonamiento que nunca había sentido hasta entonces. Impotente para resolver todos aquellos problemas, se durmió con aquel sueño pesado con que se dormía en otros tiempos cuando había perdido grandes cantidades jugando a las cartas.

XXV

A la mañana siguiente, al despertar, el primer sentimiento que experimentó Nejludov fue la impresión de haber cometido la víspera alguna villanía.

Reunió sus recuerdos: no, no había cometido ninguna villanía, pero había tenido villanos pensamientos respecto a sus intenciones actuales, a saber: que su casamiento con Katucha, el abandono de sus tierras a los campesinos, no eran más que quimeras; que él no podría permanecer mucho tiempo en esa disposición de ánimo; que todo aquello era ficticio y que hacía falta vivir como vivía. No había allí actos malos, pero había lo que es peor: los pensamientos que engendran todos esos actos. Se puede no repetir un acto malo y arrepentirse de él; en cambio, los malos pensamientos hacen nacer estos actos. Un acto malo abre simplemente el camino a otros, igualmente malos, en tanto que los malos pensamientos arrastran irresistiblemente por ese camino.

Después de haber repasado en su espíritu sus pensamientos de la víspera, Nejludov se preguntó cómo había podido, aunque sólo fuera algunos instantes, prestarles atención. Por desconocida y dificultosa que le resultase la nueva vida que se había propuesto, sabía que era para él la única posible en lo sucesivo, y por fácil que le fuese reanudar su antigua existencia, sabía que eso sería para él la muerte. La seducción de la víspera le causó en aquel momento un efecto semejante al que siente un hombre, todavía lleno de sueño, que se despierta y querría volver a dormirse, o por lo menos quedarse aún en la cama, aun sabiendo que ha llegado la hora de levantarse para un asunto muy importante y muy agradable.

Aquel día, el último que debía pasar en Petersburgo, Nejludov se dirigió por la mañana a la calle. Vassili Ostrov, donde vivía la madre de Schustova.

El alojamiento estaba en el segundo piso. Valiéndose de las indicaciones del portero, Nejludov avanzó por sombríos corredores, subió por una empinada escalera y penetró en una cocina sobrecalentada y llena de un fuerte olor de alimentos que estaban cociéndose. Una mujer de edad, con delantal, arrezagadas las mangas y con gafas, en pie delante del hornillo, removía con

una cuchara el contenido de una cacerola humeante.

-¿Qué desea usted?- preguntó ella con voz severa, mirando por encima de sus gafas.

Apenas Nejludov hubo dicho su nombre, el rostro de la mujer expresó a la vez alegría a intimidación.

-¡Ah, príncipe!- exclamó, secándose las manos en el delantal-. Pero, ¿por qué ha venido usted por la escalera de servicio? ¡Usted, nuestro bienhechor! Yo soy la madre. Sin usted, mi hijita estaría perdida. Es usted nuestro salvador-continuó ella, agarrando la mano de Nejludov y tratando de besarla-. Fui ayer a casa de usted; mi hermana me lo había rogado insistentemente. Mi hija está en casa. Por aquí, haga el favor de seguirme- decía la madre de Schustova, guiando a Nejludov, por una puerta estrecha, a un pequeño corredor sombrío y arreglándose por el camino ora el jubón arremangado, ora los sueltos cabellos.

-Mi hermana es Kornilova- decía en voz baja, deteniéndose ante la puerta; sin duda ha oído usted hablar de ella. Ha estado mezclada en varios asuntos políticos. Es una mujer muy inteligente.

Abrió una puerta que daba al corredor a introdujo a Nejludov en una estrecha habitación donde, ante una mesa, sobre un pequeño diván, estaba sentada una joven, fuerte y de pequeña estatura, vestida con una camisola de indiana a rayas, con cabellos rubios ligeramente rizados que encuadraban un rostro redondo, de una extremada palidez y que se parecía al de la madre. Un joven, con bigote negro y barbita, vestido con una blusa rusa de bordados adornos, estaba sentado frente a ella, echado adelante en la silla, y hablaba con tanta animación, que ni uno ni otro vieron entrar a Nejludov.

-¡Lidia! Es el príncipe Nejludov, el que ha...

La pálida joven se estremeció nerviosamente. Echando hacia atrás de su oreja, con un movimiento maquinal, un bucle de cabellos, miró temerosamente, con sus grises ojos, al recién llegado.

Entonces, ¿usted es esa mujer peligrosa por la que intercedía Vera Efremovna? dijo Nejludov, quien le tendió la mano sonriendo.

-Sí, yo soy- dijo la joven. Y, con una bondadosa sonrisa infantil, su boca descubrió una fila de blancos dientes-. Es mi tía quien deseaba verlo. ¡Tía!- gritó hacia una puerta, con su voz dulce y agradable.

-Vera Efremovna estaba muy apenada por que la hubieran detenido a usted- dijo Nejludov.

-Aquí, siéntese aquí- interrumpió Lidia, señalando con el dedo la silla de enea que acababa de abandonar el joven-. Mi primo Zajarov- añadió, para

responder a la mirada que Nejludov había lanzado al visitante.

Éste estrechó la mano del príncipe con una sonrisa tan bondadosa como la de Lidia. Cuando Nejludov se hubo sentado en el sitio que ocupaba antes el joven, éste cogió otra silla y se sentó cerca de él; luego, de la habitación vecina salió un colegial de rubios cabellos de unos dieciséis años, quien, sin decir palabra, se instaló en el alféizar de la ventana.

En el umbral de la habitación contigua apareció en el mismo instante una mujer de blusa blanca, ceñida por un cinturón de cuero, y que tenía un aire inteligente y simpático.

-¡Buenos días! ¡Muchas gracias por haber venido!- exclamó colocándose en el diván, al lado de su sobrina-. Bueno, ¿cómo está Vera? ¿La ha visto usted? ¿Cómo soporta su situación?

-Ella no se queja- respondió Nejludov-. Dice que no podría encontrarse mejor en el Olimpo.

-¡Ah, Vera! ¡Qué propio de ella!- dijo la tía sonriendo y meneando la cabeza-. No hay más remedio que quererla: ¡qué carácter tan espléndido! Todo para los demás, nada para ella.

-La verdad es que no me pidió nada para ella y no pensó más que en la sobrina de usted. Lo que más la afligía, me dijo, era la monstruosa injusticia de esta detención.

-¡Sí, monstruosa, en efecto! La infeliz ha sufrido por mi.

-¡Nada de eso, tía!- exclamó Lidia-. Yo habría recogido esos papeles aunque usted no me lo hubiese dicho.

-Permíteme decirte que estoy mejor enterada que tú de eso- replicó la tía-. Mire usted- dijo a Nejludov-, todo pasó porque cierta persona me rogó que guardase sus papeles en depósito. Como yo no tenía alojamiento, se los dejé a mi sobrina. Pero he aquí que aquella misma noche la policía vino a esta casa y se llevó los papeles y a ella; y ha estado detenida hasta ahora, porque se negaba a decir de quién provenían esos papeles.

-¡Y no lo he dicho!- exclamó Lidia con vivacidad, retorciéndose un bucle de los cabellos que sin embargo no la molestaba en absoluto.

-Nunca he pensado que lo hayas dicho- dijo la tía.

-Si han cogido a Mitin no es por culpa mía- replicó Lidia, ruborizada y mirando en torno de ella con inquietud.

-Pero no tienes necesidad de decirnos eso, Lidia- comentó la madre.

-¿Por qué no? Por el contrario, quiero hablar de eso- declaró Lidia.

Ya no sonreía. Toda arrebolada, enrollaba sus cabellos alrededor de un dedo y no dejaba de lanzar miradas inquietas en torno de ella.

-¿Y te has olvidado de lo que ocurrió ayer cuando empezaste a hablar de eso?

En absoluto. Déjame hablar, mamá. ¡Yo no lo dije! Me limité a callarme. Cuando me interrogaron sobre mi tía y sobre Mitin, no respondí nada y declaré que nada respondería. Entonces, ese... Petrov...

-Petrov es un soplón, un gendarme y un miserable- dijo la tía para explicar a Nejludov las palabras de su sobrina.

-Entonces, ese Petrov- continuó Lidia con emoción y volubilidad- se puso a querer convencerme: «Lo que usted diga no podrá perjudicar a nadie, al contrario. Si usted habla, libertará a unos inocentes a los que tal vez estamos haciendo sufrir sin motivo.» Sin embargo seguí afirmando que no diría nada. Entonces, me dijo él: «Bueno, está bien, no diga nada; pero por lo menos no diga que no a lo que yo diga.» Y se puso a citar nombres, entre los cuales estaba el de Mitin.

-Pero no hables más de eso- interrumpió la tía.

-Se lo ruego, tía, déjeme que lo diga...

Y Lidia no dejaba de tirarse del bucle de cabellos, mirando en torno de ella.

-Y figúrense ustedes que al día siguiente me entero de que han detenido a Mitin. Me lo hicieron saber unos camaradas con golpecitos dados contra la pared. Yo me dije: «He sido yo quien lo ha entregado.» Y este pensamiento me ha torturado tanto, tanto, que he creído que me volvía loca.

-Pero está demostrado que tú nada tienes que ver con su detención- dijo la tía.

-Sí, pero yo lo ignoraba. Y no dejaba de pensar: he sido yo quien lo ha entregado. Iba de arriba abajo por la celda y pensaba: ¡Yo lo he entregado! Me acostaba, me tapaba la cabeza y, a mis oídos, una voz gritaba: ¡tú lo has entregado! ¡Tú has entregado a Mitin! Y por mucho que yo supiera que aquello eran alucinaciones, me resultaba imposible no escucharlas. Quería dormir, no pensar en eso: ¡imposible! ¡Era horrible!- exclamó Lidia, cada vez más agitada y sin dejar de enrollarse alrededor de un dedo una crencha de sus cabellos, para desenrollarla después, lanzando miradas inquietas alrededor.

-Lidia, cálmate- le repetía la madre, dándole palmaditas en el hombro.

Pero Lidia no podía ya contenerse.

-Y lo más espantoso de todo es que...- empezó a decir.

Pero un sollozo la impidió acabar. De un salto, se levantó del diván y, después de haber tropezado con el sillón, escapó fuera de la estancia. Su madre la siguió.

-¡Habría que ahorcar a todos esos miserables!-dijo el colegial.

-¿Qué te pasa?- preguntó la tía.

-¿A mí? Nada- respondió; y cogió de la mesa un cigarrillo y lo encendió.

XXVI

Sí, para la gente joven, este encarcelamiento en celda es una cosa horrible dijo la tía, meneando la cabeza y encendiendo a su vez un cigarrillo.

-Creo que para todo el mundo- replicó Nejludov.

-No, para todo el mundo no. Para los verdaderos revolucionarios, y me lo ha dicho más de uno, la cárcel representa por el contrario un reposo y una seguridad. Los sospechosos viven en una perpetua angustia, en la privación, en el temor por ellos, por los demás y por la causa común. Y he aquí que un buen día los detienen y se ha acabado todo: nada de responsabilidad; no tienen más que acostarse y descansar. Conozco a algunos a los que su encarcelamiento ha proporcionado una alegría auténtica. Pero con los jóvenes, con los inocentes (y son siempre inocentes como Lidia a los que empiezan a detener), la cosa es distinta: el primer choque es terrible. No a causa de la privación de libertad, de los malos tratos, de la falta de ventilación y de alimento; todo eso no sería nada. Incluso si las privaciones fueran tres veces mayores, se las soportaría bastante bien sin ese choque moral que se experimenta con ocasión de un primer encarcelamiento.

-¿Lo ha experimentado usted?

-A mí me han cogido dos veces- dijo la tía con una sonrisa dulce y triste-. La primera vez fue sin motivo alguno. Tenía veintidós años, era madre de un niño y además estaba encinta. Por penosas que fuesen entonces para mí la privación de libertad, la separación de mi hijo y de mi marido, todo aquello no era nada comparado con el sentimiento que yo experimentaba al dejar de ser una criatura humana para convertirme en una cosa: quise decir adiós a mi tita y me ordenaron que subiese al coche; pregunté adónde me conducían y me respondieron que cuando hubiese llegado lo sabría; pregunté de qué me acusaban y no me respondieron. Cuando, después del interrogatorio, me desnudaron para ponerme el uniforme carcelario con un número, cuando me hicieron pasar bajo bóvedas, abrieron una puerta, me empujaron adentro,

hicieron funcionar la cerradura y se alejaron, no dejando más que a un centinela, fusil al hombro, quien se paseaba silenciosamente y miraba de vez en cuando por la mirilla de mi puerta, un peso me cayó en el corazón. Me acuerdo de haberme sentido especialmente impresionado por el hecho de que el oficial de policía que me había interrogado me hubiese propuesto fumar. Él sabía, pues, que la gente tiene necesidad de fumar; sabía también que los hombres aman la libertad y la luz; sabía que las madres aman a sus hijos, y los hijos a sus madres. ¿Cómo han podido entonces arrancarme implacablemente de todo lo que me es querido y encerrarme como a una bestia feroz? Es imposible pasar semejante sacudida sin que queden de ella huellas muy profundas. El que creía en Dios y en los hombres y en el amor de los hombres entre sí, no cree ya después de eso. Luego, dejé de creer en los hombres y les guardé rencor- concluyó. Y se puso a sonreír.

En la puerta por donde había salido Lidia reapareció su madre, quien anunció que la muchacha estaba demasiado nerviosa y no podría volver.

Sin motivo alguno, han echado a perder esta vida joven- dijo la tía- . Y sufro más aún al pensar que he sido la causa involuntaria de eso.

-No será nada. El aire del campo la restablecerá. La enviaremos con su padre.

-Desde luego, sin usted, seguramente habría perecido-dijo la tía. Le estoy muy agradecida por eso. En cuanto a la razón por la que deseaba verlo era para rogarle que entregase esta carta a Vera Efremovna- dijo, sacando un sobre de un bolsillo-. No está cerrada: puede usted leerla y romperla si sus opiniones le impiden aprobar su contenido. Pero no he escrito en ella nada que pueda ser comprometedor.

Nejludov cogió la carta y, después de haber prometido que la entregaría, se levantó, se despidió y salió. En la calle cerró el sobre sin leer la carta y decidió entregársela a su destinataria.

XXVII

El último asunto que retenía a Nejludov en San Petersburgo era el de los miembros de la secta religiosa, a favor de los cuales tenía la intención de hacer llegar una instancia al zar, por conducto de su antiguo camarada de regimiento el ayudante de campo Bogatyrev.

Fue, pues, a verlo y lo encontró almorzando, dispuesto ya a salir.

Bogatyrev era un hombre bajito y vigoroso, de una fuerza física poco

común (era capaz de doblar una herradura), bueno, leal, franco, liberal incluso. A pesar de estas cualidades, era un íntimo de la corte; amaba al zar y a su familia y llegaba, no se sabe cómo, a vivir en aquellas altas esferas no viendo en las mismas más que el lado bueno y sin participar en nada malo ni sucio. No condenaba nunca a los hombres ni los actos; pero, o bien se callaba, o bien hablaba valerosamente, muy alto, casi gritaba lo que quería decir, acompañando a menudo sus palabras con una risa igualmente ruidosa. No lo hacía por táctica, sino porque ése era su temperamento.

-Has hecho muy bien en venir. ¿Quieres almorzar? Vamos, siéntate. El bistec es succulento. Yo siempre empiezo y termino por lo substancial. Bueno, por lo menos toma un vaso de vino- exclamaba señalando el jarro de vino tinto-. Y he pensado en tu asunto. Entregaré la instancia yo mismo, en propias manos; es más seguro. Sin embargo, me he preguntado si no te convendría más ir a ver a Toporov.

Al escuchar aquel nombre, Nejludov frunció las cejas. Su amigo continuó:

-Todo depende de él; de un modo a otro, el asunto tiene que pasar siempre por sus manos y tal vez él mismo pueda complacerte.

-Puesto que me lo aconsejas, iré.

-Perfectamente. Bueno, ¿qué efecto te produce Petersburgo?- tronó Bogatyrev.

-Me siento hipnotizado.

-¡Hipnotizado!- repitió Bogatyrev, riéndose a carcajadas-. Bueno, ¿de verdad que no quieres tomar nada? Lo que quieras.- Se secó el bigote con la servilleta-. Entonces irás, ¿eh? Si él no hace nada, me vuelves a traer la instancia y mañana mismo la entregaré- clamó-. Y, levantándose de la mesa, hizo una amplia señal de la cruz, con el mismo gesto inconsciente con que se había secado la boca; luego se ciñó el sable-. Y ahora, adiós, tengo que irme.

Te acompaño- dijo Nejludov, estrechando con agrado la mano ancha y fuerte de Bogatyrev; y, como le pasaba cada vez que lo veía, se separó de él en la escalinata de la casa bajo la impresión agradable de algo sano, inconsciente y fresco.

Aunque no esperase nada bueno de su visita a Toporov, Nejludov, siguiendo los consejos de Bogatyrev, se dirigió sin embargo a casa del personaje de quien dependía el asunto de los miembros de la secta.

El puesto que ocupaba Toporov presentaba, por su carácter, una contradicción de la que únicamente no podía darse cuenta un hombre limitado y carente de sentido moral. Toporov poseía estas dos cualidades negativas. Esta contradicción inherente a su cargo era la de sostener y defender, con

diversos medios y formas, entre los cuales no se excluía la violencia, a la Iglesia instituida, según la definición de la misma, por el mismo Dios, y que no puede ser derribada ni por las embestidas del infierno ni por ningún esfuerzo humano. Y esta indestructible institución divina era a la que debía sostener y defender la institución humana a la cabeza de la cual se encontraban Toporov y sus funcionarios. Toporov no veía o no quería ver esta contradicción y, además, tenía el grave cuidado de impedir que un cura o un sectario destruyesen esa Iglesia a la cual no podían tambalear todas las embestidas del infierno. Como todos los hombres desprovistos de verdaderos sentimientos religiosos, basados sobre la conciencia de la igualdad y de la fraternidad, estaba convencido de que el pueblo se componía de seres absolutamente distintos de él, a los cuales les hace falta aquello de lo que él mismo podía perfectamente prescindir. En el fondo, era un incrédulo, y encontraba ese estado de ánimo muy cómodo y agradable; pero temía que la gente llegase a ese mismo estado, y, según su expresión, consideraba un deber sagrado impedirlo.

Lo mismo que en un libro de cocina se dice que a las gambas les gusta que las cuezan vivas, estaba perfectamente convencido, y eso no en el sentido figurado del libro culinario, sino al pie de la letra, de que a la gente le gusta ser supersticiosa.

Trataba la religión, cuya defensa tenía encomendada, como el granjero trata la carroña con la que alimenta a sus gallinas: la carroña es muy desagradable, pero a las gallinas les gusta y la comen. Por tanto hay que proporcionársela.

Desde luego, el culto rendido a todos esos iconos de Ileria, de Kazán, Smolensko, es una idolatría de las más groseras, pero a la gente le gusta eso, cree en ellos, y por eso es preciso alimentar esas supersticiones.

Así pensaba Toporov, sin caer en la cuenta de que la gente ama las supersticiones precisamente porque siempre hubo y hay aún hombres crueles como él, Toporov, que, instruidos, emplean sus luces no para ayudar al pueblo a salir de las tinieblas de la ignorancia, sino, al contrario, para hundirlo mejor en ellas.

En el momento en que Nejludov entró en la sala de espera de Toporov, éste hablaba en su despacho con la superiora de un convento, una aristócrata alerta que propagaba y sostenía la ortodoxia en Polonia entre los Uniates (Cismáticos de la Iglesia ortodoxa, que reconocen la supremacía del papa aunque conservando el culto exterior del rito griego.- N. del T.) llevados a viva fuerza a la Iglesia griega.

Un subordinado de Toporov, que se encontraba en la sala de espera, preguntó a Nejludov para qué había venido, y al enterarse de que éste tenía la

intención de enviar al soberano una instancia en favor de los sectarios, le preguntó si no podía enseñársela. Nejludov se la tendió, y el empleado entró en el despacho de su jefe. La monja, de alta cofia, con un largo velo y una cola negra no menos larga, juntando sobre el pecho sus blancas manos de uñas bien cuidadas y entre las cuales sujetaba un rosario de topacios, abandonó el despacho y se dirigió hacia la salida. Nejludov seguía aguardando a que lo hicieran pasar.

Toporov leía la súplica y meneaba la cabeza. Se sentía agradablemente sorprendido al observar la redacción clara y firme.

«Si cayese en manos del emperador, podría provocar preguntas desagradables y equívocos», pensó después de haber acabado su lectura; y, depositando el papel en la mesa, tocó el timbre y dijo que hicieran pasar a Nejludov.

Se acordaba del asunto de aquellos sectarios que ya le habían dirigido una petición. He aquí de qué se trataba. Unos cristianos que se habían separado de la ortodoxia habían sido primeramente reprendidos y juzgados luego; pero el tribunal los había absuelto. El arzobispo y el gobernador habían decidido entonces aprovechar el hecho de que el casamiento celebrado conforme a sus ritos era ilegal para deportar a maridos, esposas a hijos, separando a unos de otros. Y eran estos padres, estos hijos, maridos y esposas los que solicitaban estar juntos.

Toporov se acordaba de que al enterarse por primera vez de este asunto había vacilado sobre la solución que convendría darle. Finalmente había pensado que ningún daño había en confirmar la orden de diseminar por diversos lugares a los miembros de una misma familia de estos campesinos. Por otra parte, la estancia de aquéllos en el país natal habría podido tener consecuencias molestas, al arrastrar igualmente al cisma al resto de la población; y, además, este asunto ponía en evidencia el celo del arzobispo. Por eso lo había dejado seguir su curso.

Ahora, con un defensor como Nejludov, que tenía poderosas relaciones en Petersburgo, el asunto podía ser presentado al soberano con una luz particular, que haría resaltar la crueldad de la medida; o bien la prensa extranjera podría apoderarse del escándalo. Por eso su resolución fue rápida.

-¡Buenos días!- dijo con aire de hombre muy ocupado, recibiendo a Nejludov de pie y abordando inmediatamente la cuestión-. Conozco este desgraciado asunto. Apenas he leído los nombres, me he acordado de todos los detalles dijo, tomando la solicitud y mostrándosela a Nejludov-. Le agradezco mucho que me lo haya recordado. Estas autoridades provinciales han cometido un exceso de celo.

Nejludov guardaba silencio. Con un sentimiento de hostilidad, miraba la máscara impasible de aquel rostro descolorido.

-Y daré orden de que se deje en suspenso la medida para que esas personas puedan volver a sus casas.

-¿Es inútil entonces enviar esta súplica?

-En absoluto. ¡Yo se lo prometo!- dijo, recalcando la palabra «yo», convencido de que su lealtad y su palabra eran los fiadores más seguros-. Por lo demás, voy a escribirlo inmediatamente. Haga el favor de sentarse.

Se puso a la mesa y empezó a escribir. Nejludov, quien se había quedado en pie, dominaba con su mirada el cráneo estrecho y calvo de Toporov, su gran mano venosa que guiaba rápidamente la pluma, y se preguntaba por qué este hombre indiferente a todo y a todos hacía lo que estaba haciendo. ¿Por qué?

-¡Bueno, ya está!- dijo Toporov, cerrando el sobre-. Anuncie esto a sus clientes- añadió, plegando sus labios en una sonrisa forzada.

-¿Por qué se ha hecho entonces sufrir a esta pobre gente? preguntó Nejludov, recogiendo el sobre.

Toporov levantó la cabeza y sonrió como si la pregunta de Nejludov le causara agrado.

-Eso no puedo decírselo. Lo único que puedo responderle es que los intereses del pueblo, confiados a nuestra custodia, son tan importantes, que un celo exagerado en las cuestiones de fe es menos peligroso y menos perjudicial que una indiferencia exagerada respecto a estas mismas cuestiones que se propagan en los últimos tiempos.

-Pero, entonces, ¿cómo se puede, en nombre de la religión, olvidar los principios fundamentales del bien? ¿Cómo se puede separar a los miembros de una misma familia?

Toporov continuaba sonriendo con condescendencia, como si encontrara encantador lo que le decía Nejludov. Dijera éste lo que dijese, él, desde lo alto de la posición social donde creía dominar, lo habría encontrado siempre encantador, pero obtuso.

-Desde el punto de vista de la humanidad particular, eso puede en efecto parecer así; pero desde el punto de vista de los intereses del Estado, la cuestión se presenta muy distinta. Por lo demás, tengo mucho gusto en saludarle- dijo Toporov inclinando la cabeza y tendiendo la mano.

Nejludov la estrechó y salió sin decir nada, muy poco satisfecho por haber tenido que estrechar aquella mano.

« ¡Los intereses del pueblo!- se decía, repitiendo las palabras de Toporov-.

¡Tus intereses, los tuyos solamente! » Y volviendo a ver en su espíritu aquella cantidad de gentes sometidas a la acción de las instituciones que administran la justicia, sostienen la fe y educan al pueblo, desde la tabernera castigada por haber vendido aguardiente sin licencia, y el niño por su robo, y el vagabundo por su vagabundeo, y el incendiario por haber prendido fuego, y el banquero por dilapidación, hasta esa desgraciada Lidia encarcelada simplemente porque se le pedían sacar informes útiles, hasta los sectarios, por su oposición a la ortodoxia, y a Gurkevitch por su deseo de una constitución, Nejludov comprendió con una claridad perfecta que todos aquellos hombres habían sido cogidos, encarcelados y deportados no porque quebrantaban la justicia o violaban la ley, sino simplemente porque impedían a los funcionarios y a los ricos poseer la fortuna extraída en perjuicio del pueblo.

Y esto se lo impedían tanto la tabernera que traficaba sin licencia como el ladrón que erraba por la ciudad, y Lidia con sus proclamas, los sectarios que destruían las supersticiones, y Gurkevitch con sus sueños de parlamentarismo. Así Nejludov veía muy claramente que todos aquellos funcionarios, desde el marido de su tía, los senadores y los Toporov, hasta los pequeños señores limpios, correctos, sentados ante sus mesas en los ministerios, no se turbaban en absoluto por el hecho de que, en aquel orden de cosas, tuviesen que sufrir inocentes, sino que se preocupaban sólo de la manera de hacer desaparecer a los adversarios.

Lo mismo que, para extirpar una parte gangrenada, los cirujanos se ven obligados a cortar en la carne fresca, así, lejos de observar el principio de absolución de diez culpables para evitar condenar a un inocente (Precepto de la emperatriz Catalina II.), se ponía fuera de la ley a diez personas inofensivas para llegar a castigar a un solo individuo verdaderamente peligroso.

Esta explicación de todo lo que ocurría en torno de él le parecía a Nejludov muy simple y muy clara; pero precisamente esta simplicidad y esta claridad lo llevaban a dudar de su exactitud. Era imposible que un fenómeno tan complicado pudiese tener una explicación a la vez tan simple y tan espantosa; era imposible que todas aquellas palabras sobre la justicia, el bien, la ley, la fe, Dios, etcétera, no fuesen más que palabras que ocultaban una venalidad y una crueldad flagrantes.

XXVIII

Nejludov se habría ido de Petersburgo muy gustosamente aquella misma tarde, pero le había prometido a Mariette ir a verla al teatro. Y aunque pensaba que no debía hacerlo, se mentía a sí mismo, con el pretexto de que estaba

comprometido por la palabra dada. « ¿Puedo resistir sus encantos? Voy a probarlo por última vez», se decía con poca sinceridad.

Después de ponerse el frac, llegó al teatro cuando empezaba el segundo acto de la eterna Dama de las camelias, donde la actriz de turno acababa de mostrar la nueva manera como deben morir las mujeres tuberculosas.

El teatro estaba abarrotado, pero en seguida le indicaron a Nejludov el palco de Mariette, con un respeto particular hacia quien lo había preguntado. En el pasillo había un lacayo con librea que saludó a Nejludov con aire de conocimiento y le abrió la puerta del palco.

Todos los palcos estaban ocupados, con los espectadores sentados o de pie, y, sobre la barandilla, espaldas de mujeres; en el patio de butacas, cabezas blancas, grises, calvas, rizadas, llenas de pomada. Las miradas de toda aquella concurrencia convergían en una contemplación unánime hacia una actriz delgada y huesuda, vestida de seda y de encajes, quien, con contorsiones amaneradas y una voz afectada, declamaba un monólogo. Se dejó oír un «chist» cuando Nejludov entró y las dos corrientes de aire, una caliente y otra fría, le golpearon en el rostro. En el palco de Mariette se encontraban una dama con mantilla roja y enorme rodete, y dos hombres: el general, esposo de Mariette, un hombre apuesto, vigoroso, de rostro impenetrable y severo, de nariz ganchuda y de pecho bombeado, relleno de algodón, a lo militar; el otro, rubio, de cabellos ralos, con un mentón hendido, afeitado, entre dos solemnes patillas. Mariette, graciosa, fina, elegante, escotada, dejando ver sus firmes y musculosos hombros, con un lunar apuntándole a la base del cuello, se volvió inmediatamente hacia Nejludov y, señalándole con el abanico una silla vacía detrás de ella, tuvo para él una sonrisa acogedora, agradecida y significativa. Su marido, tranquilo como siempre, miró a Nejludov e inclinó la cabeza. En la mirada que cambió con su mujer se reconocía claramente que él era el dueño, el propietario de una mujer bonita.

Acabado el monólogo, el teatro retumbó con los aplausos.

Mariette se levantó y, sujetando con una mano su falda de seda, pasó al fondo del palco para presentar a Nejludov a su marido.

Sin dejar de sonreír con los ojos, el general respondió que estaba encantado, luego guardó silencio y volvió a mostrarse tranquilo e impenetrable.

-Habría debido marcharme esta tarde, pero, como le había prometido a usted...- dijo Nejludov, dirigiéndose a Mariette.

-Sí no quiere usted verme, verá por lo menos a una artista maravillosa- dijo Mariette, respondiéndole en el sentido que ella atribuía a sus palabras.- ¿Verdad que ha estado admirable en esta última escena?- preguntó a su

marido, quien aprobó con la cabeza.

-A mí eso no me impresiona mucho- dijo Nejludov-. He visto hoy tanta miseria, que...

-¿De verdad? Siéntese y cuente.

El marido prestaba oídos a la conversación con una sonrisa en los ojos cada vez más irónica.

-He ido a ver a esa desgraciada que por fin ha recobrado la libertad, después de haber estado tanto tiempo en la cárcel. Una criatura absolutamente destrozada.

-Es la mujer de que te hablé- dijo Mariette a su marido.

-¡Ah, sí, me he sentido muy dichoso al poder conseguir que la pusieran en libertad!- respondió con calma; y bajo su bigote se esbozó una sonrisa que a Nejludov le pareció bastante irónica- . Voy a fumar- añadió.

Nejludov permaneció sentado, a la espera de aquel algo que Mariette tenía que decirle. Pero ella no le decía nada, no trataba siquiera de decirle lo más mínimo; bromeaba y no hablaba más que de la obra, creyendo que a Nejludov le parecía muy interesante.

Éste se dio cuenta muy pronto de que ella nunca había tenido nada que decirle, sino que simplemente había querido que él la viera esplendorosa con su traje de noche, con los hombros desnudos adornados por un lunar. Y sintió a la vez placer y aversión. No solamente el velo de encanto que antaño recubría todo aquello fue levantado por Nejludov, sino que vio todo lo que ocultaba. Le agradaba ver a Mariette, pero sabía que era una mentirosa que vivía con un marido que subía en el escalafón a costa de las lágrimas y de la vida de millares de hombres; y que aquello importaba poco a la joven; y que todo lo que ella le había dicho la víspera era falso, pero que quería (él ignoraba con cuáles fines, y sin duda ella misma lo ignoraba también) obligarlo a amarla, lo que a él le resultaba a la vez seductor a intolerable. En varias ocasiones tuvo deseos de marcharse, a incluso llegó a tomar su sombrero, pero luego se quedaba.

Mas al fin, cuando el marido entró en el palco, impregnados sus espesos bigotes de un fuerte olor a tabaco, y dejó caer sobre Nejludov una mirada aburrida y protectora, éste no pudo resistir más y, viendo la puerta abierta, salió al pasillo, donde recogió su abrigo, y abandonó el teatro.

Al pasar por la avenida Nevsky para volver a su casa distinguió delante de él, tranquila y caminando sobre el asfalto de la ancha acera, a una mujer alta, muy bien formada, de una elegancia provocativa. En su rostro, como en todo el conjunto de su persona, se leía el convencimiento que ella tenía de su poder

de seducción. Todos los viandantes se volvían hacia ella y la miraban. Nejludov, cuyo paso era más rápido, la alcanzó e, involuntariamente, la miró a su vez. Aunque maquillada, su cara era bonita. Sonrió a Nejludov y sus ojos se encendieron. Cosa extraña, Nejludov se acordó inmediatamente de Mariette, porque acababa de experimentar un sentimiento de seducción y de aversión idéntico al que había experimentado en el teatro.

Después de haber rebasado rápidamente a la joven, Nejludov se dirigió hacia el Morskaia y avanzó hasta el muelle, donde se puso a caminar de arriba abajo para gran asombro del agente de policía.

«Me ha sonreído como la otra me sonrió en el teatro cuando entré- se decía-, y las dos sonrisas tienen un significado análogo. La única diferencia es que ésta habla francamente y sin rodeos: "¿Me necesitas? ¡Tómame! ¿No? ¡Continúa tu camino!" En tanto que la otra finge tener otros pensamientos, experimentar sentimientos elevados y refinados. Es lo mismo en el fondo, pero ésta es franca y la otra miente. Más aún, a ésta es la necesidad la que la ha conducido a su situación; la otra se deleita y se divierte con esta pasión que es bella, repugnante y terrible. Esta mujer de la calle es semejante al agua sucia y pútrida que se ofrece a aquellos cuya sed es más fuerte que la repugnancia; la otra, en su palco, es el veneno que emponzoña imperceptiblemente todo lo que penetra.»

Nejludov se acordó entonces de sus relaciones con la mujer del mariscal de la nobleza, y aquellos vergonzosos recuerdos se presentaron en oleada: «¡Es repugnante esta bestialidad del hombre! Pero, cuando se manifiesta francamente, desde la elevación de tu vida moral puedes verla y despreciarla. Que sucumbas o no, sigues siendo lo que has sido. Pero cuando esta bestialidad se esconde bajo apariencias mal llamadas poéticas y estéticas y fuerza tu admiración, te hundes entonces completamente y, divinizando lo animalesco, no sabes ya distinguir el bien del mal. Y entonces es cuando la cosa se hace terrible.»

En aquel momento, Nejludov veía tan claramente todo aquello como veía ante él los palacios, la fortaleza, los centinelas, la Bolsa, el río y los bancos. Y lo mismo que no había aquella noche, una noche blanca, tinieblas apaciguadoras que otorgan el reposo, sino una luz vaga, triste, ficticia, fuera de su origen, el Sol, así en el alma de Nejludov no existían ya las tinieblas tranquilizadoras de la ignorancia, de la falta de conocimiento.

Todo estaba claro. Estaba claro que todo lo que sé considera como importante y bueno es vil a insignificante, y que todo aquel brillo, todo aquel lujo, recubren vicios antiguos y habituales que, lejos de ser expulsados, triunfan y resplandecen con todos los encantos que pueden inventar los hombres.

Nejludov habría querido olvidar, no ver; pero ya no le era posible no ver. Aunque no viese la fuente de la luz que le revelaba su saber, como no veía la fuente de la luz esparcida sobre Petersburgo, y aunque esta claridad le pareciese vaga, triste, ficticia, sin embargo le era imposible no darse cuenta de lo que le revelaba aquella luz, y sentía al mismo tiempo inquietud y gozo.

XXIX

En cuanto regresó a Moscú, la primera visita de Nejludov fue la enfermería de la cárcel, a fin de anunciar a Maslova la triste noticia de que el Senado había confirmado la sentencia del tribunal y que le era preciso prepararse para partir a Siberia. En cuanto al recurso de gracia redactado por el abogado y que él llevaba a Maslova para que lo firmase, Nejludov no tenía ninguna esperanza y, cosa extraña, no deseaba ya que tuviese éxito. Se había hecho a la idea de la marcha a Siberia, de la existencia entre los deportados y los forzados, y se representaba, no sin pena, lo que habría hecho de sí mismo y de Maslova si la hubiesen absuelto. Se acordaba de las palabras del autor norteamericano Thoreau diciendo que en un país donde reina la esclavitud, como en otros tiempos en Norteamérica, el único sitio que conviene a un hombre honrado es la cárcel. Después de todo lo que había visto y aprendido en Petersburgo, Nejludov no tenía más remedio que pensar lo mismo.

«Sí, el único sitio conveniente para un hombre honrado, en la Rusia de hoy, es la cárcel», se decía; y eso era lo que sentía al acercarse a la prisión y al penetrar en ella.

El portero de la enfermería, habiéndolo reconocido inmediatamente, le comunicó que Maslova no estaba ya allí.

-¿Y dónde está?

-Otra vez en la cárcel.

-Pero ¿por qué la han llevado allí?

-¡Oh, es que se trata de una mujer muy especial, excelencia!- respondió el portero con una sonrisa despreciativa-. Se hizo cortejar por el ayudante del cirujano. Entonces, el médico jefe la echó sin contemplaciones.

Jamás Nejludov habría supuesto que Maslova y sus sentimientos le llegasen tan al corazón. Pero aquella noticia lo dejó estupefacto. Experimentó el mismo sentimiento que se experimenta cuando nos anuncian una gran desgracia inesperada. Lo invadió un cruel sufrimiento y por lo pronto sintió vergüenza. Se juzgó ridículo por haberse sentido contento al creer en un

cambio del estado de espíritu de Maslova. Todas las hermosas palabras con las que ella había rechazado su sacrificio; sus lágrimas, todo aquello no era más que una comedia interpretada por una vil criatura para engañarlo y hacerse valer. En su última conversación con ella (ahora se acordaba) había sospechado ya esa perversidad que, a partir de este momento, no dejaba lugar a dudas. Y todos aquellos pensamientos, todos aquellos recuerdos se aglomeraban en él mientras maquinalmente volvía a ponerse el sombrero y salía de la enfermería.

«¿Y qué hacer ahora?- se preguntaba-. ¿Estoy todavía ligado a ella? ¿O bien su conducta no ha roto ya todos los vínculos? »

Pero apenas se formuló esta pregunta, comprendió que abandonar a Maslova era castigarse a sí mismo y no a ella. Y esa idea lo espantó.

« ¡No, lejos de modificar mi resolución, este incidente no puede más que reforzarla! Que ella haga lo que le sugiera su estado de ánimo. Se ha hecho cortejar por el ayudante del cirujano. Bueno, eso es asunto de ella. El asunto mío es el de obedecer la voz de mi conciencia. Ahora bien, mi conciencia exige el sacrificio de mi libertad por el rescate de mi pecado. Mi decisión de casarme con ella, aunque sea ficticiamente, y seguirla adonde quiera que vaya, continúa inquebrantable», se dijo con obstinación irritada, dirigiéndose con paso firme hacia la puerta principal de la prisión.

Rogó al guardián de servicio que avisase al director que deseaba ver a Maslova. Pero aquel hombre, que lo conocía ya, le respondió comunicándole una gran noticia: el capitán había pedido su retiro, y otro director mucho más severo acababa de reemplazarlo.

-¡Oh, lo derechas que se han puesto las cosas ahora!- añadió el guardián.- Él no está lejos de aquí; ahora van a anunciarlo a usted.

En efecto, el director estaba en la cárcel y acudió pronto a recibir a Nejludov. Era un hombre alto y delgado, de pómulos salientes, adusto y de movimientos lentos.

-Imposible ver a los presos excepto en las horas de visita reglamentaria- dijo a Nejludov sin mirarlo.

-Es que quisiera que firmase una súplica dirigida al poder supremo.

-Puede usted entregármela.

-Tengo una necesidad imprescindible de ver personalmente a la reclusa. Antes, siempre se me permitía.

-Eso era antes- dijo el director lanzando sobre Nejludov una mirada rápida.

-Pero es que tengo una autorización del gobernador- replicó Nejludov

sacando su cartera.

-Permítame- dijo entonces al director.

Agarró el papel entre sus largos dedos huesudos, cuyo índice estaba adornado con una sortija, y lo leyó lentamente.

-Sírvase pasar al despacho- dijo.

El despacho estaba desierto. El director se sentó ante una mesa y se puso a hojear papeles con la intención evidente de asistir a la entrevista, Habiéndole preguntado Nejludov si podría ver igualmente a una detenida política, Bogodujovskaia, respondió con tono cortante que era imposible.

Las entrevistas con los presos políticos están prohibidas- declaró, engolfándose en la lectura de sus papelotes.

Nejludov, quien tenía en el bolsillo la carta para Bogodujovskaia, se sintió en la situación de un hombre cogido en falta, cuyos planes se ven descubiertos a inutilizados.

Cuando Maslova entró en el despacho, el director levantó la cabeza y, sin mirar a Nejludov ni a ella, se limitó a decir:

-Pueden ustedes empezar.

Y se hundió de nuevo en sus papelotes.

Maslova llevaba su antiguo vestido carcelario: falda y camisola blanca y el pañolón a la cabeza. La expresión fría y hostil de los rasgos de Nejiudov la hizo enrojecer y, agarrando el borde de su camisola, bajó los ojos. Para Nejludov, su turbación sirvió para confirmar el relato del portero.

Con todo su corazón habría deseado tratarla de la misma manera que antes. Pero ella le repugnaba tanto, que no pudo, como quería, tenderle la mano.

-Le traigo una mala noticia- le dijo con una voz tranquila, pero sin mirarla-. Han rechazado su solicitud.

-Lo sabía de antemano- respondió ella con una voz rara, como si se ahogase.

En otros tiempos, Nejludov le habría preguntado por qué decía eso; esta vez, no pudo más que mirarla. Y vio sus ojos llenos de lágrimas.

Pero, lejos de enternecerlo, aquella visión no hizo más que exasperarlo contra ella.

El director se levantó y se puso a caminar por la estancia.

A pesar de su irritación, Nejludov creyó que era su deber expresarle su pesar a Maslova respecto a la negativa del Senado.

-No se desespere usted- dijo-. Se puede contar todavía con el recurso de gracia, y espero que...

-¡Oh, no es eso...!- respondió ella mirándolo con sus húmedos ojos que bizqueaban un poco.

-¿Qué es entonces?

-Usted habrá ido a la enfermería y probablemente le habrán hablado de mí...

-Bueno, pero eso es asunto suyo- replicó fríamente Nejludov.

Al hablar de la enfermería, ella había despertado en él, con una nueva fuerza, la sensación escocedora de su orgullo ofendido. «Yo, un hombre de mundo con el que la joven hija de la mejor familia se sentiría dichosa de casarse, he ofrecido el casamiento a esta mujer y, no pudiendo esperar, se ha dejado cortejar por un ayudante de cirujano», pensaba mirándola con verdadero odio.

-Tenga, he aquí la súplica que debe firmar- dijo él, colocando sobre la mesa una gran hoja de papel que acababa de sacarse del bolsillo.

Con un pico de su pañolón, Maslova se enjugó las lágrimas y, habiéndose sentado ante la mesa, preguntó dónde debía firmar.

Él le mostró el sitio; mientras ella escribía, Nejludov, en pie ante ella, observaba su espalda inclinada, sacudida de vez en cuando por sollozos reprimidos.

Y en su alma luchaban los buenos y los malos sentimientos: su orgullo ofendido y su lástima por el sufrimiento de aquella mujer. Y este último sentimiento triunfó.

¿Qué pasó en su alma, antes y después? ¿La compadeció primero con su corazón o se acordó ante todo de sus propios pecados, de aquella misma villanía que le reprochaba? Ya no sabía nada. Pero de pronto, y al mismo tiempo, se sintió culpable y se puso a compadecerla.

Ella, mientras tanto, había acabado de escribir, y habiéndose secado en la falda los dedos manchados de tinta, se levantó y lo miró.

-¡Pase lo que pase, nada hará cambiar mi resolución!- le dijo Nejludov.

Al pensar que la perdonaba, sentía crecer aún más su piedad, su ternura por ella, y experimentó la necesidad de consolarla.

-Haré lo que le dije. Adonde quiera que la envíen, la seguiré.

-¡Es inútil!- respondió ella vivamente, tranquilizándose.

-Y piense usted en lo que necesitará para el viaje.

-Creo que nada de particular. Gracias.

Habiéndose acercado a ellos el director, Nejludov no aguardó su invitación, se despidió de Maslova y salió, experimentando un sentimiento hasta entonces desconocido: la alegría dulce, la calma profunda y el amor hacia todos los hombres. Lo que lo alegraba y lo elevaba a una cumbre hasta entonces inaccesible, era la conciencia de que ningún acto de Maslova podría en lo sucesivo modificar su amor hacia ella. « Que se haga cortejar; es asunto suyo. El mío es el de quererla, y no por mí mismo, sino por ella y por Dios.»

En realidad, he aquí cómo Maslova se había hecho cortejar por el ayudante de cirujano y cómo, por esto, había sido expulsada de la enfermería. Enviada un día por la enfermera jefe a buscar té pectoral en la farmacia, situada al extremo de un pasillo, se había encontrado con Ustinov, alto, de rostro lleno de barrillos, quien, desde hacía tiempo, la asediaba con sus galanterías. Como la había agarrado, ella se debatió, rechazándolo de modo tan brusco, que él tropezó contra una repisa, haciendo caer dos frascos, que se rompieron.

El médico jefe, que pasaba por el corredor, oyó el ruido de los cristales, y viendo a Maslova que huía, toda arrebolada, le gritó:

-Bueno, madrecita, si te dedicas a hacerte abrazar, pronto tendré que despedirte de aquí. ¿De qué se trata?- preguntó el médico al ayudante de cirujano mirándolo severamente por encima de sus gafas.

Éste, con una sonrisa, empezó a justificarse. Pero el jefe no lo dejó acabar; levantó la cabeza para mirarlo, esta vez a través de sus gafas, y se alejó. El mismo día dijo al director de la cárcel que le enviase, en lugar de Maslova, a una ayudante de enfermera más seria.

Eso era lo que había pasado entre Maslova y el ayudante de cirujano. El pretexto de que había tenido tratos con hombres le resultaba particularmente penoso; porque, después de su reencuentro con Nejludov, las relaciones carnales con ellos se le habían hecho odiosas. Pensar que por motivo de su pasado y en su situación actual, todos, incluyendo al ayudante de cirujano lleno de barrillos, podían arrogarse el derecho de ofenderla y de asombrarse de su repulsa, la desolaba hasta el punto de hacerla verter lágrimas de enternecimiento por ella misma. Así, en la oficina, al acercarse a Nejludov, había tenido la firme intención de justificarse a sus ojos de la injusta acusación de la que él debía estar informado. Pero a las primeras palabras había comprendido que él no la creería y que todas sus excusas no harían más que aumentar sus sospechas; el llanto le había apretado la garganta y se había quedado callada. Maslova continuaba imaginándose que, como ella le había dicho en su segunda visita, no perdonaba a Nejludov y lo odiaba. Pero en

realidad había empezado de nuevo desde hacía mucho tiempo a quererlo, y a quererlo con un amor tal, que involuntariamente hacía todo lo que él deseaba: había dejado de beber, de fumar, de coquetear y de negarse a entrar como sirvienta en la enfermería. Todo lo que ella hacía era únicamente porque sabía que era lo que él deseaba. Y si en todas las ocasiones rechazó la oferta de Nejludov de casarse con ella, fue por amor propio y para no ponerse en contradicción con su decisión primera; aquello provenía también de su deseo de repetirle las orgullosas palabras que le había dicho una vez; y sobre todo, porque sabía que su casamiento con él representaría la desgracia de Nejludov. Así, aun estando firmemente resuelta a no aceptar el sacrificio de aquel hombre, la entristecía pensar que él la despreciaba, creyéndola destinada a seguir siendo siempre lo que había sido y que nunca reconocería el cambio que se había operado en ella.

La idea de que él sospechase que había cometido alguna villanía en la enfermería la atormentaba infinitamente más que la noticia de que no tendría más remedio que cumplir su condena de trabajos forzados.

XXX

Como Maslova podía quedar incluida en el primer convoy para Siberia, Nejludov se preparaba, pues, para la marcha. Pero tenía que arreglar algunos asuntos, tan numerosos aún, que, por mucho tiempo que le quedase, dudaba poder rematarlos todos.

La situación era completamente distinta a la de otros tiempos. Antes, en efecto, le habría costado trabajo encontrar algo con lo que ocuparse; y todas sus ocupaciones no tenían más que un solo y único objeto: Dmitri Ivanovitch Nejludov. Y aunque se concentrasen sobre Dmitri Ivanovitch, sus ocupaciones le parecían fastidiosas. Ahora, por el contrario, esas ocupaciones no tenían ya por objeto a Dmitri Ivanovitch, sino a los demás hombres; y sin embargo le interesaban, y le apasionaban, y su número era considerable.

Más aún: antes, los asuntos de Dmitri Ivanovitch provocaban siempre en él despecho a irritación, en tanto que ahora los problemas de los demás lo ponían casi siempre en un estado de ánimo alegre.

Había cuatro asuntos en los que se ocupaba actualmente, y, con sus hábitos de orden un poco pedantescos, había dividido y clasificado los temas en cuatro cartapacios.

El primer asunto concernía a Maslova y a los medios para poder acudir en su ayuda. Consistía actualmente en las gestiones que había que hacer para

apoyar el recurso de gracia, y en los preparativos del viaje a Siberia.

El segundo asunto se refería a la organización de sus propiedades. En Panovo, Nejludov había cedido sus tierras a los campesinos, con la condición de pagar una renta destinada a las propias necesidades generales de ellos mismos. Mas, para sancionar esta cesión, tenía aún que redactar y firmar el contrato y su testamento. En Kuzminskoie había dejado las cosas en el estado en que se encontraban cuando salió de allí, es decir, que la renta de la tierra debía pagársele a él mismo. No le quedaba más que fijar los plazos, así como la parte que guardaría para él y la que dejaría a los mujiks. Ignorando los gastos que exigiría su viaje a Siberia no podía decidirse, por el momento, a abandonar sus ingresos, aunque los hubiese reducido a la mitad.

La tercera ocupación era la ayuda que podría aportar a los presos, cada vez más numerosos, que se dirigían a él. Al principio, en cuanto le solicitaban su apoyo, se ponía inmediatamente con celo a hacer gestiones en favor de ellos. Pero después, el número se hizo tan grande, que había comprendido la imposibilidad de acudir en ayuda de cada uno de ellos por separado. Así, fue llevado al cuarto asunto, que, en aquellos últimos tiempos, lo tenía más preocupado que todos los demás.

Se trataba de saber por qué y cómo había podido nacer aquella extraña institución llamada el tribunal criminal, el cual tiene como consecuencia las cárceles, a cuyos inquilinos él había aprendido a conocer en parte, y todos los lugares de detención, desde la fortaleza de Pedro y Pablo hasta la isla de Sajalín, donde languidecían cientos de millares de víctimas de esa ley de criminalidad, tan sorprendente para él.

De sus relaciones personales con los presos, de los informes suministrados por el abogado, por el capellán, por el director de la cárcel y también por listas de presos, Nejludov había extraído la conclusión de que el conjunto de los detenidos calificados de criminales podía dividirse en cinco categorías.

A la primera pertenecían aquellos que eran claramente inocentes, víctimas de errores judiciales, como el falso incendiario Menchov, Maslova y otros. Según el capellán, el número era bastante reducido, de un siete por ciento aproximadamente; pero, en cambio, su situación era de las más acongojadoras.

La segunda categoría comprendía a los hombres condenados por crímenes cometidos en circunstancias especiales: furor, celos, embriaguez, etcétera, actos de los cuales sus jueces se habrían sin duda hecho culpables si se hubieran encontrado en los mismos casos. En proporción, estas gentes eran numerosas, más de la mitad, según el cálculo de Nejludov.

En la tercera categoría se encontraban los hombres condonados por actos no culpables, incluso buenos a sus ojos, pero considerados criminales por los

hombres encargados de elaborar y de aplicar las leyes. Así, los que habían vendido aguardiente de contrabando y los que habían robado hierba o leña en propiedades públicas o privadas. Igualmente pertenecían a esa categoría los montañeros del Cáucaso, acostumbrados al pillaje, y los irreligiosos, desvalijadores de iglesias.

En la cuarta categoría podían alinearse aquellos a los que se había condenado únicamente porque su valor moral era superior al valor moral medio de la sociedad. Así, los miembros de diferentes sectas religiosas, lo mismo que los polacos y los quirguices, que defendían su independencia; y también los de-tenidos políticos, socialistas y huelguistas, condenados por insubordinación contra la autoridad. La proporción de estos miembros, los más nobles de la sociedad, era muy grande, como había podido comprobar Nejludov.

En fin, la quinta categoría abarcaba a desgraciados infinitamente menos culpables para con la sociedad de lo que ella lo era para con ellos por haberlos abandonado y deprimido por una constante opresión; así el joven de las alfombras y centenares de casos semejantes, llevados casi sistemáticamente por las condiciones de su existencia al acto que se consideraba criminal. La prisión contenía gran cantidad de ladrones y de homicidas de esta categoría, en la que Nejludov incluía igualmente a esas gentes fundamental y naturalmente pervertidas, llamadas «criminales natos» por una nueva escuela y cuya existencia sirve de justificación a los defensores de la necesidad del código y del castigo. Estas muestras del supuesto tipo criminal, anormal y perverso, eran, para Nejludov, hombres menos culpables para con la sociedad de lo que ésta lo era para con ellos, tanto más cuanto que, siéndolo para con ellos, lo había sido ya para con sus padres y sus abuelos.

Así, Nejludov había tenido ocasión de entablar conocimiento en la cárcel con un ladrón reincidente llamado Ojotin. Hijo natural de una prostituta, criado en el hospicio y no habiendo seguramente encontrado, hasta los treinta años, a un hombre dotado de sentimientos morales superiores a los de un agente de policía, se había afiliado desde su juventud a una banda de ladrones. Pero a pesar de eso tenía un cierto talento de cómico que le granjeaba simpatías. Aun solicitando la protección de Nejludov, no podía abstenerse de burlarse de él mismo y de sus compañeros, de los jueces y de la cárcel y de todas las leyes humanas y divinas.

Otro detenido, Fedorov, guapo muchacho, había matado, a la cabeza de una banda, a un viejo funcionario. Era un campesino cuyo padre había sido desposeído injustamente de su casa. Luego, estando en el regimiento, había sufrido por haber amado a la querida de un oficial. Era una naturaleza ardiente y simpática, siempre ávida de goces; en el curso de su existencia no había visto una sola vez a hombres preocupados de otra cosa que de gozar ni había

oído decir que para el hombre hubiese otra cosa que el placer.

Nejludov había visto claramente que aquellas dos naturalezas estaban pervertidas por haber sido descuidadas, como plantas a las que se abandona y se atrofian. Había visto también a un vagabundo y a una presa, repulsivos por su embrutecimiento y su casi crueldad; pero en ninguno de ellos habría podido reconocer a ese «tipo criminal» imaginado por la escuela italiana; no veía en ellos más que a seres personalmente antipáticos, en la misma proporción que los que veía en libertad, de frac, con uniforme o con encajes.

La preocupación de Nejludov consistía, pues, en estudiar las causas del encarcelamiento de estas diversas categorías de individuos, comparados con otros hombres, semejantes en todos los aspectos, que se pasean libremente y que llegan incluso a juzgar a los primeros.

Nejludov había tenido primeramente la esperanza de encontrar en los libros respuesta a estas preguntas, y había comprado todas las obras sobre la materia. Había leído con la mayor atención a Lombroso, Garofalo, Ferri, List, Maudsley, Tarde; pero, cuanto más los leía, mayor era su decepción. Le pasaba lo que le ocurre a cualquier hombre que estudia una ciencia no para figurar entre los sabios ni para escribir, discutir o enseñar, sino para encontrar una respuesta a preguntas simples, prácticas y vitales: esta ciencia que él estudiaba resolvía numerosos problemas de los más sutiles relacionados con las leyes de la criminalidad, pero no proporcionaba ninguna respuesta al asunto que lo traía preocupado.

Esta pregunta, sin embargo, era bien simple: ¿por qué algunos hombres se arrogaban el derecho de encerrar, de torturar, de deportar, de golpear, de matar a otros hombres, siendo así que ellos mismos eran semejantes a esos hombres a los que torturaban, golpeaban y mataban? Pero, en lugar de contestar a esta pregunta, los sabios cuyas obras consultaba se preguntaban si la voluntad humana es libre o no, si la forma del cráneo puede hacer catalogar a un hombre como criminal, qué papel desempeña la herencia en el crimen y si el instinto de imitación no desempeña en él igualmente un papel. ¿Hay una inmoralidad atávica? ¿Qué es la moralidad? ¿Qué es la locura? ¿Qué es la degeneración? ¿Qué es el temperamento? ¿Qué acción ejercen sobre el crimen el clima, la alimentación, la ignorancia, la imitación, el hipnotismo, la pasión? ¿Qué es la sociedad? ¿Cuáles son sus deberes?, etcétera, etcétera.

Todas estas consideraciones recordaban a Nejludov la respuesta que en otros tiempos le había dado un niño que volvía de la escuela y al que había preguntado si sabía ortografía. «Perfectamente», había respondido el niño. «Pues bien, deletréame la palabra hoja.» «Pero, ¿qué clase de hoja? ¿Una hoja de árbol?», había preguntado el niño con aire malicioso. En forma de pregunta, era la misma respuesta a su única y primordial interrogación, lo que

Nejludov encontraba en las obras de los sabios.

Encontraba en ellas muchas reflexiones sutiles, profundas, interesantes, pero ninguna respuesta a esta pregunta fundamental: ¿con qué derecho castigan unos a otros? Lejos de responder, aquellas reflexiones tendían, por el contrario, a explicar y justificar el castigo, cuya necesidad no podía ser puesta en duda.

Nejludov continuaba leyendo mucho, pero solamente en sus ratos perdidos. Atribuía la imposibilidad en que se hallaba de instruirse a su estudio superficial, y esperaba encontrar, en consecuencia, la respuesta buscada. De este modo no se creía autorizado para estimar que era exacta la respuesta que había encontrado él mismo y que se ofrecía a su espíritu con una evidencia creciente.

XXXI

La partida del convoy de los forzados en el cual estaba incluida Maslova había quedado fijada para el 5 de julio. Nejludov resolvió seguirla el mismo día. La víspera de su marcha, su hermana y el marido de ésta habían venido a verlo. La hermana de Nejludov, Natalia Ivanovna Ragoyinskaia, que le llevaba diez años, había tenido una gran influencia en su educación. Lo había querido mucho cuando él era niño; luego, poco antes de su casamiento, ella con veinticinco años, él con quince, se habían compenetrado en una perfecta igualdad de humor, como si fuesen de la misma edad. Ella estaba entonces enamorada de Nicolenka Irteniev, el difunto amigo de su hermano. Los dos querían a Nicolenka, y, en él y en ellos mismos, amaban todo lo que es bueno y todos los sentimientos que unen a los hombres.

Después, los dos se habían depravado: él, durante su estancia en el regimiento; ella, por su casamiento con un hombre al que amaba con un amor completamente sensual, pero que no tenía gusto ninguno por lo que ella y Dmitri consideraban antaño como el ideal de lo bueno y de lo bello. Y no solamente su marido no se sentía atraído en modo alguno por aquel ideal, sino que incluso era incapaz de comprenderlo. Esta aspiración hacia la perfección moral, este deseo de ser útil a los hombres, en que Natalia había vivido antaño, eran interpretados por su marido de la única manera que estaba a su alcance, en el sentido de una hinchazón de amor propio y por la necesidad de distinguirse.

Ragoyinsky era un hombre sin fortuna y de cuna mediocre; pero, funcionario muy hábil, que maniobraba diestramente entre el liberalismo y la

reacción, aprovechándose de estas dos corrientes según las circunstancias y la época, y poseyendo sobre todo algo especial que agradaba a las mujeres, había hecho en la magistratura una brillante carrera. Ya con una cierta edad, había entablado en el extranjero conocimiento con la familia de Nejludov, había conseguido que Natacha lo quisiera y se había casado con ella contra el deseo de la madre de la joven, quien consideraba aquél un casamiento desigual.

Aunque tratara de disimularse a sí mismo aquel sentimiento, Nejludov detestaba a su cuñado. Éste le era antipático por la vulgaridad de su alma y su suficiencia de hombre limitado; pero lo detestaba más aún por el hecho de que su hermana hubiera podido prendarse con un amor tan egoísta y tan sensual, de aquella naturaleza miserable, ahogando así todo lo que había de bello y de noble en ella misma. Nunca podía pensar sin sufrimiento en que Natacha se hubiera convertido en la mujer de aquel corpulento hombre velludo, de cráneo reluciente. Ni siquiera podía reprimir la repulsión hacia sus hijos. Y cada vez que se enteraba de que ella tenía un nuevo embarazo, a pesar suyo experimentaba la impresión de que su hermana se había contaminado de nuevo con alguna enfermedad repugnante al contacto de aquel hombre que en nada se le parecía.

Los Ragoyinsky habían venido a la ciudad sin sus niños, y se habían alojado en el mejor apartamento del mejor hotel. Natalia Ivanovna se dirigió inmediatamente a la antigua morada de su madre; no habiendo encontrado allí a su hermano y habiéndose enterado por Agrafena Petrovna de que se había alojado en una habitación amueblada, se hizo conducir allí. Un criado grasiento le salió al encuentro por un corredor oscuro, incluso en pleno día, y lleno de malos olores y le comunicó que el príncipe no estaba en su habitación.

Como Natalia Ivanovna manifestó el deseo de penetrar en la habitación de su hermano para escribirle algunas palabras, el criado la dejó entrar.

Ella examinó con curiosidad las dos habitacioncitas que ocupaba su hermano. En todas partes encontraba la limpieza y el orden minucioso que eran tan característicos de él; pero sobre todo se sentía impresionada por la simplicidad de aquella instalación sorprendente. Sobre la mesa distinguió el viejo pisapapeles de mármol adornado con un perro de bronce, y los cartapacios, el papel, el tintero, etcétera, que no le resultaban menos conocidos; y el código penal, y el libro de Henry George, y el de Tarde; y, dentro de este último, la gran plegadera curvada de marfil, de la que se acordaba también.

Se sentó a la mesa y escribió un billete en el que rogaba a su hermano que fuese a verla sin falta el mismo día. Y, meneando la cabeza de asombro por todo lo que acababa de ver, salió y se dirigió de nuevo a su hotel.

Dos cosas interesaban particularmente a Natalia Ivanovna en lo que se refería a su hermano: aquel casamiento con Katucha del que todo el mundo hablaba en la ciudad donde ella vivía, y aquella cesión de tierras a los campesinos, conocida igualmente por todos y a la que muchos atribuían incluso un carácter político y peligroso.

Por una parte, el casamiento con Katucha agradaba bastante a Natalia Ivanovna. Apreciaba su decisión en aquella circunstancia en que ella volvía a encontrarlo totalmente como era su hermano y en que volvía a encontrarse a sí misma como habían sido en el tiempo hermoso de su juventud. Mas, por otra parte, no podía dominar su espanto al pensar que su hermano iba a casarse con una criatura tan abominable; y, habiendo predominado este último sentimiento, decidió influir sobre Dmitri todo lo que pudiera para disuadirlo, aun sabiendo que sería difícil.

En cuanto a la entrega de las tierras a los campesinos, no la preocupaba tanto; pero, por el contrario, su marido se había turbado mucho por aquello y había exigido que usase ella de su influencia sobre su hermano. Ignaty Nikiforovitch Ragoyinsky afirmaba que esa decisión de Nejludov era el colmo del desatino, de la ligereza y de la vanidad, porque era imposible explicarse una acción semejante, si es que se pudiera explicar, más que por el deseo de singularizarse y de hacer que hablaran de él.

-¿Qué sentido tiene entregar las tierras a los campesinos, obligándolos a que paguen los impuestos ellos mismos?- repetía él-. Si le interesaba desembarazarse de sus tierras, ¿por qué no venderlas por intermedio del Banco Rural? Eso tendría por lo menos un sentido. Pero todo el conjunto de su conducta hace sospechar un estado de espíritu anormal- añadía Ignaty Nikiforovitch, previendo ya para él la posibilidad de quedarse con la tutela de los bienes de Nejludov. Y exigía de su mujer que hablase seriamente con Dmitri de su extraña resolución.

XXXII

Al regresar, Nejludov encontró en su mesa el billete de A su hermana, y se apresuró a dirigirse a su alojamiento.

Era ya por la tarde; Ignaty Nikiforovitch reposaba en la habitación contigua y sólo Natalia acudió al encuentro de su hermano. Estaba vestida con una bata de seda negra ceñida por el talle, con una cinta roja sobre el pecho; iba peinada a la última moda, con los negros cabellos realzados. Se adivinaba que hacía esfuerzos para rejuvenecerse y agradar más a su marido.

Al ver a su hermano abandonó vivamente el diván en el que estaba sentada y corrió a su encuentro con un paso rápido que hacía susurrar su falda de seda. Se besaron, y luego, sonriendo, se miraron a los ojos. Misteriosa, significativa a inexpresable, la mirada de ambos se intercambió, y todo en esa mirada era verdad; pero inmediatamente empezó un cambio de palabras donde la verdad estaba ausente.

No habían vuelto a verse desde la muerte de la madre.

Has engordado y tu has rejuvenecido- le dijo él.

Los labios de Natacha se estremecieron de placer.

-Pues lo que es tú, estás más delgado.

-¿Dónde está Ignaty Nikiforovitch?- preguntó Nejludov.

Descansa. Esta noche ha dormido muy mal.

Muchas cosas habrían debido decirse entre ellos, pero las palabras no decían nada, en tanto que las miradas decían que lo que se habría debido decir no fue dicho.

-¿Sabes que he ido a tu alojamiento?

-Sí, lo sé. No he tenido más remedio que abandonar nuestro piso. Es demasiado grande; me sentía allí muy solo y me aburría. Todos los muebles, todo lo que está allí me resulta inútil: quédate con todo.

-Sí, Agrafena Petrovna me ha hablado ya de eso. Te lo agradezco infinitamente. Pero...

Como en aquel momento el camarero del hotel trajo el servicio de té en una bandeja de plata, guardaron silencio hasta que hubo salido.

Natalia Ivanovna se sentó en un sillón cerca de la mesita y se puso a preparar silenciosamente el té. También Nejludov permanecía callado.

-Bueno, Dmitri; lo sé todo- dijo con decisión Natacha mirándolo.

-Más vale así.

-Pero, verdaderamente, ¿puedes tener la esperanza de hacerla mejor después de la vida que ella ha llevado?- le preguntó su hermana.

Nejludov permanecía sentado muy rígido en una silla y la escuchaba con atención, tratando de comprender bien y de responder bien. El estado de ánimo provocado por su última entrevista con Maslova continuaba manifestándose por una alegría tranquila y una buena disposición hacia todos los hombres.

No es a ella a quien quiero hacer mejor; es a mí-dijo por fin.

Natalia Ivanovna lanzó un suspiro.

-Pero, ¿no dispones para eso de otros medios que el casamiento?

-Yo creo, por mi parte, que es el medio mejor, sobre todo porque me abre la entrada a un mundo donde puedo hacerme útil.

-Dudo- dijo Natalia Ivanovna- que eso pueda hacerte feliz.

-No es cuestión de mi felicidad.

-Sí, comprendo. Pero si ella tiene corazón, un casamiento así no la haría dichosa: no puede desearlo.

-Y así es, no lo desea.

-Pero, en fin..., la vida...

-¿Qué le pasa a la vida?

La vida exige otra cosa.

-No exige nada más sino que cumplamos nuestro deber- respondió Nejludov, observando el bello rostro de su hermana, marcado ya por los años con algunas arrugas alrededor de los ojos y de la boca.

-No lo comprendo- dijo ella con un nuevo suspiro.

« ¡La pobre, la querida, cuánto ha cambiado! », pensaba Nejludov recordando a Natacha cuando jovencita, y experimentando por ella un tierno sentimiento al que se mezclaban numerosos recuerdos de la infancia.

En aquel momento, Ignaty Nikiforovitch entró en la habitación, llevando, como siempre, la cabeza alta y el pecho bombeado, caminando lentamente, pero con un paso ágil, y sonriendo mientras brillaban sus gafas, su calvicie y su barba negra.

Buenos días. ¿Cómo está usted?- dijo con afectación. Aunque inmediatamente después del casamiento habían tratado de tutearse, se habían quedado con el «usted».

Se estrecharon la mano a Ignaty Nikiforovitch se dejó caer dulcemente en una butaca.

-¿No os molesto en vuestra conversación?

-No. No oculto a nadie ni lo que digo ni lo que hago.

Al volver a ver aquel rostro, aquellas manos peludas, al oír aquel tono de voz condescendiente y que rebosaba suficiencia, las disposiciones amistosas de Nejludov se habían desvanecido de repente.

-Sí, hablamos de su proyecto- dijo Natalia Ivanovna-. ¿Quieres que te

sirva?- añadió, cogiendo la tetera.

-Si me haces el favor... ¿Y de qué proyecto se trata?

-El de ir a Siberia con el convoy de presos donde se encuentra la mujer para la cual me considero culpable- declaró Nejludov.

-Incluso he oído decir que no se trataba solamente de acompañarla, sino de algo más.

-Sí, de casarme con ella, si ella consiente.

-¡Ah!, ¿sí? Pues, si no tiene usted inconveniente, le agradecería que me explicase los motivos. Yo no los comprendo.

Los motivos son que esta mujer... su primer paso en el camino del vicio...

Nejludov no llegaba a encontrar una expresión conveniente, y eso no hacía más que irritarlo en mayor grado.

-El motivo es que soy yo el culpable, y es a ella a quien castigan.

-¡Oh, si la han castigado, es que probablemente tampoco ella es inocente!

-¡Es absolutamente inocente!

Y Nejludov, con una agitación superflua, contó toda la historia del proceso.

-Sí, negligencia del presidente y, como consecuencia, irreflexión de los jurados. Mas para ese caso está el Senado.

-El Senado ha rechazado el recurso.

-Entonces, es que los motivos de casación eran insuficientes- replicó Ignaty Nikiforovitch, quien por lo visto era de la opinión de los que creen que la verdad es el resultado de la actuación judicial-. El Senado no tiene por qué examinar los asuntos en cuanto al fondo. Pero si verdaderamente hubo error, se habría debido presentar un recurso de gracia.

-Lo hemos presentado ya, pero no hay ninguna probabilidad de éxito. Harán una pregunta al Ministerio, el Ministerio se dirigirá al Senado, y el Senado confirmará su decisión. Y, como siempre, el inocente será castigado.

-Por lo pronto, el Ministerio no se dirigirá al Senado-dijo Ignaty Nikiforovitch con una sonrisa condescendiente-. Pedirá el expediente del caso y, si reconoce su error, tomará las conclusiones que procedan. Además, los inocentes nunca son condenados, o lo son muy rara vez. Solo se condena a los culpables- añadió tranquilamente, con una sonrisa de suficiencia.

-Pues bien, yo tengo la prueba de lo contrario- afirmó Nejludov, cada vez de peor talante hacia su cuñado-. He adquirido la certidumbre de que casi la mitad condenados por los tribunales son inocentes.

-¿Cómo puede ser eso?

Son inocentes en el sentido más estricto de la palabra, como esta mujer lo es de haber envenenado al comerciante; como lo es ese campesino condenado, como he sabido, por un asesinato que no ha cometido; como lo son un hijo y una madre, acusados de un incendio del que el autor es otro al cual, no han condenado.

-Sin duda, siempre hubo y siempre seguirá habiendo errores judiciales. La justicia humana no puede tener aspiraciones de ser infalible.

-Y además, en su mayoría, los condenados son inocentes, porque, criados en determinados medios, no consideran criminales los actos que han cometido.

-Perdón; eso no es exacto. Cualquier ladrón sabe muy bien que el-robo no es una buena acción, que no debe robar, que es inmoral robar- dijo Ignaty Nikiforovitch con aquella misma sonrisa tranquila, segura y desdeñosa, que tanto irritaba a Nejludov.

-¡No, no lo sabe! Le dicen que no robe, pero él ve y sabe que sus patronos le roban su trabajo o no le pagan bastante; que el gobierno, con todos sus funcionarios, le roba en forma de impuestos.

-¡Eso es anarquismo!- dijo Ignaty Nikiforovitch, definiendo así, con impasibilidad, el sentido de las palabras de su cuñado.

-Poco me importa cómo se llame lo que digo, pero lo que digo es lo que es- replicó Nejludov-. Ese hombre sabe que el gobierno le roba; sabe que nosotros, los propietarios rústicos, le hemos robado desde hace mucho tiempo, despojándolo de su tierra, que debería ser propiedad común. Y cuando, después de eso, coge en nuestros bosques algunas ramas de leña muerta para encender su fuego, lo metemos en la cárcel, haciéndole creer que es un ladrón. Pero él sabe que no es él el ladrón, sino el que le ha robado a él la tierra, y, con respecto a su familia, considera como un deber cualquier restitución de la cosa robada.

-No le comprendo a usted, o más bien, no estoy de acuerdo con usted. La tierra tiene que ser forzosamente propiedad de un dueño. Si hoy la reparte usted en panes iguales, mañana habrá ido a parar a los más trabajadores y a los más hábiles-dijo Ignaty Níkiforovitch, seguro esta vez de que Nejludov era un socialista; no menos seguro de que la doctrina socialista consiste en el reparto igual de la tierra entre todos, que es perfectamente estúpida y que esa teoría es fácil de refutar.

-Pero nadie le está hablando a usted de repartir la tierra en partes iguales. La tierra no debe pertenecer a nadie y no debe ser un objeto de venta ni de compra ni de arriendo.

-El derecho de propiedad es natural al hombre. Si no existiera, nadie se preocuparía de cultivar el suelo. Suprimir el derecho de propiedad es volver inmediatamente al estado salvaje- declaró con autoridad Ignaty Nikiforovitch, repitiendo el conocido argumento a favor de la propiedad rústica, argumento considerado como irrefutable, porque la principal razón de la propiedad rústica es la sed de poseer.

-Al contrario, el suelo no estaría en barbecho como lo está hoy, puesto que los propietarios rústicos, que no saben cultivarlo ellos mismos, al menos no impedirían trabajarlos a los que saben.

-Escuche, Dmitri Ivanovitch; lo que usted dice es absolutamente desatinado. ¿Es posible, en nuestra época, suprimir el derecho de propiedad? Ya sé que es la manía de usted. Pero permítame decírselo francamente...

De pronto, el rostro de Ignaty Nikiforovitch se había puesto completamente pálido, y su voz había empezado a temblar. Sin duda alguna, aquella cuestión lo afectaba de modo especial.

-Con toda sinceridad, le aconsejaría que reflexionase aún sobre sus proyectos antes de llevarlos a la práctica.

-¿Quiere usted hablar de mis asuntos personales?

-Sí, estimo que todos nosotros, los que ocupamos una cierta situación, debemos asumir los deberos que de la misma se derivan para nosotros. Debemos conservar las condiciones de existencia que resultan de nuestro nacimiento, que nuestros padres nos han legado y que es nuestro deber transmitir a nuestros descendientes...

-Yo considero como deber mío...

-Permítame- dijo Ignaty Nikiforovitch sin dejarse interrumpir-. Mi interés, o el de mis hijos, no tienen nada que ver con lo que le estoy diciendo. La suerte de ellos está asegurada y, en cuanto a mí, gano lo suficiente para vivir con holgura. Por eso mi protesta contra la conducta de usted, insuficientemente meditada, permítame decírselo; no puede tener por motivo un interés personal, sino una convicción de principio y, por consiguiente, yo no sabría compartir su manera de ver las cosas. Le ruego, pues, que reflexione un poco más, que lea...

-Le agradeceré que me deje resolver mis asuntos por mi cuenta, así como el saber lo que me hace falta o no me hace falta leer- dijo Nejludov palideciendo. Sintió que las manos se le ponían frías y que no era ya dueño de sí. Se calló y se puso a beber su taza de té.

XXXIII

Bueno, ¿y los niños?- preguntó Nejludov a su hermana, después de haber recobrado un poco la calma.

Ella respondió que los niños se habían quedado con su abuela paterna; y, encantada de que hubiese cesado la discusión de su hermano con su marido, contó cómo sus hijos jugaban a los viajes con sus muñecas, exactamente como Nejludov jugaba, en su infancia, con su negro y una muñeca a la que él llamaba «La Francesa».

-¿Todavía te acuerdas de eso?- dijo Nejludov sonriendo.

-Sí, y precisamente ellos juegan de la misma manera.

La impresión penosa había desaparecido. Natalia, tranquilizada, pero queriendo evitar hablar delante de su marido de cosas que sólo ella y su hermano comprendían, encauzó la conversación sobre la desgracia de la señora Kamensky, quien había perdido en duelo a su hijo único.

Ignaty Nikiforovitch desaprobó las costumbres que permiten que un homicidio en duelo esté excluido de la categoría de los crímenes de derecho común.

Este comentario provocó una réplica de Nejludov, y de nuevo se enzarzó una discusión en la que ninguno de los dos adversarios pudo expresar todo su pensamiento, y cada uno permaneció con sus convicciones opuestas a las del otro.

Ignaty Nikiforovitch comprendía que Nejludov desaprobaba y despreciaba sus ocupaciones; y, por su parte, tenía el mayor interés en demostrarle la injusticia de esa desaprobación. A Nejludov, a su vez, lo irritaba ver como su cuñado se mezclaba en sus asuntos, aunque, en el fondo de su corazón, reconocía que, en tanto que herederos suyos, su cuñado, su hermana y los hijos de ambos tenían derecho a hacerlo. Pero lo que más lo irritaba era la seguridad y la suficiencia con que aquel hombre obtuso se empeñaba en admitir como razonables unos principios que él, Nejludov, consideraba absurdos a incluso criminales.

-Entonces, ¿qué debería hacer la justicia?- preguntó.

-Pues condenar al duelista superviviente a trabajos forzados como a un simple homicida.

Nejludov sintió en seguida que las manos se le ponían frías, y dijo con irritación:

-¿Y qué objeto tendría eso?

-Sería sencillamente justo.

-¡Como si la organización judicial que existe ahora tuviera algo que ver con la justicia!- dijo Nejludov.

-Pues ¿qué otro fin tiene, si no?

-Mantener los intereses de castas. Para mí, la justicia es simplemente un medio administrativo para conservar el actual orden de cosas, beneficioso para nuestra clase.

-He aquí un punto de vista muy nuevo- respondió Ignaty Nikiforovitch con su tranquila sonrisa. Por lo general, se atribuye a la justicia un papel muy distinto...

-En teoría, pero no en la práctica: me he dado cuenta muy bien. Nuestros tribunales no sirven más que para mantener a la sociedad en su estado presente; resulta de ello que persiguen y castigan lo mismo a quienes están por encima del nivel común y quieren elevarlo, aquellos a quienes se llama criminales políticos, que a los que están por debajo, aquellos a quienes se llama criminales natos.

-Primeramente, no puedo estar de acuerdo en que a los criminales políticos se les castigue-porque estén por encima del nivel medio. En su mayor parte son desechos de la sociedad tan pervertidos, aunque de otra manera, como los tipos criminales que usted coloca por debajo del nivel medio.

-Y yo conozco a hombres incomparablemente superiores a sus jueces. Todos los afiliados a sectas son gente de una moralidad absoluta, de una firmeza...

Pero Ignaty Nikiforovitch no era hombre que se dejase arrebatar la palabra. Continuó hablando sin escuchar a Nejludov e irritándolo por tanto aún más.

-Tampoco puedo estar de acuerdo en que los tribunales tengan por objeto mantener el orden de cosas existente. Tienen un objeto doble: primeramente, corregir...

-¡Bonita, la corrección en las cárceles!- interrumpió Nejludov.

...o mantener apartados- continuó Ignaty Nikiforovitch, sin dejarse desviar- a esos hombres depravados o feroces que amenazan la vida social.

-Pero es que precisamente los tribunales no hacen ni una cosa ni otra. La sociedad no puede nada contra eso.

-¿Qué quiere decir? No comprendo.

-Quiero decir que por lo que se refiere a castigos razonables no hay más que dos, los dos únicos que se empleaban antiguamente: el látigo y la muerte,

que, a consecuencia de la suavización de las costumbres, cada vez se usan menos.

-¡Eso sí que es original, y sorprende mucho que sea usted quien lo diga!

Pues sí: es lógico hacer sufrir a un hombre para impedirle renovar un acto que le ha acarreado sufrimientos; es lógico también cortar la cabeza a aquel de los miembros de la sociedad que resulta peligroso para ésta. Pero, ¿qué sentido tiene agarrar a un hombre, depravado ya por la pereza y el mal ejemplo, para encerrarlo en una cárcel donde la pereza se le convierte en algo obligatorio y donde está rodeado por doquier de malos ejemplos? ¿Qué sentido tiene transportarlo a expensas del Estado (cada deportado cuesta más de quinientos rublos) desde el gobierno de Tula al de Irkutsk o al de Kursk...?

-Sin embargo, los hombres temen estos viajes a expensas del Estado; sin ellos y sin las cárceles, no estaríamos sentados tranquilamente aquí como lo estamos en estos momentos.

-Pero es que esas cárceles de ustedes no garantizan en absoluto nuestra seguridad, puesto que los criminales no quedan allí perpetuamente, sino que se les suelta. Por el contrario, en esos establecimientos, los hombres se hacen más viciosos y, por consecuencia, más peligrosos.

-Quiere usted decir que nuestro sistema penitenciario tiene necesidad de perfeccionamiento, ¿no?

-¡Imposible perfeccionarlo! Si se quisiera hacerlo, se perdería más dinero aún que el que se pierde extendiendo la instrucción pública, y sería una nueva carga para el mismo pueblo.

-Pero los defectos del sistema penitenciario no tienen nada que ver con los tribunales- continuó Ignaty Nikiforovitch sin escuchar a su cuñado.

-¡Es absolutamente imposible remediar esos defectos!- replicó Nejludov alzando la voz.

-Pero, entonces, ¿qué, que se mate? ¿O bien, como propuso recientemente un estadista, que se saquen los ojos a los criminales?-preguntó Ignaty Nikiforovitch con una sonrisa triunfal.

-Eso sería cruel, pero por lo menos sería consecuente. En cambio, lo que se hace ahora no sólo es cruel a inconsecuente, sino tan estúpido que es imposible comprender cómo hombres de espíritu sano pueden participar en una obra tan cruel y tan insensata como la del tribunal de lo criminal.

-¡Sin embargo, yo formo parte de esa obra!-dijo, palideciendo, Ignaty Nikiforovitch.

-Eso es asunto suyo. Por mi parte, no lo comprendo.

Hay muchas cosas, creo, que usted no comprende- dijo Ignaty Nikiforovitch con voz temblorosa.

-He visto, en la Audiencia, cómo un fiscal se empeñó en hacer condenar a un pobre muchacho que no habría inspirado más que lástima a cualquier hombre de juicio recto. Sé cómo otro fiscal, después de interrogar a un «sectario», le aplicaba la ley criminal por una simple lectura del Evangelio. Por lo demás, la obra entera de los tribunales no consiste más que en actos crueles o estúpidos.

-Yo no sería magistrado si tuviese esa opinión- respondió Ignaty Nikiforovitch poniéndose en pie.

Nejludov creyó ver brillar algo tras las gafas de su cuñado. «¿Serán lágrimas?», pensó. Efectivamente, eran lágrimas, vertidas por un hombre ofendido. Ignaty Nikiforovitch se acercó a la ventana, sacó su pañuelo, tosió, se limpió las gafas y seguidamente se secó los ojos. Luego se sentó en el diván, encendió un cigarro y se quedó callado.

Al pensar que había herido tan profundamente a su cuñado y a su hermana, Nejludov se puso tanto más triste y avergonzado cuanto que partía al día siguiente y sabía que ya no tendría ocasión de volver a verlos. Muy turbado, se despidió de ellos.

«Quizás es verdad lo que le he dicho; por lo menos no ha podido objetarme nada; pero yo no habría debido hablarle de esa manera. Entonces, ¿es que el cambio que se ha operado en mí no es tan profundo, que he podido irritarme tanto, ofenderlo así y causar tanta pena a mí pobre Natacha? » pensó.

XXXIV

Al convoy de deportados del que formaba parte Maslova debía salir de la estación al día siguiente a las tres de la tarde. Nejludov resolvió por tanto encontrarse ante la puerta de la cárcel antes del mediodía, para verlo salir y acompañarlo hasta el ferrocarril.

Al poner, antes de acostarse, orden en sus efectos y sus papeles, habiéndole caído entre las manos su diario, releyó algunos pasajes, entre otros las últimas notas tomadas antes de su partida para Petersburgo: «Katucha rechaza mi sacrificio, pero se obstina en el suyo. Ella ha triunfado y yo he triunfado. Estoy encantado del cambio interior que me parece (tengo miedo de creer demasiado en eso) operarse en ella. Tengo miedo de creerlo, pero tengo la impresión de que ella renace.» Debajo estaba escrito: « He vivido un momento muy penoso y muy feliz: me he enterado de que ella se había comportado mal

en la enfermería. Y he sentido un sufrimiento horrible: nunca habría creído poder sufrir tanto. La traté con odio y repulsión; luego me acordé de que tantas veces yo había cometido, aunque no fuese más que con el pensamiento, el pecado que me la hacía odiosa; y de pronto, y en el mismo instante, me desprecié a mí mismo, y le tuve lástima, y sentí bienestar. Si pudiésemos ver siempre la viga que está en nuestro ojo, seríamos mucho mejores.» Y, en la fecha del día, anotó: «He ido a ver a Natacha, y simplemente, por contentarme a mí mismo, no me he mostrado bueno, sino malvado; y eso me ha dejado una impresión penosa. Entonces, ¿qué hacer? Mañana empieza para mí una vida nueva. ¡Adiós a la vida antigua, y para siempre! ¡Cuántas impresiones se amontonan! Pero todavía no puedo extraer de ellas una conclusión única.»

A la mañana siguiente, al despertar, su primer sentimiento fue el de arrepentirse vivamente de su conducta para con su cuñado. «Imposible marcharse así- se dijo-. Hay que ir a verlos y borrar todo eso.»

Pero al consultar su reloj se dio cuenta de que ya no tendría tiempo para eso si quería asistir a la salida del convoy. Habiendo acabado, a toda prisa, de empaquetar sus efectos y habiéndolos hecho llevar a la estación por el portero y por Tarass, el marido de Fedosia, que partía con él, llamó al primer coche de punto que vio vacío y se dirigió a la cárcel.

El tren de los presos partía dos horas antes que el tren correo que debía tomar Nejludov. No teniendo ya intención de volver al hotel, pagó la cuenta de su habitación.

Era en el momento de los pesados calores de julio. El pavimento, las piedras de las casas, el hierro de las techumbres, no habiendo podido enfriarse durante la cálida noche, devolvían el calor al aire abrasador y estancado. No soplaba ni la más leve brisa, a incluso si se elevaba una ligera neblina, era como un soplo tórrido, lleno de polvo y de violentas emanaciones de pintura al aceite. Casi todas las calles estaban desiertas, excepto algunos raros transeúntes que pasaban pegados a las paredes, buscando un poco de sombra. Únicamente los trabajadores encargados de arreglar el pavimento, calzados con botas de fieltro, achicharrados por el sol, estaban sentados en medio de la calzada, golpeando con sus martillos adoquines que introducían en la arena caliente.

O también, lentos agentes de policía, con uniforme de tela cruda, cruzado por el cordón naranja de su revólver, caminaban con pereza por la acera mientras los tranvías, con las cortinillas bajadas por un lado y los caballos encapuchados de tela blanca que dejaba pasar por una abertura las orejas, subían y bajaban a lo largo de las calles, repiqueteando sin cesar.

Cuando Nejludov llegó ante la cárcel, el convoy no había salido aún. En el interior, desde las cuatro de la madrugada, se ocupaban en contar y revisar a

los deportados que debían partir. Había allí 623 hombres y 64 mujeres a quienes había que llamar según el registro, separar los enfermos y los débiles y luego entregarlos todos a la escolta.

El nuevo director, sus dos ayudantes, el médico, el ayudante de cirujano, el jefe de escolta y el empleado administrativo estaban sentados ante una mesa repleta de papelotes y colocada en el patio, a la sombra de un muro. Las autoridades llamaban a los presos uno a uno, los examinaban, los interrogaban y los iban anotando.

La mesa estaba ya iluminada a medias por el sol; el calor crecía y se hacía sofocante, a consecuencia de la falta de viento y del vapor que se desprendía de la muchedumbre de los presos.

-¡Pero esto no acabará jamás!-exclamó el jefe del convoy, un mocetón alto y vigoroso, de rostro rubicundo, anchos hombros y brazos cortos que no dejaba de ahumarse de tabaco el bigote que le cubría el labio-. ¡Me abruman ustedes! ¿Dónde habéis atrapado tantos? ¿Quedan todavía muchos?

El escribiente consultó su registro:

-Todavía veinticuatro hombres, y las mujeres.

-Bueno, ¿qué pasa? ¿Por qué os habéis parado? ¡Avanzad!- gritó el oficial a los presos a los que no se había examinado aún y que se amontonaban. Estaban allí desde hacía tres horas, en las filas, a pleno sol, aguardando su turno.

Mientras en el interior se procedía a esta operación, ante la puerta principal de la cárcel estaba, como siempre, un centinela con el fusil al hombro. En la placita había una veintena de carritos destinados a transportar los efectos de los presos y a conducir a la estación a los débiles y a los enfermos. En la esquina de la cárcel, un grupo de parientes y de amigos aguardaba la salida de los deportados para volverlos a ver por última vez y entregarles lo que pudieran. Nejludov se incorporó a aquel grupo.

Permaneció ante la puerta casi una hora. Por fin percibió cómo llegaban del interior de la cárcel ruidos de pasos y de cadenas, las voces de las autoridades, toses y el murmullo confuso de una multitud numerosa. Aquello duró cinco minutos, durante los cuales los guardianes no cesaron de aparecer a la puerta, para desaparecer acto seguido.

Luego se oyó una orden; la puerta se abrió con estrépito, el ruido de las cadenas se acentuó, y un destacamento de soldados, vestidos con guerreras blancas, con el fusil al hombro, vino a formar a los dos lados de la puerta un amplio semicírculo. Luego resonó una nueva voz de mando, y, dos a dos, empezaron a salir los presos tocados con gorras planas comes tortas, colocadas

sobre sus rapadas cabezas, el saco a la espalda, arrastrando los pies cargados de hierros, balanceando un brazo y sujetando con la otra mano la extremidad del saco que colgaba tras sus hombros. Primero avanzaron los forzados, uniformemente vestidos de gris con pantalones y capotes, estos últimos con una mochila a la espalda. Todos, jóvenes, viejos, delgados, altos, pálidos, sonrosados, morenos, bigotudos, barbudos, imberbes, rusos, tártaros, judíos, salían haciendo resonar sus cadenas y balanceando el brazo como si se preparasen para una larga marcha. Pero, después de una docena de pasos, se detuvieron con sumisión y se pusieron en columna de a cuatro. En pos de ellos venían otros hombres análogamente vestidos a igualmente rapados, pero no tenían hierros en los pies, sino esposas en las muñecas: eran los condenados a deportación. Con el mismo aire desenvuelto, salieron, se detuvieron y se colocaron de a cuatro en fondo. Luego venían los condenados por las comunidades locales. Por fin, en el mismo orden, las mujeres: primeramente las condenadas a trabajos forzados, con capotes grises carcelarios y pañuelos a la cabeza; luego las deportadas y por último las mujeres que partían voluntariamente para seguir a sus maridos y que iban vestidas con sus ropas de ciudad o de campo. Varias llevaban niños en brazos. Otros niños y niñas caminaban a pie, apretándose contra los presos, como potrillos jóvenes en una manada de caballos. Los hombres permanecían silenciosos, cambiando apenas una palabra de vez en cuando. Entre las hileras de las mujeres había por el contrario un incesante ruido de voces.

A la salida, Nejludov creyó reconocer a Maslova, pero la perdió pronto de vista y no distinguió ya sino una masa confusa de criaturas vestidas de gris, todas semejantes, todas privadas igualmente de apariencia humana, sobre todo de feminidad, y que, con los niños, con el saco a la espalda, se colocaban detrás de los hombres.

Aunque ya hubieran contado a los deportados en el patio de la cárcel, los soldados de la escolta se pusieron a contarlos de nuevo, repasando las listas que les habían entregado. Esta comprobación duró bastante tiempo, porque ciertos presos cambiaban de sitio y perturbaban así el recuento. Los soldados injuriaban y empujaban a los presos, sumisos pero llenos de odio, y proseguían su comprobación. Cuando el recuento hubo terminado, el oficial del convoy dio una orden, y un cierto tumulto agitó a la multitud. Los enfermos, hombres y mujeres, y los niños, salieron de las columnas y se precipitaron hacia los carros para instalarse en ellos cerca de los sacos. En estos carritos, en confusión, las madres amamantaban a sus hijos; los mayorcitos, alegres, se peleaban por los puestos, en medio de los enfermos, sombríos y tristes.

Algunos otros presos, destocados, se acercaron a hablarle al oficial encargado del convoy. Nejludov se enteró posteriormente de que le habían pedido permiso para subir a los carros. Sin mirarlos, el oficial aspiró el humo

de su cigarrillo y, de pronto, alzó la mano sobre uno de ellos, quien encogió la cabeza entre los hombros para esquivar el golpe y luego dio un salto atrás.

-¡Vas a ver cómo te hago noble! ¡Vas a acordarte! ¡Llegarás muy bien a pie!- gritó el oficial.

Únicamente un alto anciano todo tembloroso, cargado de hierros, fue admitido a hacer el trayecto en coche. Se quitó su gorra plana, hizo la señal de la cruz, depositó su saco en un carrito y durante mucho tiempo estuvo haciendo esfuerzos para subir él mismo, estorbado como estaba por sus hierros. Desde el vehículo, una mujer lo ayudó a subir agarrándolo por los brazos.

Una vez llenos los carros, el oficial se quitó la gorra, se secó con el pañuelo la frente, el calvo cráneo y el grueso cuello rojo, a hizo la señal de la cruz.

-¡En marcha el convoy!- ordenó.

Resonó un ruido de báculos; los presos, quitándose sus gorras, se persignaron, algunos con la mano izquierda; los parientes y los amigos les gritaron sus adioses, a los que respondieron; de las columnas de las mujeres se elevaron lamentaciones, y el cortejo, flanqueado por los soldados de blancas guerreras, se puso en movimiento, levantando el polvo a cada paso de las piernas cargadas de cadenas. A la cabeza, detrás de los soldados, caminaban los condenados a trabajos forzados; luego, los deportados; después, los condenados por las comunidades, las esposas en las muñecas y por parejas, y luego las mujeres. Por último, cuatro a cuatro, los carros cargados de sacos y de enfermos cerraban el cortejo, y en uno de ellos iba sentada una mujer toda arrebuja que sin descanso chillaba y sollozaba.

XXXV

El cortejo era tan largo, que ya las primeras filas habían dado la vuelta a la esquina de la calle cuando los carros se pusieron en movimiento. Nejludov volvió a subir entonces a su coche y dio orden al cochero de avanzar lentamente, para ver si, entre los hombres, había presos a los que conociera, y, entre las mujeres, para localizar a Maslova y preguntarle si había recibido los efectos que él le había enviado.

El calor había aumentado aún más: no había siquiera el menor soplo de aire, y el polvo, levantado por un millar de pies, planeaba sin cesar por encima de los presos. Éstos caminaban con paso firme, y el caballito del coche de alquiler que llevaba a Nejludov apenas conseguía rebasarlos.

Fila a fila, los pies idénticamente calzados y con un paso cadencioso, caminaban seres que ofrecían un aspecto extraño y aterrador y que balanceaban su brazo libre como para darse ánimos. Eran tan numerosos, tan semejantes, colocados en condiciones tan especiales y extrañas, que se le aparecían a Nejludov no ya como hombres, sino como criaturas fantásticas. Esta impresión desapareció en parte cuando, en el grupo de forzados, distinguió al asesino Fedorov y, entre los deportados, al chistoso Ojotin y a otro vagabundo que se había dirigido a él. Casi todos los presos lanzaban una mirada hacia el coche de Nejludov y hacia el señor que los examinaba. Fedorov inclinó la cabeza para indicarle a Nejludov que lo había reconocido; Ojotin le guiñó el ojo; pero, creyendo que estaba prohibido, ni uno ni otro lo saludaron.

Una vez que llegó cerca de las mujeres, Nejludov distinguió inmediatamente a Maslova. Caminaba en la segunda fila; la primera de esta fila era una mujer fea, toda colorada, de ojos negros, piernas cortas y con el capote ceñido a la cintura: era la Hermosa; cerca de ella caminaba la mujer encinta, que se arrastraba con trabajo; la tercera era Maslova, que llevaba su saco al hombro y miraba delante de ella, la serenidad y la decisión pintadas en su rostro. La cuarta de la fila era una mujer joven y bonita con capote corto, cubierta la cabeza por un pañuelo anudado, y que caminaba resueltamente: era Fedosia.

Nejludov bajó del coche y se acercó a las mujeres con la intención de preguntar a Maslova cómo se encontraba; pero un suboficial que marchaba al flanco de la columna corrió hacia él.

-¡Prohibido acercarse al convoy, caballero!- gritó.

Luego, viendo a Nejludov, a quien todo el mundo conocía en la cárcel, se llevó la mano a la gorra y explicó respetuosamente:

-Imposible ahora. En la estación podrá usted hablarle; aquí está prohibido. ¡Vamos, en marcha!-gritó a los presos como si quisiera darse ánimos a sí mismo a pesar del calor, y vivamente regresó a su puesto con sus elegantes botas nuevas.

Nejludov se apartó y, después de decir al cochero que lo siguiera, se puso a caminar por la acera sin perder de vista-al convoy. Por todas partes, al paso de éste, se manifestaba una atención temerosa y compasiva. Las cabezas se inclinaban con curiosidad fuera de los coches para ver a los deportados. Los transeúntes se detenían y, con ojos abiertos de par en par, miraban el espantoso espectáculo. Algunos se acercaban y daban limosnas, que eran recibidas por los guardianes de la escolta. Otros, como hipnotizados, caminaban detrás de la columna, luego se detenían y, meneando la cabeza, no la seguían ya más que con los ojos. Llamándose uno a otro, acudían vecinos a las puertas o se

asomaban por las ventanas y miraban, inmóviles y silenciosos.

En una bocacalle, el convoy obstruyó el paso a un rico landó cuyo pescante estaba ocupado por un cochero de grandes posaderas, con hileras de botones a la espalda y cara reluciente. En el coche iban un hombre y una mujer: ella, flaca y pálida, con sombrero claro y una sombrilla de vistoso matiz; él, con sombrero de copa y elegante sobretodo canela. Frente a ellos estaban sus hijos: una niña de largos bucles rubios, toda adornada, fresca como una flor, con una sombrilla parecida a la de su madre, y un muchachito de unos ocho años, de largo cuello flacucho, de clavículas salientes y tocado con un sombrero de paja adornado con largas cintas. El padre reprochaba con malhumor al cochero no haber pasado antes que el convoy, en tanto que la madre hacía una mueca de repulsión y se tapaba la cara con su sombrilla para defenderse del sol y del polvo. El cochero de voluminosa grupa fruncía las cejas al escuchar los injustos reproches de su dueño, que era quien le había dado la orden de ir por aquella calle, y sujetaba con esfuerzo a los dos potros negros, relucientes y cubiertos de espuma. El agente de tráfico deseaba con todo su corazón prestar servicio al propietario del lujoso coche, deteniendo al convoy para dejarlo pasar, pero comprendía que la marcha de aquel cortejo era demasiado lúgubramente solemne para turbarla, ni siquiera en favor de un señor tan rico. Se contentó con llevar, en saludo militar, la mano a su gorra, en signo de respeto ante la opulencia, y mirar severamente a los presos, como si estuviera dispuesto a defender contra ellos a los notables paseantes. El coche tuvo, pues, que aguardar a que toda la columna hubiese desfilado y no se puso en movimiento más que después del paso del último carro cargado de sacos y de presas, entre las cuales se encontraba la mujer histérica, que se había callado, pero que al divisar el vehículo estalló de nuevo en fuertes sollozos. El cochero tocó las riendas, y los bonitos caballos negros, haciendo resonar sus herraduras sobre la calzada, arrastraron al coche de cauchutadas ruedas hacia la casa de campo donde iban a divertirse el marido, la mujer, la hijita y el niño de cuello largo y de clavículas salientes.

Ni el padre ni la madre dieron la menor explicación a la niña y al niño respecto al espectáculo al que acababan de asistir. Así, los niños se vieron obligados a explicarse ellos mismos la significación de aquel espectáculo.

Juzgando según el rostro de sus padres, la niña comprendió que aquellos hombres eran distintos que su padre y su madre y que los amigos de ambos, que era una gente mala y que había razón para tratarlos así; por eso le causaban simplemente miedo, y se sintió muy a sus anchas cuando hubieron desaparecido.

El flacucho muchachito, sin un parpadeo y con la mirada fija en aquel cortejo, resolvió la cuestión de muy distinto modo. Sabía, y con certidumbre, por haberlo aprendido directamente de Dios, que aquellos hombres eran

semejantes a él y a todos los hombres; que, por consiguiente, les habían hecho algo malo, que no habrían debido hacerles; y les tenía lástima, y experimentaba menos horror hacia aquellos hombres encadenados y rapados que hacia los que los habían encadenado y rapado. Por eso los labios se le hinchaban cada vez más, porque tenía que hacer un gran esfuerzo para no llorar, creyendo que sería vergonzoso para él llorar en aquellos momentos.

XXXVI

Nejludov marchaba con el mismo paso rápido que los presos, y, a pesar de la ligereza de su traje, el calor le resultaba cada vez más insoportable; se ahogaba sobre todo a causa del aire caliente, pesado, y del polvo que se arrastraba por las calles. Después de un cuarto de hora de marcha, subió de nuevo a su coche y dijo al cochero que avanzase; pero, sentado, el calor le parecía aún más penoso. Quiso pensar en su discusión de la víspera con su cuñado, pero aquel recuerdo que tanto lo había turbado pocas horas antes, ya ni siquiera le interesaba. Todos sus pensamientos estaban concentrados en el emocionante espectáculo del que acababa de ser testigo. Y, más que nada, el calor lo abrumaba.

Cerca de un seto, a la sombra de los árboles, vio a dos colegiales, sin nada a la cabeza, en pie junto a un vendedor ambulante de helados: uno de ellos se deleitaba ya lamiendo el barquillito; el otro espiaba los movimientos del vendedor, ocupado en llenar otro barquillo con una masa amarillenta.

-¿Dónde podría beber algo?-preguntó Nejludov al cochero con un deseo irresistible de tomar algo fresco.

-Cerca de aquí hay un buen traktir- respondió el cochero, y después de dar la vuelta a una esquina, dejó a Nejludov ante una escalinata adornada con un gran letrero.

Un encargado mofletudo, en mangas de camisa, y dos camareros vestidos con blusas que antaño fueron blancas ofrecieron sus servicios a aquel cliente desconocido, no sin haberlo mirado con curiosidad. Nejludov pidió agua de Seltz y se sentó en el fondo de la sala, ante una mesita cubierta por un mantel grasiento.

Dos hombres estaban sentados a una mesa próxima ante un servicio de té y una botella blanca; se enjugaban el sudor de la frente y, con calma, ajustaban cuentas. Uno de ellos, moreno, tenía una corona de cabellos que bordeaban su calva nuca, semejante a la de Ignaty Nikiforovitch. Aquella semejanza incitó de nuevo a Nejludov a pensar en su conversación de la víspera y en su deseo

de ver de nuevo a su cuñado y a su hermana antes de su partida. «No tendré tiempo antes de la partida del tren. Pero, ¿y si escribiera?», se dijo. Pidió papel, un sobre y un sello; luego, saboreando a sorbitos el agua fresca y burbujeante, reflexionó sobre lo que iba a escribir. Pero las ideas se le embrollaban y no podía llegar a redactar su carta.

« Querida Natacha: No quisiera abandonarte bajo la impresión penosa de mi entrevista de ayer con Ignaty Nikiforovitch...», empezó. «¿Qué decir luego? ¿Pedir perdón por mis palabras? Pero yo dije lo que pensaba, y él creería que me retracto. Y además, ¿esa manera de mezclarse en mis asuntos! ¡No, no puedo! » Y sintiendo de nuevo reavivarse en él su odio hacia aquel hombre desconocido, lleno de suficiencia e incapaz de comprenderlo, Nejludov se metió en el bolsillo la carta empezada, pagó y volvió a subir a su coche para reunirse con el convoy.

Del pavimento y de las paredes de las casas, tan fuerte era el calor, parecía brotar un soplo tórrido. Se hubiera dicho que los pies se cocían al contacto con el suelo, y Nejludov, al apoyar la mano sobre el barnizado reborde del coche, sintió como una quemadura.

El caballo se arrastraba con un paso pesado sobre el pavimento lleno de polvo; el cochero iba muerto de sueño; el mismo Nejludov, derrengado por el calor, miraba el vacío, incapaz de pensar. En una cuesta de la calle, frente a la puerta cochera de una gran casa, divisó de pronto a un grupo de hombres, entre los cuales se hallaba un soldado del convoy con el fusil colgado al hombro.

Nejludov ordenó al cochero que parase.

-¿Qué ha pasado?- preguntó al portero.

-Uno de los presos, que se ha sentido mal.

Nejludov bajó del coche y se acercó al grupo. Sobre el desigual adoquinado, al borde de la acera y con la cabeza más baja que los pies, yacía un deportado, un hombre con el rostro inyectado de sangre, la nariz roma, la barbilla roja, con capote y pantalones grises. Tendido boca arriba, cubiertas las palmas de las manos con manchas rojizas y tumbado en el suelo, alzaba a sacudidas su ancho pecho, suspiraba y, con los ojos fijos, encarnizados, parecía mirar al cielo. Alrededor de él estaban agrupados un guardia de preocupado rostro, un buhonero, un mozo de cuerda, un dependiente de comestibles, una anciana con una sombrilla y un chiquillo que llevaba una cesta vacía.

-Están debilitados por su encarcelamiento y los hacen caminar con todo el peso del calor, eso es lo que pasa- dijo el dependiente, volviéndose hacia Nejludov.

-¡Va a morirse, seguro!- gemía la vieja con voz quejumbrosa.

-¡Pronto, destaparle el pecho!- gritaba el mozo de cuerda.

Con sus grandes dedos torpones, el guardia se apresuró a desatar el cordón que cerraba la camisa, a fin de descubrir el cuello venoso y rojizo del preso. Era seguro que estaba conmovido y triste, pero no por eso se creyó menos obligado a reprender a los circunstantes.

-¡Vamos, circulen! ¡Bastante calor hace ya! Están ustedes impidiendo que el aire llegue hasta aquí.

-El deber del médico es examinarlos antes de que abandonen la cárcel, y hacer que se queden los enfermos. Y a éste lo han examinado cuando ya estaba medio muerto- insistía el dependiente, encantado al mostrar que conocía el reglamento.

El guardia, habiendo acabado de descubrir el pecho del preso, se puso en pie y miró en torno de él.

-¡Les he dicho que circulen! No es asunto que les incumba. ¿Qué queréis ver aquí?- dijo como si tomase a Nejludov por testigo. Pero no habiendo encontrado, en la mirada de éste, simpatía alguna, se volvió hacia el soldado de la escolta.

Éste se mantenía apartado, mirando su tacón despegado, y del todo indiferente a la agitación del guardia.

-Y aquellos a quienes incumbe no cumplen su deber. Dejar morir a la gente, ¿es que eso está en la ley? Será todo lo preso que se quiera, pero no deja de ser un hombre- decían algunas voces entre la multitud.

-Levántenle la cabeza y dénle un poco de agua- dijo Nejludov.

-Ya he enviado a buscar agua- respondió el guardia.

Luego, levantando al preso por un brazo, consiguió, después de algunos esfuerzos, colocarle la cabeza sobre el bordillo de la acera.

-¿Qué significa este tropel?- gritó de pronto una voz basta y autoritaria. Era un oficial de municipales que acudía con aire irritado; iba vestido con un uniforme deslumbrante y calzado con botas altas más resplandecientes aún-. ¡Circulen, circulen, y aprisa!- continuó, dirigiéndose a la muchedumbre y sin saber siquiera todavía de qué se trataba.

Cuando distinguió, yaciendo sobre el empedrado, al preso moribundo, hizo un signo de aprobación, como si esperase encontrarse con aquello, y, dirigiéndose al guardia, preguntó:

-¿Qué ha pasado?

El otro contó que, al paso del convoy, aquel preso había caído, y el oficial de la escolta había ordenado dejarlo allí.

-Bueno, pues ya está. No hay más que llevarlo a la comisaría. ¡Que vayan a buscar un coche!

-Acaba de ir el portero- dijo el guardia, llevándose la mano a la gorra.

El dependiente había vuelto a hablar del calor.

-¿Es que te incumbe a ti este asunto? ¡Continúa tu camino!- le gritó el oficial de municipales, mirándolo tan severamente, que el otro se calló en seguida.

Hay que darle de beber agua- repitió Nejludov.

El oficial lanzó igualmente sobre él una mirada severa, pero no dijo palabra. Cuando el portero volvió con un cubo de agua, el oficial dio orden al guardia de hacer beber al preso. El subordinado levantó de nuevo la cabeza del pobre diablo y se empeñó en verterle agua en la boca; pero el moribundo se resistía a tragarla, y el agua se le derramó sobre la barba, inundando su camisa y su capote impregnados de polvo.

-¡Échale el cubo por la cabeza!- ordenó el oficial.

El agente le quitó el gorro al deportado y vació toda el agua del cubo sobre su calvo cráneo, rodeado de rojizos cabellos rizados.

Los ojos del infeliz se abrieron de par en par, como dilatados por el espanto, pero su cuerpo permaneció inerte. El agua, manchada de polvo, corría por su rostro; penosos suspiros continuaban saliendo de sus labios, y todo el cuerpo se le estremecía.

-¿Y éste? ¡Tomadlo!- gritó el oficial, señalando al cochero de Nejludov-. ¡Vamos, tú, ven aquí!

-No estoy libre- respondió el cochero con aire de disgusto, sin levantar los ojos.

-¡Vamos!, ¿por qué os quedáis parados? ¡Transportadlo!

El agente de policía, el portero y el soldado levantaron al moribundo, lo metieron en el coche y lo instalaron en los cojines. Pero no le era posible mantenerse sentado; la cabeza se le cayó hacia atrás y el cuerpo resbaló del asiento.

-¡Que lo tiendan!- ordenó el oficial.

-No se preocupe usted, yo lo llevaré así- declaró el guardia.

Se sentó en el coche y agarró al preso por debajo de los brazos mientras el

soldado le levantaba los pies calzados con botas de fieltro y se los colocaba detrás del asiento.

El oficial divisó sobre el pavimento el gorro del deportado; lo recogió y cubrió con él la cabeza mojada y caída.

-¡En marcha!- ordenó.

El cochero se volvió con malhumor, agachó la cabeza y giró las riendas en dirección al cuartelillo de policía. En el coche, el agente trataba en vano de enderezar la cabeza del detenido, que inmediatamente volvía a caer sobre el hombro. El soldado le colocaba bien las piernas, sin dejar de caminar al lado del vehículo. Nejludov, a pie, seguía detrás del coche.

XXXVII

Llegando al puesto de policía, ante el cual estaba de centinela un bombero, el coche, cargado con el preso, penetró en el patio y se detuvo delante de una de las escalinatas.

En aquel patio, unos bomberos, en mangas de camisa, limpiaban algunos carros, riendo y hablando ruidosamente. Tan pronto se detuvo el coche, lo rodearon algunos guardias, agarraron por los brazos y por las piernas el cuerpo inerte del preso y lo sacaron del vehículo. El agente de policía que lo acompañaba bajó, sacudió el brazo, que se le había entumecido, se quitó la gorra e hizo la señal de la cruz. Subieron al muerto al primer piso, y Nejludov lo siguió.

En la sucia habitacioncita adonde había sido trasladado el cadáver se veían cuatro camastros, dos de los cuales estaban ocupados por enfermos: uno que tenía la boca torcida y el cuello vendado; el otro, un tísico. Depositaron el cuerpo en uno de los camastros vacíos. Un hombrecillo de ojos brillantes y que movía las cejas sin cesar, que no llevaba puesto más que la ropa interior y calcetines, se acercó a la cama con paso rápido, miró al muerto, luego a Nejludov y se echó a reír. Era un loco retenido en la enfermería del cuartelillo.

-Quieren meterme miedo- dijo-, pero no lo conseguirán.

Detrás del agente de policía que había traído al muerto entraron un oficial y un practicante.

Éste, habiéndose acercado a su vez a la cama, tocó la mano amarilla cubierta de manchas rojas, blanda aún, pero ya fría, la levantó y la soltó. Volvió a caer inerte sobre el vientre del muerto.

-Éste ya está listo- declaró, meneando la cabeza. Eso no le impidió, para conformarse al reglamento, abrir la camisa y, separando de su oreja los rizados cabellos, aplicarla sobre el pecho amarillento, bombeado a inmóvil del muerto. Todos callaban. El practicante se enderezó, meneó de nuevo la cabeza y bajó uno tras otro los dos párpados sobre los azules ojos abiertos de par en par.

-¿Qué hacemos?- preguntó el oficial.

Hay que bajarlo al depósito de cadáveres- respondió el practicante.

- Veamos, ¿es seguro?- preguntó aún el oficial.

-Desde luego. Ya lo he comprobado- respondió el practicante, volviendo a cerrar la camisa sobre el pecho del cadáver-. Por lo demás, voy a mandar llamar a Matvei Ivanovitch para que él lo examine. ¡Petrov, ve a buscarlo!

-Que lo bajen al depósito- ordenó el oficial-. Y tú ven a presentar tu informe a la oficina- dijo al soldado, quien permanecía de pie cerca del preso confiado a su custodia.

-A sus órdenes- dijo el soldado.

Unos agentes de policía agarraron el cadáver y lo transportaron a la planta baja. Nejludov iba a seguirlos cuando el loco lo detuvo.

-Usted no estará en connivencia con ellos, ¿verdad? Pues bien, deme un cigarrillo.

Nejludov se lo dio. Agitando sin cesar las cejas, el loco se puso a contarle todas las persecuciones de que era víctima.

-Están todos contra mí, y por medio de sus esbirros me torturan, me persiguen.

-Excúseme- dijo Nejludov, y sin esperar el final de la historia, salió de la habitación deseoso de saber lo que hacían con el muerto.

Los agentes habían atravesado ya todo el patio y se habían detenido ante la puerta de un sótano. Nejludov quiso reunirse con ellos, pero se lo impidió el oficial.

-¿Qué desea usted?

-Nada.

-¿Nada? Pues entonces, márchese.

Nejludov se sometió y volvió a su coche. Despertó al cochero, que se había quedado dormido en el pescante, y le ordenó que lo llevase a la estación.

Pero apenas habían avanzado cien pasos, encontró de nuevo, escoltado por un soldado del convoy, un carro sobre el cual estaba tendido otro preso, ya

muerto y que yacía boca arriba. La gorra se le había deslizado hasta la nariz, y su rapada cabeza, con un mechón negro, se movía con los bamboleos del carro. El carrero, con grandes botas, caminaba al lado de su caballo. Un agente de policía seguía detrás. Nejludov tocó en el hombro a su cocher.

Nejludov bajó del coche y, en pos del carro, volvió a entrar en el patio del cuartelillo. Los bomberos habían terminado la limpieza de sus vehículos, y en el sitio que ocupaban había ahora un capitán alto, huesudo, con un galón en el gorro, las manos en los bolsillos; examinaba gravemente a un gran caballo overo de cruz gastada, que un bombero paseaba delante de él. El caballo renqueaba de una mano, y el capitán hablaba con malhumor al veterinario que se encontraba cerca de él.

Al distinguir al segundo cadáver, el oficial de policía, también presente, se acercó al carrero.

-¿Dónde lo han encontrado?- preguntó, moviendo la cabeza con descontento.

-En la vieja Gorbatskai- respondió el agente.

-¿Un preso?- preguntó el capitán de los bomberos.

-Así es. Es el segundo hoy.

Bueno, vaya un desorden. Por lo demás, ¡qué calor!-dijo el capitán. Y, volviéndose hacia el bombero que llevaba el caballo cojo, le gritó: ¡Ponlo en la cuadra de la esquina! ¡Ya te enseñaré yo, hijo de perro, a estropear caballos que valen más que tú! ¡So inútil!

Lo mismo que el primero, el cadáver del preso fue llevado a la enfermería. Como hipnotizado, Nejludov lo siguió también.

-¿Qué quiere usted?- preguntó uno de los agentes.

Sin responder, Nejludov prosiguió su camino.

El loco, sentado en su cama, fumaba con avidez el cigarrillo que le había dado Nejludov.

-¡Ah, ha vuelto usted!- dijo, y soltó una risotada. Al divisar al muerto, hizo una mueca-. ¡Otra vez! Terminarán por aburrirme. No soy un niño, ¿verdad?- le preguntó sonriendo a Nejludov.

Pero éste miraba el cadáver sin que nada se lo impidiese, y cuyo rostro no estaba ya cubierto por la gorra. Tan feo como era el otro preso, éste por el contrario era extraordinariamente bello, de rostro y de cuerpo. Era un hombre en toda la plenitud de sus fuerzas. A pesar del afeamiento de su cabeza medio rapada, la pequeña frente enérgica que dominaba sus negros ojos, ahora inmóviles, era muy hermosa. Hermosa igualmente su nariz delgada y arqueada

encima de un fino bigotillo negro. Sus labios, azules ya, estaban plegados en una sonrisa; su barbilla no hacía más que sombrear su mandíbula inferior, y en el lado rapado de su cráneo aparecía una oreja fina y firme. La expresión de su rostro era al mismo tiempo tranquila, austera y bondadosa. Y no solamente aquel rostro testimoniaba posibilidades de vida moral que se habían perdido en aquel hombre, sino que las delicadas junturas de sus manos y de sus pies cargados de cadenas, la armonía del conjunto, el vigor de los miembros, todo aquello probaba también qué bella, fuerte y hábil bestia humana había sido, bestia en su especie infinitamente más perfecta que el caballo overo cuya torcedura tanto había irritado al capitán de bomberos. Y he aquí que lo habían matado, que nadie lo echaba de menos, no ya como hombre, sino ni siquiera como bestia de carga perdida inútilmente. El único sentimiento provocado por esta muerte en todas aquellas gentes era de despecho por las molestias que iba a causarles.

El médico, el practicante y el comisario de policía entraron en la sala. El médico, un hombre fornido, iba con chaqueta de alpaca y pantalón de la misma tela, ceñido, moldeándole las formas. El comisario era un hombrecillo gordo, de cara hinchada y roja, que él ponía más esférica aún a consecuencia de su costumbre de llenar las mejillas de aire y de vaciarlas seguidamente.

El médico se sentó sobre el camastro donde estaba tendido el cadáver y, como anteriormente había hecho el practicante, palpó las manos y auscultó el corazón; luego se levantó estirándose los pantalones.

-No se podría estar más muerto.

El comisario hinchó la boca de aire y la deshinchó.

-¿De qué prisión?- preguntó al soldado de escolta.

El soldado le respondió y se inquietó por los hierros que ceñían los tobillos del cadáver.

-Ya diré que se los quiten. Gracias a Dios tenemos herreros- comentó el comisario con su habitual movimiento de mejillas.

-¿Y por qué ha sido esto?- preguntó Nejludov al médico.

Éste lo examinó por encima de sus gafas.

-¿Cómo? ¿Que por qué? ¿Tiene algo de raro morir de una insolación? Es muy sencillo: encerrados durante todo el invierno, sin movimiento, sin luz, luego conducidos de pronto con un calor semejante y en manada, y encima la insolación...

-Entonces, ¿por qué los envían?

-¡Ah, eso pregúnteselo usted a ellos! Pero, a propósito, ¿quién es usted?

-Un transeúnte.

-¡Ah, ah, excúseme, no tengo tiempo!- dijo el médico estirándose los pantalones con malhumor y acercándose al lecho de los enfermos.

-Bueno, ¿cómo va tu asunto?- preguntó al hombre pálido de la boca torcida y el cuello vendado.

Durante este tiempo, el loco, sentado en su cama, había dejado de fumar y escupía en dirección al médico.

Nejludov bajó al patio; luego, después de haber pasado ante los caballos de los bomberos, las gallinas y los centinelas con casco de bronce, salió, volvió a subir a su coche y le dijo al cochero, que dormitaba, que lo llevase a la estación.

XXXVIII

Cuando llegó allí, todos los presos estaban ya instalados en vagones de ventanillas enrejadas. En el andén había algunas personas que acudieron para decirles adiós a parientes o a amigos, y a las cuales no se permitía acercarse a los vagones.

Los encargados del convoy estaban muy preocupados. En el trayecto desde la cárcel a la estación, cinco presos habían muerto de insolación. Además de los dos que vio Nejludov, hubo otros tres. Como los dos primeros, a uno de ellos lo habían llevado al cuartelillo más próximo de policía, y otros dos cayeron en la estación misma (A principios del año 1880, en Moscú, cinco presos murieron de insolación, en un mismo día, durante el trayecto entre la prisión de Butyra y la estación de Nijni Novgorod). Pero lo que preocupaba a los guardianes del convoy no era en modo alguno que aquellos cinco hombres confiados a sus cuidados y que hubiesen podido vivir, hubieran muerto; se inquietaban únicamente por tener que cumplir todas las formalidades exigidas en semejante caso por los reglamentos: entregar los cadáveres en manos de las autoridades competentes, así como sus papeles y sus efectos; borrar sus nombres de la lista de deportados conducidos a Nijni Novgorod; y todo aquello les causaba grandes molestias, más desagradables todavía bajo el sofocante calor.

Era, pues, debido a aquello por lo que los guardianes estaban preocupados; así, mientras todas aquellas formalidades no se hubiesen cumplido, no querían dejar ni a Nejludov ni a los demás que se acercasen a los vagones. Nejludov, sin embargo, obtuvo la autorización para ello, dando algún dinero a uno de los suboficiales encargados del convoy, con la condición de que no se quedaría

mucho tiempo, a fin de que no lo viese el jefe.

El tren se componía de dieciocho vagones, todos ellos, excepto el reservado a las autoridades, completamente atestados de presos. Al pasar ante las ventanillas de estos vagones, Nejludov oía por doquier ruidos de cadenas, querellas, discusiones esmaltadas de palabrotas; pero en ninguna parte, como él en cambio se había imaginado, hablaba nadie de los camaradas caídos durante el trayecto. Las conversaciones giraban ante todo sobre los sacos de equipaje, el agua para beber y la elección de los sitios.

Habiendo lanzado una ojeada al interior de un vagón, Nejludov vio allí, en pie en el pasillo central, a dos guardianes ocupados en librar a los presos de sus esposas. Éstos tendían sus manos por turnos; uno de los guardianes, con ayuda de una llave, abría el candado que sujetaba las esposas, y el otro las recogía.

Después de los vagones de los hombres, Nejludov llegó a los de las mujeres. En el segundo oyó una voz cascada que gemía con ritmo monótono:

-¡Oh, oh, padrecito; oh, oh, padrecito!

Nejludov lo rebasó y, siguiendo la indicación de uno de los guardianes, se acercó a la ventanilla del tercer vagón. Apenas lo hubo hecho, sintió subir hacia él un espeso olor a sudor y oyó voces estridentes. En todos los bancos había sentadas mujeres en capote y camisola, la cara roja y chorreando sudor; hablaban con animación. Les llamó la atención la figura de Nejludov al aparecer ante la ventanilla enrejada. Las más cercanas a la ventanilla se callaron y se acercaron. Maslova, en camisola, con la cabeza al descubierto, estaba sentada cerca de la reja opuesta. Junto a ella, la blanca y sonriente Fedosia, al reconocer a Nejludov, le dio un codazo a Maslova indicándoselo.

Ésta se levantó vivamente, volvió a colocarse al pañuelo sobre los negros cabellos y, con el rostro animado, rojo y cubierto de sudor, se acercó a la ventana y agarró los grandes barrotes de hierro.

-¡Vaya un calor!-dijo con aire muy alegre.

-¿Recibió usted los efectos?

-Los recibí. Gracias.

-¿No necesita usted nada?- preguntó Nejludov, sintiendo el calor que subía, como de una estufa, del vagón sobrecalentado.

-No necesito nada, gracias.

-A mí me gustaría mucho beber- murmuró Fedosia.

-¡Ah, sí, beber!- repitió Maslova.

-¿Es que no tienen ustedes agua?

-Sí, pero ya la hemos bebido toda.

-Ahora hablaré de eso con uno de los encargados del convoy- dijo Nejludov-. Y ya no volveremos a vernos hasta llegar a Nijni.

-¿Es que va usted?- exclamó Maslova, mirando a Nejludov con ojos gozosos y como si no estuviera enterada de aquello.

-Salgo en el tren siguiente.

Maslova no respondió nada y, algunos segundos después, lanzó un profundo suspiro.

-¿Es verdad, barin, que han hecho morir a doce presos?- preguntó, con una gruesa voz de mujik, una vieja reclusa.

Era Korableva.

-No he oído decir que fueran doce; pero he visto cómo transportaban a dos- respondió Nejludov.

-Dicen que ha habido doce. ¿Es que no van a hacerles nada? ¡Vaya unos demonios!

-¿Y entre las mujeres, no ha habido enfermas?- preguntó Nejludov.

-Nosotras las mujeres tenemos la vida más dura- replicó, riendo, otra deportada-. Pero lo curioso es que a una se le ha ocurrido dar a luz al llegar aquí. ¿No oye usted los gritos?- añadió, señalando el vagón contiguo, de donde salían quejas.

-Me preguntó usted si necesitaba algo- dijo Maslova, haciendo un esfuerzo para contener la alegría de su sonrisa-. Pues bien, ¿no habría modo de que dejaran a esa mujer aquí, ya que verdaderamente está sufriendo? Si dijese usted algo a los jefes...

-Sí, lo haré.

-Y luego, ¿no habría medio de que ella pudiese ver a su marido, Tarass?- añadió, señalando con los ojos a la sonriente Fedosia-. Él lo acompañará a usted, ¿verdad?

-¡Vamos, caballero, está prohibido hablar con los presos!- dijo un suboficial del convoy, uno distinto del que había dejado pasar a Nejludov.

Éste se alejó. Se dedicó a buscar al jefe del convoy para intervenir en favor de la parturienta y de Tarass; pero durante mucho tiempo no pudo encontrarlo ni obtener de los soldados noticias de dónde estaba. Los soldados erraban de acá para allá; unos conducían a un preso; otros corrían a comprarse

provisiones y a colocar sus sacos en los vagones; otros, por último, ofrecían sus servicios a una dama que viajaba con el oficial jefe del convoy y respondían apresuradamente a las preguntas de Nejludov.

Había sonado ya el segundo toque de campana cuando Nejludov distinguió por fin al oficial. Éste se enjugaba con su corto brazo el bigote que casi le tapaba la boca y, levantados los hombros, reprendía a un sargento.

-¿Qué quiere usted?-preguntó a Nejludov.

Hay una mujer que está dando a luz en uno de los vagones, y he pensado que...

-Bueno, que dé a luz. Ya después se verá- dijo el oficial, subiendo a su vagón con un resuelto balanceo de sus cortos brazos.

En el mismo instante pasó el maquinista con su silbato en la mano. El último toque de campana, y luego el silbato, se dejaron oír. En el andén, entre los parientes y los amigos que acudieron a la despedida, y en los vagones de las mujeres, se alzaron gritos y lamentos. Nejludov, con Tarass a su lado, vio arrastrarse delante de él los pesados vagones de enrejadas ventanillas tras las cuales-distinguía los cráneos rapados de los hombres. Luego apareció el primer vagón de las mujeres; después, el segundo, de donde salían los gemidos de la parturienta, y luego por fin el vagón donde se encontraba Maslova con otras presas. Ella se mantenía cerca de la ventanilla y, acongojada, miraba a Nejludov.

XXXIX

Nejludov tenía que esperar aún dos horas hasta la salida de su tren. Al principio se le ocurrió la idea de emplear aquel tiempo en ir a ver a su hermana; pero estaba tan conmovido, tan fatigado por todas las impresiones sufridas durante la mañana, que no se sentía con fuerzas para moverse. Entró en la sala de espera de primera clase, se sentó en un canapé y pronto se quedó dormido, apoyada la cabeza en la mano.

Lo despertó un lacayo de frac, con una insignia en el ojal y una servilleta bajo el brazo.

-¡Caballero! ¡Caballero! ¿No será usted el príncipe Nejludov? Hay una dama que lo está buscando.

Se sobresaltó, se frotó los ojos, recordó dónde estaba y rememoró las diversas escenas que había presenciado por la mañana.

Volvió a ver el convoy de los deportados, los dos cadáveres, los vagones de ventanillas enrejadas, las mujeres, una de las cuales sufría, sin ningún socorro, los dolores del parto, y la otra que le sonreía, acongojada, tras los barrotes de hierro. La realidad presente era del todo distinta: una mesa cargada de botellas, de vasos, de candelabros y de platos, camareros bien vestidos afanándose alrededor de la mesa, y, al fondo del salón, ante un mostrador igualmente atestado de botellas y de fruteros, las espaldas de los viajeros que compraban provisiones.

Cuando volvió completamente en sí, Nejludov notó que todas las personas presentes en la sala miraban con curiosidad algo que ocurría en la puerta. Al mirar hacia ese lado, vio a unos hombres que llevaban en una silla de manos a una dama cuya cabeza estaba cubierta por un velo ligero.

El primero de los porteadores era un lacayo cuyo rostro creyó reconocer. Y reconoció igualmente al segundo porteador, el portero de librea, con gorra galoneada. Detrás de la silla de manos caminaba una elegante doncella de rizados cabellos que llevaba un maletín, cierto objeto de forma redonda en un estuche de cuero y sombrillas. Y detrás de ella avanzaba el viejo príncipe Kortchaguin, con su labios belfos, su cuello de apoplético, con gorra de viaje, el pecho bombeado y seguido a su vez por Missy, por su primo Micha y por el diplomático Osten, conocido de Nejludov, con su largo cuello, su nuez saliente y su continua alegría. Caminaba al lado de la sonriente Missy y le contaba seguramente algo gracioso. El médico, fumando con malhumor su cigarrillo, cerraba el cortejo. Los Kortchaguin abandonaban sus propiedades de los alrededores de Moscú para trasladarse a casa de la hermana de la princesa, en una finca que se encontraba en la ruta de Nijni Novgorod.

Los porteadores, la doncella y el médico pasaron al salón reservado a las damas, provocando a su paso la curiosidad y el respeto. En cuanto al viejo príncipe, se sentó en seguida a la mesa, llamó a un camarero y ordenó el menú. Missy y Osten se habían detenido igualmente y se disponían a sentarse a la mesa cuando distinguieron, a la entrada, a una persona a la que conocían y avanzaron a su encuentro.

Era Natalia Ivanovna. En compañía de Agrafena Petrovna, caminaba moviendo los ojos en todas direcciones, buscando a alguien. Habiendo divisado al mismo tiempo a Missy y a Nejludov, se acercó primero a la muchacha, a la vez que le hacía una señal con la cabeza a su hermano. Luego, después de haber besado a Missy, se volvió inmediatamente hacia él:

¡Por fin lo encuentro!

Nejludov se acercó, estrechó las manos de Missy, de Micha y de Osten y se puso a charlar con ellos. Missy les contó el incendio que habían tenido en su casa de campo, lo que los obligaba a trasladarse a casa de su tía. A propósito

de esto, Osten contó alegremente una anécdota de incendios.

Pero, sin escucharlo, Nejludov se volvió hacia su hermana:

-¡Cuánto me alegra que hayas venido!

-Hace mucho tiempo que he llegado- dijo ella-. Agrafena Petrovna y yo lo hemos estado buscando por todas partes.

Señaló al ama de llaves, que, vestida con un traje sastre y tocada con un sombrero adornado de flores, saludó desde lejos, con aire afable y modesto, para no molestar a nadie.

-Pues yo, es que me he quedado dormido aquí. ¡Cuánto me alegra que hayas venido!- repitió - Precisamente había empezado a escribirte una carta.

-¿De verdad?- preguntó ella con aire inquieto-. ¿Y qué me decías?

Missy, viendo que se engolfaban en una conversación íntima, creyó su deber alejarse con sus caballeros. Nejludov condujo a su hermana a un rincón algo apartado y se sentaron en una banqueta tapizada de terciopelo sobre la cual estaban depositadas una manta de viaje y unas sombrereras.

-Ayer, al salir de vuestra casa, tuve el pensamiento de volver para ofrecerle excusas a tu marido- dijo Nejludov-. Pero no sabía cómo me recibiría. Ayer me porté mal con tu marido, y eso me tenía desazonado.

-Yo lo sabía, yo estaba segura de que lo decías todo sin mala intención- respondió su hermana-. Tú sabes que...

Le subieron lágrimas a los ojos y apretó la mano de Nejludov. Este comprendió inmediatamente el sentido de la frase que ella no había acabado y se sintió conmovido. Natalia quería decir que, aparte de su amor por su marido, el cariño por él, su hermano, le era igualmente importante y precioso y que cualquier antagonismo entre ellos la hacía sufrir cruelmente.

-¡Gracias, muchas gracias! ¡Ah, si supieras lo que he visto hoy!- continuó diciendo, al recordar bruscamente a los dos presos muertos-. ¡He visto cómo mataban a dos hombres!

-¿Qué dices, que los mataban?

-Lisa y llanamente. Les han hecho atravesar toda la ciudad, con este calor, y dos han muerto de insolación.

-¿Es posible? ¿Cómo? ¿Ahora mismo?

Sí. Hace un rato. He visto sus cadáveres.

-Pero, ¿por qué los han matado? ¿Quién los ha matado?- preguntó Natalia Ivanovna.

-¿Quiénes? ¡Los que los han obligado a caminar a la fuerza, bajo este sol!- replicó Nejludov, irritado ante el pensamiento de que su hermana miraba todo aquello con los mismos ojos que su marido.

-¡Oh Dios mío!- dijo Agrafena Petrovna, que se había acercado.

-Sí, no tenemos la menor idea de lo que hacen sufrir a esos desgraciados; y, sin embargo, deberíamos saberlo- prosiguió Nejludov volviendo involuntariamente los ojos hacia el viejo príncipe, sentado a la mesa ante un jarro, con la servilleta al cuello, y que, en aquel mismo momento, levantó la cabeza y vio a Nejludov.

-¡Nejludov!- gritó-. ¿No quiere usted refrescarse? Es excelente para el viaje.

Nejludov rehusó y se volvió de espaldas.

-Bueno, ¿y qué vas a hacer?- preguntó Natalia Ivanovna.

-Lo que pueda. En cualquier caso, siento que debo hacer algo. Y lo que pueda hacer, lo haré.

-Sí, sí, lo comprendo. ¿Y con ellos?- preguntó ella señalando con los ojos a los Kortchaguin-. ¿Es que todo ha acabado verdaderamente?

-Todo, y creo que sin pena por parte suya ni mía.

-¡Es una lástima, una lástima muy grande! ¡Quiero tanto a Missy! En fin, no tengo nada que decir. Pero, ¿qué objeto tiene ligarte de nuevo?-preguntó ella tímidamente. ¿Por qué te vas?

-Me voy porque debo hacerlo- respondió Nejludov con un tono frío y tajante, como si quisiera cortar la conversación.

Pero inmediatamente se reprochó esta frialdad para con su hermana. «¿Por qué no decirle todo lo que pienso? ¡Y que Agrafena Petrovna lo oiga! », pensó lanzando una mirada de soslayo a la anciana ama de llaves. La presencia de ésta no hacía más que incitarlo a explicar una vez más su decisión a su hermana.

-¿Te refieres a mi proyecto de casarme con Katucha? Pues bien, mira: resolví hacerlo, pero ella se ha negado categóricamente- dijo con un temblor de la voz como cada vez que hablaba de aquello-. Ella no quiere aceptar mi sacrificio, pero, por su parte, en su situación, sacrifica mucho. Ahora bien, tampoco yo quiero aceptar ese sacrificio suyo, si continúa realizándose, bajo la impresión del momento. Y ahora me voy con ella; adonde ella vaya, iré yo. Y con todas mis fuerzas procuraré ayudarla y mejorar su suerte.

Natalia Ivanovna no respondió nada. Agrafena Petrovna, moviendo la cabeza con aire de turbación, clavaba en aquélla una mirada interrogativa.

En aquel momento, en la puerta del salón de las señoras reapareció el cortejo. El guapo lacayo Felipe y el portero llevaban a la princesa, quien les dio orden de pararse, hizo una señal a Nejludov para que se acercara y, con suspiros, le tendió su blanca mano cargada de sortijas, pareciendo esperar con terror un apretón demasiado vigoroso.

-Épouvantable!- dijo, hablando del calor-. No puedo soportarlo. Ce climat me tue!

Cuando hubo acabado de hablar de los horrores del clima ruso e invitado a Nejludov a ir a verlos en el campo, hizo señal a los porteadores para que volvieran a ponerse en marcha.

-Bueno, quedamos en que vendrá sin falta, ¿verdad?- le insistió a Nejludov, volviendo hacia él su largo rostro, mientras la llevaban.

Nejludov salió al andén. El cortejo de la princesa se dirigía a la derecha, hacia los coches de primera clase. Nejludov, seguido del factor que llevaba su equipaje, y de Tarass, con su saco al hombro, tomó por el contrario hacia la izquierda.

-He aquí mi compañero de ruta- dijo Nejludov a su hermana, señalándole a Tarass, cuya historia ya le había contado.

-¿Cómo? ¿En tercera?- preguntó Natalia Ivanovna al ver a su hermano pararse ante un vagón de esta clase, al que subían ya el factor con las maletas y Tarass.

-Sí, eso me resulta más cómodo; así estoy con Tarass- respondió él-. Escucha ahora esto- continuó, después de un silencio-. No he dado a los campesinos mis tierras de Kuzminskoie, de forma que, si muero, retornarán a tus hijos.

Dmitri, basta...- dijo Natalia Ivanovna.

-E incluso si se las doy, no puedo decirte sino que todo el resto pasará a manos de ellos, ya que es dudoso que me case. Por lo demás, si me casase, no tendría hijos... Así, pues...

-¡Dmitri, te lo ruego, no me hables de eso!- repitió Natalia Ivanovna. Pero Nejludov notó que lo que él acababa de decirle la había complacido.

Más allá, ante un vagón de primera, un grupo de curiosos seguía mirando el departamento adonde habían subido a la princesa Kortchaguin. Pero casi todos los viajeros estaban ya instalados en sus sitios; algunos retrasados corrían, con un ruido de tacones sobre las planchas del andén; los revisores cerraban las portezuelas, invitando a los viajeros a subir y a retirarse a los que habían ido a despedirlos. Nejludov entró en el vagón maloliente y achicharrado por el sol y volvió a salir en seguida a la pequeña plataforma.

Natalia Ivanovna, en compañía de Agrafena Petrovna, seguía en el andén, buscando evidentemente un tema de conversación, sin conseguir encontrarlo. No podía ni siquiera decir: «Ecrivez», porque desde hacía mucho tiempo ella y su hermano se burlaban de esa frase que es proverbial de las despedidas. Su corta charla sobre la cuestión de dinero y de herencia había destruido de golpe las relaciones tiernamente fraternales que se habían establecido entre ellos. Ahora se sentían extraños uno a otro.

Y así, en el fondo de su corazón, Natalia Ivanovna se sintió feliz cuando el tren se puso en movimiento y ella pudo decir a su hermano, con un movimiento de cabeza y el rostro afectuosamente triste:

-¡Adiós, adiós, Dmitri!

En cuanto el tren desapareció, ella no pensó más que en la forma como contaría a su marido todos los detalles de su conversación con su hermano, y sus rasgos adoptaron una expresión seria.

Nejludov, por su parte, aunque experimentase buenos sentimientos para con su hermana, aunque no tuviese cosa ninguna que ocultarle, se había sentido molesto ante ella y había experimentado una especie de prisa por abandonarla. Se daba cuenta de que ya no subsistía nada de aquella Natacha, antaño tan próxima; que no quedaba más que la esclava de un marido negruzco y velludo que a él le repugnaba. Había visto demasiado claramente cómo el rostro de su hermana sólo se animaba y se iluminaba cuando él le había hablado de cosas que interesaban a su marido: el arrendamiento de sus tierras a los campesinos y su sucesión. Y eso lo entristecía.

XL

En el gran vagón de tercera, atestado de viajeros y expuesto al sol desde por la mañana, el calor era tan insoportable, que Nejludov no entró; se quedó en la plataforma exterior. Pero allí se asfixiaba uno lo mismo, y no pudo respirar libremente más que cuando el tren llegó al aire libre de los campos.

« ¡Sí, han matado! », se decía, al recordar las palabras que había pronunciado ante su hermana. Y de todas las impresiones sentidas desde por la mañana, sólo una subsistía: volvía a ver, con una precisión y una intensidad incomparables, el bello rostro del segundo muerto, sus labios sonrientes, su frente severa, su pequeña oreja finamente dibujada que aparecía bajo la parte azul del cráneo rapado.

«Pero lo más espantoso- pensó- es que han matado, y nadie sabe quién ha matado. Y sin embargo han matado. Como todos los demás presos, éstos

fueron conducidos a la estación en virtud de una orden de Maslennikov. Pero es evidente que éste no ha hecho más que cumplir una formalidad. Ha firmado, con su más hermosa rúbrica de imbécil, un papel con membrete, y, desde luego, no podía considerarse culpable. Todavía menos se juzgará responsable el médico de la cárcel, quien examinó a los deportados. Éste ha cumplido puntualmente su deber: ha puesto aparte a los enfermos y no podía prever ni este calor tórrido ni que se los conduciría tan tarde y en tan gran número. ¿El director? Él no ha hecho más que ejecutar órdenes consistentes en disponer la partida, tal día, de tantos forzados, tantos deportados, tantos hombres, tantas mujeres. Imposible igualmente acusar al jefe del convoy: se le ha ordenado recibir presos en tal número, en tal sitio, y entregar el mismo número en tal otro sitio. Ha dirigido su convoy hoy como de costumbre, y no podía prever apenas que hombres robustos y nada inválidos, como los dos que he visto, no resistirían a la fatiga y sucumbirían en el camino. Nadie es culpable. Y, sin embargo, a esos hombres los han matado, los han matado estos mismos hombres que no son culpables de su muerte.»

«Y eso-siguió diciéndose Nejludov- resulta de que todos estos hombres, gobernadores, directores, municipales, agentes de policía, estiman todos que hay en la vida situaciones en que la relación directa de hombre a hombre no es obligatoria; porque todos, tanto Maslennikov como el director y el jefe del convoy, si no fuesen gobernador, director, oficial, habrían reflexionado veinte veces antes de poner en marcha un convoy con semejante calor y semejante gentío; veinte veces habrían detenido el convoy en el camino; y, al ver que un preso se sentía mal, que estaba sin aliento, lo habrían hecho salir de la columna, lo habrían llevado a la sombra, le habrían dado agua, lo habrían dejado descansar; y, en caso de accidente, habrían sentido lástima de él. Pero no han hecho nada de eso y ni siquiera han permitido que lo hagan otros. Y eso, porque no ven ante ellos a hombres y las obligaciones que tienen en cuanto a los mismos como tales hombres, sino que ven únicamente su servicio, es decir, obligaciones que, según ellos, son más importantes que las obligaciones de humanidad. Todo consiste en eso- pensó Nejludov-. Cuando, aunque sea un instante solamente, aunque sea en un caso excepcional, se reconoce que un acto cualquiera es más importante que el sentimiento de humanidad, no hay crimen que no pueda cometerse con el prójimo, sin creerse responsable de ello.»

Nejludov estaba tan profundamente sumido en sus reflexiones, que no se había dado cuenta de cómo había cambiado el tiempo: el sol se había enmascarado con una nube baja y dentada, y, desde el fondo del horizonte, por el Oeste, llegaba poco a poco un nubarrón gris que ya se expandía en lluvia cerrada sobre los campos y los bosques. La humedad rezumaba de la nube, que por instantes se veía surcada por un relámpago, y, al estrépito de los vagones en marcha se mezclaba, cada vez con más frecuencia, el rolar lejano

del trueno. Sin parar, el nubarrón avanzaba, y grandes gotas de lluvia, empujadas por el viento, venían a manchar la plataforma del vagón y el abrigo de Nejludov. Se pasó al lado opuesto, aspirando el frescor del viento y el olor bienhechor de la tierra sedienta de agua; miró los jardines, los bosques, los amarillos campos de cebada, los campos de avena todavía verdes y las manchas negras de las plantas de patatas. Todo se había guarnecido como con una capa de laca: el verde se había hecho más verde; el amarillo, más amarillo; el negro, más negro.

-¡Más, más!-murmuraba Nejludov, contento al ver los campos y los jardines revivificados por el agua bienhechora.

La lluvia, abundante, duró poco. Después de haber descargado en parte, la nube se trasladó más lejos. Y sobre el suelo húmedo no cayeron ya más que gotitas rectas y espaciadas. El sol reapareció, todo resplandeció mientras al oeste del horizonte surgió un arco iris, bajo pero brillante, roto sólo en uno de sus extremos y en el cual predominaban las tintas violeta.

«¿En qué pensaba yo hace un momento?- se preguntó Nejludov cuando terminaron todos aquellos cambios de la naturaleza y el tren se adentró por un profundo talud . ¡Ah, sí!, pensaba en el modo como ese director, ese jefe de convoy y todos esos funcionarios, en su mayor parte hombres buenos e inofensivos, se transformaban en hombres malvados.»

Y Nejludov se acordó de la indiferencia con que Maslennikov había acogido su relato de lo que pasaba en la cárcel; de la severidad del director, de la dureza del jefe del convoy, quien había prohibido a uno de los presos subir a un carro, y dejado que una mujer sufriera los dolores del parto sin socorro.

«Sin duda, todos estos hombres son impermeables al más elemental sentimiento de compasión, simplemente porque son funcionarios; impermeables a todo sentimiento de humanidad, como lo son a la lluvia esas tierras pizarrosas- pensaba, mirando las goteras que caían por los taludes entre los cuales se deslizaba el tren-. Y quizás es indispensable abrir estos taludes, revestirlos de un estucado; pero uno sufre al ver esta tierra privada de la lluvia que espera y que tan bien habría podido producir trigo, hierba, matorrales y árboles, tal como existen en los alrededores. Así ocurre también entre los hombres. Quizá todos estos gobernadores, estos directores, estos agentes de policía son necesarios, aunque despojados de esa cualidad primordial del hombre que es el amor y la piedad hacia sus semejantes.»

«Todo el mal- seguía pensando Nejludov- radica en que estos hombres reconocen como leyes cosas que no lo son y niegan por el contrario la ley que es eterna e inmutable y que el mismo Dios ha inscrito en nuestros corazones. Seguramente por eso me resulta tan penoso verme ante ellos. Los temo, pura y simplemente. En realidad, esos hombres son terribles. Más peligrosos que

bandidos. Incluso un bandido puede sentir lástima: ¡esos, jamás! Están amurallados contra la piedad, como esas piedras contra la vegetación, y por eso son terribles. Se habla de las hazañas horribles de Pugatchev y de Razin (Famosos jefes de cosacos, el primero de los cuales quiso hacerse pasar por Pedro III.- N. del T.), pero aquéllos son mil veces más terribles. Si se propusiera como problema psicológico: ¿cómo podría transformarse a hombres de nuestro tiempo, que son cristianos, humanitarios o simplemente buenos, en los criminales más atroces sin que se consideren responsables?, la única solución sería ésta: habría que instituir eso que precisamente existe: gobernadores, directores de cárceles, oficiales, policías. Dicho de otra manera, hacer que esos hombres estén convencidos de que existe una obra llamada servicio al Estado, que consiste en tratar a los hombres como cosas, sin relaciones de hombre a hombre; y seguidamente, que estos funcionarios se encuentren en una situación en que la responsabilidad de las consecuencias de sus actos no pueda recaer sobre un individuo aislado. Fuera de esas condiciones, no sería posible, en nuestro tiempo, ver producirse hechos tan horribles como los que he visto hoy. Todo el mal reside en que los hombres creen en la existencia de condiciones que permiten tratar a sus semejantes sin amor. Ahora bien, esas condiciones no existen. Para con las cosas, se puede obrar sin amor: se puede, sin amor, romper la leña, cocer ladrillos, forjar hierro; pero, en las relaciones de hombre a hombre, el amor es tan indispensable como lo es, por ejemplo, la prudencia en las relaciones del hombre con las abejas. Tal es la naturaleza de las abejas: si no eres prudente con ellas, perjudicarás a las abejas y te perjudicarás a ti mismo. Así pasa con las relaciones entre los hombres. Y eso no es más que justicia, porque el amor recíproco entre los hombres es la ley fundamental de la vida humana. Sin duda, a un hombre no se le puede obligar al amor como al trabajo, pero de aquí no se deduce en modo alguno que alguien pueda obrar sin amor a los hombres, sobre todo si él mismo tiene necesidad de ellos. Si no sientes ese amor por tus semejantes, quédate quieto- decía Nejludov dirigiéndose a sí mismo-. Ocupate de tu persona, de cosas inanimadas, de no importa qué, pero no de los seres humanos. Lo mismo que no se sabría comer sin daño y con provecho más que si se experimenta el deseo de comer, no se sabría obrar sin daño y con provecho hacia los hombres si no se comienza por amarlos. Permítete solamente obrar respecto a ellos sin amarlos, como hiciste ayer con tu cuñado, y no habría límite a tu crueldad y a tu ferocidad, como he podido convencerme hoy; ni límite a tu propio sufrimiento, como lo he aprendido por todo el curso de mi vida. ¡Si, si, es desde luego eso! ¡Está bien!», se repetía Nejludov, contento al mismo tiempo por percibir un poco de fresco después del calor abrumador, y contento por la claridad mayor que se hacía en él respecto al problema que lo preocupaba desde hacía tanto tiempo.

XLI

El vagón donde se encontraba Nejludov estaba medio lleno de viajeros. Había allí criados, artesanos, obreros de fábrica, carniceros, judíos, empleados, mujeres del pueblo; había también un soldado, dos señoras: una joven, otra de edad, con brazaletes en su desnuda muñeca; y un hombre de aspecto severo con una escarapela en su negra gorra.

Después de haberse agitado mucho para instalarse a la partida, toda aquella población permanecía ahora apaciblemente sentada. Unos mascaban pepitas de girasol, otros fumaban, y conversaciones animadas se trataban entre vecinos.

Tarass, con aire feliz, estaba sentado a la derecha del pasillo central, guardando un sitio para Nejludov, y hablaba largo y tendido con un hombre musculoso, vestido con un amplio caftán de tela, que estaba sentado frente a él; era un jardinero que se dirigía a su nuevo destino, como se enteró luego Nejludov. Antes de llegar junto a Tarass, Nejludov se detuvo en el pasillo ante un venerable anciano de barba blanca con caftán de mahón, que estaba charlando con una joven vestida de campesina. Al lado de ésta había sentada una niña de siete años, sus piernecitas lejos del suelo de madera; vestida con un trajecito nuevo, tenía una delgada trenza de cabellos casi blancos y no dejaba de mascar semillas de girasol. Volviendo la cabeza hacia Nejludov, el anciano levantó los faldones de su caftán, que se extendían sobre la brillante banqueta donde estaba sentado, y dijo con afabilidad:

-Siéntese, se lo ruego.

Nejludov le dio las gracias y se sentó al lado de él. Después de haberse callado un instante, la campesina continuó el relato que acababa de interrumpir.

Contaba la manera como la había recibido en la ciudad su marido, de cuya casa volvía ella.

-Fui a verlo durante la semana de carnaval y he aquí que Dios me ha permitido regresar- decía ella-. Por Navidad, si Dios vuelve a permitirlo, nos veremos de nuevo.

-Eso está muy bien- aprobó el anciano volviéndose hacia Nejludov. Hay que ir a verlo, porque, sin eso, un hombre joven se estropea pronto en la ciudad.

-No, padrecito, mi marido no es de esos. No es él quien hará nunca tonterías: es como una muchachita. Todo su dinero, hasta el último copec, lo

envía a casa. ¡Y qué alegría ha mostrado al ver a su hija; una alegría imposible de explicar!- decía la mujer con una sonrisa encantadora.

La niña, que escuchaba sin dejar de mascar las pepitas de girasol, levantó sus ojos tranquilos a inteligentes, como para confirmar las palabras de su madre.

-Si es prudente, mucho mejor aún- continuó el anciano-. ¿Y eso no le gusta?- añadió, señalando con los ojos a una pareja, marido y mujer, seguramente obreros de fábrica, sentados al otro lado del pasillo. El marido, la cabeza echada hacia atrás, se había llevado a los labios una botella de aguardiente y bebía a grandes sorbos, mientras su mujer le veía hacer, sujetando la bolsa de donde había sacado la botella.

-No, el mío no bebe nunca- respondió la campesina, complacida por la nueva ocasión que se le ofrecía de alabar las cualidades de su marido-. No hay muchos hombres como él, padrecito; la tierra no produce muchos. Ésa es la verdad- dijo aún, dirigiéndose a Nejludov.

-Muchísimo mejor- comentó el anciano, mirando al obrero que bebía. Éste había pasado la botella a su mujer, quien, después de una risa y de menear la cabeza, se la había llevado a su vez a los labios. Al ver las miradas de Nejludov y del viejo clavadas en él, el obrero se volvió hacia ellos.

-¿Qué, barin? ¿Nos miran porque bebemos? Cuando trabajamos, nadie se fija, pero cuando bebemos, todo el mundo lo ve. He trabajado lo mío; ahora bebo y obsequio a mi mujer. Eso es todo.

-Sí, sí- murmuró Nejludov, no sabiendo qué responder.

-¿No es verdad, barin? Mi mujer es todo un carácter. Estoy contento con ella; así puede tener cuidado conmigo. ¿No es verdad lo que digo, Mavra?

-Vamos, coge la botella, no quiero más- replicó la mujer, devolviéndole la botella-. Y deja de decir tonterías.

-¿Ven ustedes cómo es?- dijo el obrero-. Es buena, es buena. Pero, cuando de pronto se pone a reñir, rechina como una carreta a la que no le han engrasado las ruedas. ¿No es verdad lo que digo, Mavra?

Mavra, animada, hizo un ademán con el brazo y se echó a reír.

-¡Ea, ya está disparado!

-Para que vean ustedes cómo es. Buena, buena. Pero, como los caballos, si por casualidad le pica la grupa, le hace a uno la cosa menos pensada. Es verdad lo que digo. Perdóneme usted, barin. He bebido un poco más de la cuenta, ¿qué quiere usted que yo haga?- dijo el obrero, quien se tendió para dormir, poniendo la cabeza sobre las rodillas de su risueña mujer,

Nejludov permaneció todavía algún tiempo cerca del anciano, quien le contó su historia. Su profesión era la de arreglar estufas. Trabajaba en eso desde hacía cincuenta y tres años; había reparado una cantidad innumerable de estufas y ahora habría querido tomarse un pequeño descanso, pero nunca tenía tiempo. Había dejado a sus hijos en la obra, en la ciudad, y él se iba al pueblo para volver a ver a sus parientes.

Cuando hubo acabado su relato, Nejludov se levantó y se dirigió hacia el sitio que le había reservado Tarass.

Bueno, barin, siéntese usted. Vamos, retiraremos de aquí este saco- dijo el jardinero con una mirada bondadosa.

-Un poco apretados, pero como amigos- comentó Tarass con su voz cantarina; levantó su enorme saco como si fuese una pluma y lo colocó cerca de la ventanilla.- Sitio no falta, a incluso si faltase podría uno ir a acostarse debajo del banco; vamos a nuestras anchas- dijo irradiando felicidad todo él.

A Tarass le gustaba decir de sí mismo que, cuando no había bebido, no sabía hablar; pero que cuando había bebido un vaso encontraba en seguida buenas palabras y podía decirlo todo. Y, en efecto, Tarass era más bien silencioso por lo general; pero en cuanto bebía (cosa que le ocurría en casos excepcionales) se mostraba agradablemente locuaz. Hablaba entonces con facilidad y con encanto, con sencillez y franqueza, y sobre todo con una dulzura que brillaba en sus bondadosos ojos azules y en sus risueños labios. En aquel estado se encontraba aquel día. La llegada de Nejludov había interrumpido al principio su discurso; pero en cuanto hubo colocado bien su saco y volvió a sentarse en su sitio, con sus robustas manos de obrero sobre las rodillas, siguió contándole al jardinero todos los detalles de la historia de su mujer y por qué la habían condenado y por qué él la seguía a Siberia.

Nejludov no conocía los detalles de aquella historia y por eso se preparaba a escucharla con interés. Tarass había llegado ya a las circunstancias del envenenamiento, cuando la familia había descubierto que la autora era Fedosia.

-Estoy contando mi desgracia- dijo Tarass a Nejludov, con tono amistoso. - He conocido aquí a este buen hombre; entonces nos hemos puesto a charlar y yo he empezado a contar.

-Me parece muy bien- dijo Nejludov.

-Así, pues, hermano, de esta manera se descubrió todo. Mi madre cogió aquel panecillo y dijo: «Voy a casa del comisario.» Pero mi padre es un viejo ordenado. «¡Espera, vieja!- dijo-. No es una mujer, es todavía una niña. Ni siquiera ha sabido lo que hacía. Hay que tener lástima de ella. Quizá se arrepienta.» Pero mi madre no quiso oír hablar de eso. Dijo: «Mientras la

tengamos aquí, nos envenenará a todos como a cucarachas.» Y entonces fue a casa del comisario. El comisario vino a nuestra casa y llamó a testigos.

-¿Y tú, qué hacías?

-Yo, hermano, retorcerme por el suelo con cólicos y vómitos. Todo el vientre lo tenía revuelto y me era imposible decir una palabra. Y mi padre enganchó la carreta para llevar a Fedosia al cuartelillo y de allí al juez de instrucción. Y ella, hermano, en seguida lo confesó todo. Dijo dónde se había procurado el veneno y cómo había preparado el panecillo. «¿Por qué has hecho eso?», le preguntaron. Y a ella se le ocurre decir que porque yo le inspiraba horror. «¡Prefiero ir a Siberia que vivir con él! » Quería decir conmigo- añadió Tarass sonriendo.

Luego continuó:

-Por fin, ella se acusa de todo. Entonces, en seguida: a la cárcel. Mi padre volvió. Pero he aquí que llega el tiempo de la cosecha. Y la única mujer que tenemos es mi madre y además debilitada ya. Pensamos si no podrían ponerla en libertad con garantía de fiadores. Mi padre se pone en busca de un jefe, luego de otro; llegó a ver a cinco seguidos. Iba ya a renunciar a sus gestiones cuando conoció a un hombrecillo, listo como una ardilla. «Dame cinco rublos- le dice-, y yo te arreglaré el asunto.» Se pusieron de acuerdo en tres rublos. Pues bien, hermano, para conseguirlos empecé las propias ropas de mi mujer. Y cuando hubo escrito aquel papel- dijo Tarass, como si hablase de la detonación de un fusil-, todo se arregló. Yo ya empezaba a estar mejor y fui en persona a recogerla a la ciudad.

»Así, hermano, llego a la ciudad, dejo el caballo en el albergue, agarro el papel y voy a la cárcel. "¿Qué quieres tú? ", y yo digo: "Mi parienta está aquí encerrada con ustedes." " ¿Tienes tú un papel?", me dicen. Doy el papel. Lo miran. "Espera", me dicen. Me siento en un banco. Luego he aquí que llega un superior: "¿Eres tú el que te llamas Varbuchov?", me dice. "El mismo." "Bueno, hazte cargo", dice él. Se abre una puerta: la traen con sus ropas de ella, como es debido. «Bueno, en marcha", le digo. " ¿Has venido a pie? " "No, tengo mi caballo: Volvemos al albergue, pago lo que debo por la estancia del caballo, lo ensillo, pongo debajo de la silla el heno que queda. Ella se sienta, se envuelve en su chal y ya estamos en marcha. Se calla y yo me callo. Pero al acercarnos a casa ella me dice: "¿Y tu madre, todavía vive?" "Todavía vive", le respondo. "¿Y tu padre, todavía vive?" "Todavía vive." Entonces ella me dice: "Tarass, perdóname mi tontería. Ni yo misma supe lo que estaba haciendo." Y yo le respondo: "No hay que hablar de eso; hace ya mucho tiempo que te perdoné." Y luego, ya no ha dicho nada. Al llegar a casa, hela aquí que se echa a los pies de la madre. " ¡Dios te perdone! ", le dice mi madre. Mi padre le dice: "Lo pasado, pasado está. Ahora vive para lo mejor.

No es el momento de hablar de eso. Hay mucho trabajo en el campo. Dios nos ha dado tanta cebada, que no se puede recogerla ni siquiera con el rastrillo, tan enredada está. Hay que cosechar. Mañana irás con Tarass." Y desde aquel momento, hermano, se puso al trabajo. Y no puede creerse cómo trabajaba. Teníamos entonces tres deciatinas de tierra en arriendo. Y, gracias a Dios, la cebada y la avena habían salido en abundancia. Mientras yo siego, ella hace las gavillas. Por mi parte, yo soy hábil en el trabajo; ella se ha hecho más hábil aún, en cualquier trabajo. Una mujer de fuerza y joven y fresca. Tan celosa del trabajo se hizo, que me veía obligado a retenerla. Volvíamos a casa con los dedos hinchados y los brazos entumecidos; yo pienso en descansar, pero ella, antes de la sopa, hela aquí que corre al huerto y se pone a hacer vencejos para el día siguiente. ¡Qué cambio!

-¿Y para ti, se ha hecho más cariñosa?- preguntó el jardinero.

-¡No me hables de eso! Se pegó tanto a mí, que los dos no éramos más que una sola alma. No tengo más que pensar y ella lo comprende. Mi madre, que sin embargo no es contentadiza, dice también: «A nuestra Fedosia nos la han cambiado: ya no es la misma mujer.» Un día, al ir los dos a recoger gavillas, le pregunto: «Dime, Fedosia, ¿cómo pudo ocurrírsete una cosa semejante?» Y he aquí que ella me dice: «Yo no quería vivir contigo. Yo me decía: preferible morir.» «¿Y ahora?» «Ahora- me dice ella-, tú estás en mi corazón.»

Tarass se detuvo y meneó la cabeza con una sonrisa gozosa y asombrada.

Y luego- prosiguió-, he aquí que un día, al volver del campo, yo traía un carro de cáñamo para enriarlo, llego a casa...- Y Tarass se detuvo-. ¿Qué veo? ¡Una citación! Era para el juicio.

-Desde luego, no puede haber sido obra más que del Maligno- dijo el jardinero-. ¿Es que una persona puede pensar por sí misma en perder un alma? Es como en nuestro pueblo, donde había un muchacho...

Cuando empezaba la historia, el tren redujo la marcha.

-Creo que es una estación- dijo el jardinero-. Voy a tomar algo fresco.

Así se interrumpió la conversación, y Nejludov bajó del vagón a las mojadas planchas del andén.

XLII

Antes de bajar del vagón, Nejludov había visto, en el patio de la estación, varios coches de lujo tirados por tres o cuatro caballos bien nutridos que hacían tintinear sus cascabeles; y cuando puso los pies en el andén vio un

grupo ante un vagón de primera clase. En el centro del grupo descollaba una dama alta y corpulenta vestida elegantemente y con un sombrero adornado de costosas plumas; estaba acompañada por un joven larguirucho de delgadas piernas, en traje de ciclista, y de un perro alto y gordo que tenía un magnífico collar. Lacayos, con impermeables y paraguas, y cocheros se apretaban en torno de ellos. Todo aquel grupo, desde la dama alta hasta el cochero, que se levantaba los faldones de su largo caftán, expresaba la tranquila satisfacción y la abundancia. Alrededor no había tardado en congregarse un círculo de curiosos, servilmente atraídos por el espectáculo de la riqueza. Estaba allí el jefe de estación, con gorra roja, un guardia, una muchacha delgada, con vestido de campesina, que, en verano, asistía a la llegada de todos los trenes, un telegrafista y viajeros de uno y otro sexo.

En el joven con traje de ciclista, Nejludov reconoció al estudiante Kortchaguin. La dama alta era la hermana de la princesa, en cuya casa los Kortchaguin iban a pasar el verano. El revisor jefe del tren, todo galoneado y con botas relucientes, abrió la portezuela del vagón y, con mil muestras de deferencia, la tuvo abierta hasta que el lacayo Felipe y un mozo de la estación, con delantal blanco, hicieron descender con precaución a la princesa de largo rostro en su silla plegable. Las dos hermanas se besaron y cambiaron en francés varias frases referentes a si la princesa prefería montar en la calesa o en el cupé. Y las dos damas se pusieron en marcha, seguidas por la doncella rizada, cargada de sombrillas, de chales y de sombrereras.

Queriendo evitar encontrarse de nuevo con los Kortchaguin, Nejludov se detuvo a cierta distancia de la salida de la estación, aguardando a que el cortejo hubiera pasado. La princesa, su hijo, Missy, el médico y la doncella tomaron la delantera, mientras el príncipe se detenía con su cuñada. Nejludov, aun permaneciendo apartado, pudo oírles cambiar algunos fragmentos de frases francesas. Una de ellas, pronunciada por el príncipe, se fijó, como pasa a veces no se sabe por qué, en el recuerdo de Nejludov, conservando incluso la entonación y el timbre mismo de la voz que la había emitido: «Oh! il est du vrai grand monde, du vrai grand monde!», decía el príncipe con su voz sonora y llena de suficiencia, en el momento en que franqueaba con su cuñada la puerta de salida, saludada por una doble fila de revisores y factores.

En el mismo instante apareció, por la esquina del edificio de la estación, un grupo de obreros con alpargatas y botas de fieltro, con sacos a la espalda. Con paso resuelto y silencioso, avanzaron hacia el primer vagón que encontraron ante ellos, disponiéndose a penetrar en él; pero inmediatamente fueron expulsados por un revisor. Continuaron su apresurada marcha, pisándose los talones para acercarse al vagón siguiente. Ya comenzaban a subir, tropezando sus sacos contra la jamba de la portezuela, cuando, desde el umbral de la estación, otro revisor les dio la orden de bajar. Con un mismo paso silencioso,

fueron a un tercer vagón, aquel donde se encontraba Nejludov. De nuevo el revisor los detuvo, y de nuevo se disponían a marcharse cuando Nejludov les dijo que había sitio y que podían subir. Subieron, pues, y Nejludov entró en pos de ellos.

Iban a tomar asiento en el vagón cuando el señor de la escarapela y las dos damas, considerando sin duda su intrusión como una afrenta personal, se opusieron enérgicamente a su admisión y les dieron la orden de marcharse cuanto antes. Inmediatamente, los obreros (eran una veintena: viejos, jovencitos, de rostros fatigados, curtidos, reseco), dando tropezones a cada paso con sus sacos, iban a dirigirse al vagón siguiente como si se sintieran cogidos en falta y estuvieran dispuestos a ir así hasta el fin del mundo y a sentarse donde les ordenaran, aunque fuese sobre clavos.

-¿Adónde corréis, demonios? ¡Colocaos aquí!-les gritó el revisor, avanzando hacia ellos.

Voilà encore des nouvelles!-dijo en francés la señora joven, muy convencida de que ese francés elegante atraería sobre ella la atención de Nejludov. En cuanto a la dama de los brazaletes, se limitaba a oler un frasco de sales, a fruncir las cejas y a hacer ver el desagrado que experimentaba viajando con mujiks que olían mal.

Sin embargo, con el alivio y la alegría de hombres que acaban de escapar sanos y salvos de un peligro terrible, los obreros se habían detenido y empezaban a distribuirse, soltando con un movimiento de hombros sus pesados sacos, que colocaban luego bajo los bancos.

El jardinero, que había ido allí para hablar con Tarass, volvió a ocupar su sitio, de forma que en el compartimiento, tanto al lado como enfrente de Tarass, había tres sitios libres. Así, tres de los obreros los ocuparon; pero cuando Nejludov se acercó a ellos, la vista de su traje de barin los turbó tanto, que instintivamente los tres se levantaron para buscar sitio en otra parte. Nejludov les rogó que se quedasen; por su parte, se apoyó en el brazo de la banqueta.

Uno de los tres obreros, de unos cincuenta años de edad, cambió con un camarada más joven una mirada de sorpresa e incluso de temor. En realidad, en lugar de lanzarles invectivas y expulsarlos, como convenía a un barin, Nejludov, al cederles su propio asiento, los asombraba y los turbaba. Hasta tenían miedo de que fuese a resultar de eso algo malo para ellos.

Pero cuando se dieron cuenta de que no había allí ninguna astucia ni ningún peligro, y que Nejludov hablaba familiarmente con Tarass, se tranquilizaron. Dijeron al muchachillo más joven que se sentase en el saco, cerca de la ventana, y rogaron a Nejludov que volviese a ocupar su asiento. Al

principio, el viejo obrero sentado frente a él pareció estar muy turbado y recogió todo lo que pudo los pies bajo la banqueta para no rozar al barin; pero pronto fue cobrando ánimos y se puso a hablarles a Nejludov y a Tarass con tanta familiaridad, que, para recalcar el alcance de sus palabras, más de una vez dio con la mano en la rodilla de Nejludov.

Le contó a éste todo lo que hacía: sus trabajos en las turberas, de donde volvía con sus compañeros después de diez semanas de laboreo. Cada uno traía una suma de diez rublos, porque una parte de su ganancia se la habían anticipado al entrar.

El trabajo del que hablaba se efectuaba con agua hasta las rodillas y duraba desde el alba hasta la noche, con un descanso de dos horas para la comida del mediodía.

-Para los que no están acostumbrados, es duro hacerse a eso- decía-, pero, una vez acostumbrados, la cosa se soporta. Únicamente, si la comida fuera buena... En los primeros tiempos, no había modo de tragar nada. Pero un día los obreros se plantaron y la comida se ha hecho mejor, y el trabajo resulta más fácil.

Contó también que trabajaba así, día tras día, desde hacía más de veintiocho años y que siempre había entregado en su casa el dinero que ganaba: primero a su padre y luego a su hermano mayor; ahora se lo daba a un sobrino que dirigía los trabajos de la casa. En cuanto a él, de los cincuenta o sesenta rublos que ganaba por año, se reservaba dos o tres para sus placeres menudos: comprar tabaco y cerillas.

-Y después, a veces uno peca: hay ocasiones, cuando sobra un poco de dinero, en que se bebe un vasito de aguardiente- añadió con una sonrisa contrita.

Dijo también que las mujeres de los obreros se ocupan, en lugar de ellos, con los trabajos del campo; y cómo, aquel día, antes de despedirlos, el patrón les había pagado para todos ellos medio cubo de aguardiente; dijo también que uno de sus compañeros había muerto y que llevaban otro muy enfermo.

Este último estaba sentado en un rincón del mismo vagón. Era un muchacho muy joven, flaco y pálido, con labios azulados. Seguramente había contraído el paludismo trabajando en el agua.

Nejludov se acercó a él, pero fue acogido por una mirada a la vez tan severa y tan llena de sufrimiento, que no tuvo valor para fatigarlo con sus preguntas; recomendó simplemente al viejo que le comprara un poco de quinina, cuyo nombre le escribió en un papel, ofreciendo igualmente dinero, pero el viejo obrero rehusó, diciendo que él mismo pagaría.

-Bueno, yo he viajado mucho. No he visto nunca a un señor como éste. No sólo no trata de echar a uno, sino que incluso le cede su sitio. Y es que hay señores de todas clases- dijo, dirigiéndose a Tarass.

«¡Sí, un nuevo mundo, completamente nuevo, completamente distinto!», pensó Nejludov observando los miembros musculosos y secos de los obreros, sus rostros curtidos, afables y fatigados; sus groseros trajes confeccionados por sus mujeres. Y se sentía rodeado de hombres nuevos que tenían respetables inquietudes, que tenían las alegrías y los sufrimientos de una vida humana verdadera y laboriosa.

«¡Helo aquí, le vrai grand monde! », se dijo Nejludov, recordando la frase del príncipe Kortchaguin. Y volvió a ver aquel mundo ocioso y opulento de los Kortchaguin, con sus intereses bajos y mezquinos. Y experimentó la alegría de un viajero que descubre una tierra nueva, un mundo desconocido y magnífico.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es